

*“QUÉ BIEN SÉ YO LA FUENTE...”*

**BOLETÍN UISG**

**N. 143, 2010**

<b>INTRODUCCIÓN</b>	<b>2</b>
<i>Hna. Josune Arregui, CCV</i>	
<b>SALUDO DE APERTURA DE LA ASAMBLEA PLENARIA</b>	<b>4</b>
<i>Hna. Maureen Cusick, NDS</i>	
<b>EUCARISTÍA DE APERTURA</b>	<b>8</b>
<i>P. Eusebio Hernández Sola, OAR</i>	
<b>MÍSTICA Y PROFECÍA.</b>	<b>11</b>
<b>UN ESTILO DE VIDA Y NUEVOS AREÓPAGOS</b>	
<i>P. Ciro García, OCD</i>	
<b>ABRIR EL CORAZÓN A LA ESCUCHA : LLEGAR A SER MÍSTICO Y PROFETA HOY</b>	<b>29</b>
<i>Hna. Judette Gallares, RC</i>	
<b>LLAMADAS A ILUMINAR PROFÉTICAMENTE EL MUNDO DE LAS TINIEBLAS</b>	<b>47</b>
<i>Hna. Liliane Sweko, SNDdeN</i>	
<b>UNA TEOLOGÍA DE LA EMPATÍA</b>	<b>61</b>
<i>Rabino Arthur Green</i>	
<b>“LA RAMA DE ALMENDRO Y LA OLLA HIRVIENDO” (JR 1,11-13) ¿CUÁL FUTURO PARA NUESTRA HERENCIA MÍSTICO-PROFÉTICA?</b>	<b>74</b>
<i>P. Bruno Secondin, Ocarm.</i>	
<b>EUCARISTÍA CONCLUSIVA</b>	<b>91</b>
<i>P. Antonio M. Pernia, SVD</i>	
<b>DECLARACIÓN</b>	<b>94</b>

# INTRODUCCIÓN

Hna. Josune Arregui, CCV

*Original en español*

**“Qué bien sé yo la fuente...”**

**E**n este número de nuestro Boletín ofrecemos el texto de las cinco ponencias de la Asamblea Plenaria 2010 a fin de hacerlas accesibles a un mayor número de personas y comunidades. Pero la Asamblea ha sido mucho más que las ponencias y, antes de leerlas, conviene situarlas en contexto en que fueron pronunciadas.

El tema de la asamblea, Mística y Profecía, era sumamente sugestivo y la frase de San Juan de la Cruz que lo anunciaba “*Qué bien sé yo la fonte que mana y corre... aunque es de noche*” actuó como un fuerte reclamo propagandístico haciendo que 800 mujeres, líderes de congregaciones religiosas apostólicas, procedentes de 87 países se pusieran en camino para encontrarse en Roma y compartir su liderazgo y sus interrogantes a través de estas noches.

Contemplar la asamblea reunida era en sí mismo un acontecimiento, por el gran número de participantes, por la variedad de sus razas, el colorido de sus atuendos, la diversidad de sus lenguas... y todo ello armonizado en perfecta organización en la gran sala del Hotel Ergife, con 83 mesas redondas numeradas en las que cada una encontraba su puesto y encontraba también un grupo de hermanas con las que compartir en su propia lengua además de los dispositivos para seguir la traducción simultánea en 11 lenguas diversas.

Una dinámica ya avisada hizo que cada hermana trajera a la mesa un símbolo para su presentación y para expresar las expectativas que traía ante esta asamblea. Las mesas redondas, se fueron cubriendo de los más variados objetos llenándolas de belleza y colorido.

Las cinco conferencias previstas fueron centrando e iluminando progresivamente el tema: partiendo de la mística y profecía como algo inseparable (1), nos dejamos guiar por Lidia, aquella mujer de Filipos, para recorrer con ella caminos de conversión (2). La presencia de testigos de ayer y de hoy nos provocó a seguir siendo hoy sal y luz (3), manteniendo una actitud “empática”, de unión con Dios, el hermano/a y toda la creación (4) y bebiendo siempre de nuestros carismas fundacionales como fuente místico profética (5). Tras cada

ponencia se dejaba espacio de silencio, de comentario en las pequeñas comunidades que constituían las mesas por lenguas, y de diálogo abierto con los ponentes.

Pero el hilo conductor de la Asamblea Plenaria era una pregunta más honda: *¿qué está diciendo hoy el Señor a la vida religiosa?* Por eso, al finalizar el día nos preguntábamos por las resonancias que iban quedando, por aquello que no queríamos perder y se dejaba una frase por cada mesa que algunas voluntarias se encargaban de sintetizar y ofrecerla como un compartir más amplio para la oración del día siguiente. Así, poco a poco, se iba recogiendo el susurro de la Fuente en tantas hermanas y se iba elaborando una palabra común.

Declaración, compromisos, orientaciones... son palabras que en las diversas lenguas quieren expresar aquello que la Asamblea 2010 ha dejado como una luz para cada participante, para su congregación, para las conferencias nacionales y para cada una de las constelaciones en las que se agrupa la Unión en todo el mundo. La Declaración 2010 quiere ser como un lugar de encuentro, una palabra pronunciada con fuerza de comunión, una luz que nos vaya guiando en situaciones de tinieblas, un compromiso de la Unión para caminar en los años venideros.

Un momento clave de esta gran asamblea eclesial han sido las celebraciones eucarísticas, preparadas por los diversos grupos lingüísticos y animadas por diferentes coros, solistas y conjuntos musicales. El primer día fue celebrada por el P. Eusebio Hernández en representación de la CIVCSVA, ante la imposibilidad de la presencia del Cardenal Rodé. Otro día fue presidida por el Superior general de los Jesuitas, P. Adolfo Nicolás que nos invitó a no permanecer distraídas sino centradas en lo esencial. Y en el momento de la clausura celebró el P. Antonio Pernia, superior general de Verbo Divino con la animación musical del grupo de superiores generales de la R.D. Congo.

El calendario de la Asamblea había previsto finalizar un martes para hacer posible la presencia de las participantes en la audiencia general con el Papa al día siguiente miércoles, pero su visita a Portugal, dada a conocer cuando ya todo estaba previsto y organizado, hizo que no fuera posible, cosa que todas lamentaron, sobre todo aquéllas venidas de lejos en su primera visita a Roma. Un telegrama del Cardenal Tarsicio Bertone expresaba a las participantes los mejores deseos en nombre del Papa Benedicto XVI.

La Asamblea Plenaria 2010 ya ha concluido pero queda la experiencia vivida, la alegría de un encuentro y una luz para seguir caminando porque no es de noche cuando hemos descubierto la Fuente y la fe nos alumbró.

# SALUDO DE APERTURA DE LA ASAMBLEA PLENARIA

Hna. Maureen Cusick, NDS

*Presidenta de la UISG*

*Original en inglés*

**U**n saludo de bienvenida a cada una de ustedes, a las que ya han estado aquí anteriormente y de un modo especial a quienes vienen por primera vez y se sienten un poco abrumadas. Están en la mesa con otras nueve personas, de este modo no se sentirán tan perdidas. Durante los próximos cuatro días pueden lograr que estas hermanas sean su comunidad de fe.

Como saben, nuestro tema se refiere a la dimensión mística y profética de nuestra vida. No es un tema caído del cielo, sino que surgió de ustedes y de quienes reflexionaron y prepararon con nosotras esta plenaria. La inclinación por este tema fue muy fuerte. Nos asombró la unanimidad y por lo tanto, el movimiento del Espíritu que continúa sorprendiéndonos.

Aquí estamos, pues, para profundizar juntas este tema, llamadas sin duda por el Espíritu. Hemos invitado a cinco especialistas de diferentes culturas y ambientes, incluyendo un rabino, con el fin de que nos orienten y nos ayuden en la reflexión sobre el tema. Lo que ellos nos van a decir va a ser interesante, pero lo más importante será lo que trabajemos juntas, la manera como nos dejemos iluminar por el Espíritu a través de todo lo que se vaya diciendo y dialogando en esta Asamblea.

En este breve saludo de apertura me gustaría profundizar con ustedes mi modo de entender el tema que el Espíritu nos ha llevado a elegir (no voy a dar otra conferencia sobre el mismo), para presentarlo y ver la importancia de su participación.

En primer lugar quiero fijarme en la composición de esta gran asamblea. La mayoría de ustedes son las superiores generales de sus congregaciones; hay también algunas invitadas e invitados para dar un servicio, ya sea como periodistas, traductoras e intérpretes, secretarias de la UISG.... Y también muchas personas voluntarias que generosamente se han prestado para ayudar,

para que las cosas transcurran convenientemente. A todas y todos les damos la bienvenida.

Esperamos que todas/os las que están en esta gran sala puedan entrar con nosotras, durante estos cuatro días, en este estilo de escucha obediente y de discernimiento, con el fin de poder anunciar la Palabra a nuestras congregaciones y a la Iglesia. No hemos venido a escribir una declaración, pero, si estamos en verdad a la escucha, de un modo místico y contemplativo, entonces podremos hablar como profetas a la Iglesia y al mundo... Y esto puede tomar la forma de una declaración final.

Veo esta Asamblea plenaria como una aventura en obediencia. ¿Qué quiero decir con esto? ¿Qué tenemos nosotras en común? Ya seamos mujeres o varones consagrados en la Iglesia, solteros o laicos consagrados, todos estamos llamados a escuchar la Palabra de Dios y a ponerla en obra. ¿Cómo vamos a hacer esto, juntas, durante estos días?

Como sabemos, la Palabra de Dios llega a nosotros de modos diversos, no sólo desde el texto bíblico, aunque para nosotros, perteneciendo al pueblo del Libro, el texto bíblico es sumamente significativo. Escuchamos la Palabra de Dios que nos llega a través de los acontecimientos del día a día y a través de muchas situaciones, de la lectura de libros...y todo lo que ya sabemos.

Nuestra obediencia consagrada nos llama a permanecer abiertas a esta palabra en la forma que nos llegue, con el fin de comprenderla y anunciarla a los demás. Hemos venido aquí, a este gran evento, para escuchar juntas la Palabra de Dios. ¡Ochocientos pares de oídos y ochocientos corazones!

La fuerza de sus voces con respecto al tema nos lleva a creer que hemos sido invitadas, una vez más, a renovar nuestra llamada a la dimensión mística de nuestra vida con el fin de renovar también la dimensión profética. ¡No podemos decir una palabra profética si no tenemos una relación mística con Dios!

He elegido un texto bíblico que espero les ayudará en esta reflexión sobre la obediencia del místico y del profeta.

El texto elegido, tomado del libro del Éxodo, capítulo 24 al 27, es la historia del regreso de Moisés del Monte Sinaí. Recuerdan la historia: después de la entrega de la ley al pueblo y de las discusiones que siguieron, con sus altos y bajos, los israelitas ya no soportaban el alimento, el agua no era buena, había serpientes y escorpiones, etc. Después, Moisés tiene otra discusión con Dios y en los versículos anteriores a nuestro texto, al inicio del capítulo 24, en la discusión de Dios con Moisés, no se nos dice lo que ocurrió, pero Moisés baja y prepara el ritual para la alianza. Y ahora viene nuestro texto en el versículo 7. “Tomó después el Libro de la Alianza y lo leyó ante

el pueblo, que respondió: ‘Nosotros lo haremos y escucharemos’”. Fíjense en el orden en que se presentan, primero *haremos* y luego *escucharemos*. Es un poco extraño. Probablemente su traducción dice “obedeceremos y haremos lo que el Señor dice”... pero la traducción literal del texto hebreo es: **nosotros haremos y escucharemos (obedeceremos)**. En los comentarios judíos se nos dice que esto expresa la relación entre el hacer y el escuchar. En cuanto a la importancia del hacer, (el judaísmo era ante todo una religión ética, **un hacer**: el mitzvot, obras buenas) es un modo de expresar el amor a Dios. Por eso, cuando leemos “haremos y escucharemos”, después de haber recibido la Torá, pero sin haber profundizado aún en su contenido, significa que ellos hacen un acto de fe que les compromete con el Señor, sabiendo que en el hacer serán capaces de escuchar más profundamente la palabra de Dios y de este modo realizarán el querer de Dios de un modo más consciente.

La escucha obediente consiste en escuchar no sólo con el oído sino con el corazón. En la antropología bíblica el órgano de la voluntad es el corazón.

(Comentario judío)

“A los que escuchan la Palabra y no la cumplen, les sería mejor no haber nacido”.

Un bello comentario sobre el salmo 40, versículo 7 dice:

“Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has abierto el oído. Tú no pides holocaustos ni víctimas, en cambio aquí me tienes. En el rollo del libro está escrito sobre mí: Dios mío he deseado hacer tu voluntad, llevo tu ley en mis entrañas”.

Es decir, el Señor me ha abierto el oído, pero no basta. Yo cumpliré su voluntad y entonces caeré en la cuenta de la hondura de la Torá dentro de mí ser. Hoy en día diríamos que está en nuestro ADN.

En el Nuevo Testamento, tenemos un ejemplo admirable en María:

“Que se haga en mí según tu Palabra”.

Ella “hace” antes de comprender totalmente el significado de las palabras del ángel. Las guarda de modo imborrable en su corazón. Sabe que poco a poco estas palabras de Dios a través del ángel le irán revelando su significado y le permitirán penetrar, más y más en la amada voluntad del Señor.

También en Caná ella dice “Haced lo que Él os diga”.

Y la relación entre oír y hacer se expresa en muchos pasajes del evangelio, por ejemplo en Mt 7, 24-27.

¿Quién es la persona que oye mis palabras y las pone en práctica? Es como aquél/aquella que construye una casa sobre roca; vino la lluvia,

crecieron las corrientes y el viento sopló y golpeó contra la casa, pero no se cayó porque estaba apoyada sobre roca..., es decir, sobre la Palabra de Dios.

Hay otros muchos ejemplos en el Evangelio. Jesús dice: “El que hace la voluntad de mi Padre... ella/él es mi hermana y mi hermano” Mt 12, 46-50.

Y por aquí va nuestro tema de reflexión, sobre la dimensión mística de nuestra vida a fin de actuar y anunciar, con valentía, estas palabras. Nunca podemos decir de nosotras mismas que somos profetas (serán otros los que lo digan), pero no obstante cada una de nosotras está llamada a pronunciar una palabra profética.

Quiero decir una palabra sobre alguien que ha escrito ampliamente sobre los profetas hebreos y sobre la profecía hoy. Se trata del Rabí Abraham Heschel- Él fue estudioso, filósofo, profesor y un gran rabino de la tradición mística judía. Solía decir que no podía rezar si antes no había denunciado y actuado en contra de todas las injusticias en el mundo por las que iba a rezar. Se unió a Martín Luther King en las marchas por los derechos civiles en Alabama, Estados Unidos; se unió a las manifestaciones de protesta contra la guerra de Vietnam; vino a Roma durante el Concilio Vaticano II para estar al lado del Cardenal Bea quien estaba trabajando en el documento “Nostra Aetate” y en la relación de las Iglesias con el Judaísmo.

Todas tenemos muchos ejemplos que podríamos citar, incluso entre nuestras propias hermanas y hermanos, mujeres y varones que han escuchado, en verdad, la Palabra de Dios, han actuado con valentía y con justicia, y han caminado humildemente con su Dios.

Todas tenemos también muchos ejemplos en nuestra propia vida, cuando instintivamente nos hemos levantado a defender a alguna persona o situación sin conocer en realidad los detalles..., pero al reflexionar después hemos llegado a entender plenamente el significado de nuestra actuación. A veces nos ponemos de verdad en discernimiento y actuamos con decisión según la palabra que hemos escuchado en nuestro corazón. ¡La obediencia permite una gran variedad de expresiones!

Durante estos días tendremos la oportunidad de renovar nuestro profundo compromiso con la llamada interior a la mística que nos hará capaces de continuar –a decir verdad- actuando con justicia porque hemos caminado humildemente con nuestro Dios.

Y ahora digo a cada una: disfruten durante estos días esta aventura con nuestro Dios y entre nosotras, en esta encantadora ciudad eterna de Roma.

Gracias a todas y gracias a las traductoras.

# EUCARISTÍA DE APERTURA

P. Eusebio Hernández Sola, OAR

*”Capo ufficio” en la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA)*

*Original en italiano*

*Queridas Hermanas,*

**L**a liturgia de hoy y la Palabra de Dios contienen, de manera particular, ricas sugerencias y temas de reflexión y de oración.

En la primera lectura, tomada de los Hechos de los Apóstoles, se describe un breve momento de la exuberante actividad apostólica de san Pablo. Él, con Silas y Timoteo, el fiel y predilecto discípulo, atraviesa la Frigia y la Galacia, llegando hasta Tróada pasando por Misia. Llamado en el sueño, el apóstol se dirige con sus compañeros hacia Macedonia para llevar el Evangelio de Jesús.

Ante el celo apostólico y la inquietud misionera de Pablo se experimenta una profunda admiración. Apremiado por el amor de Cristo, no se detiene para anunciar su palabra y su mensaje de salvación: “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!...” afirma con fuerza el apóstol. Pablo permanece en la Iglesia el modelo insuperable del misionero apostólico que, “habiendo sido alcanzado por Cristo Jesús” (Flp 3,12), tiene el deseo ardiente de darlo a conocer y amar por todos los hombres. Derribado sobre el camino de Damasco, Pablo advierte la gran urgencia del anuncio cristiano; toda su vida no será otra cosa que el anuncio de Cristo muerto y resucitado para la salvación del hombre. Viajes, ayunos, persecuciones, latigazos, naufragios, rechazos e incomprensiones no bastan para frenar el ardor de quien “habiendo sido alcanzado por Cristo Jesús” (Flp 3,12) quiere que todos sean *alcanzados* y amados por Él.

Durante mis viajes para estar presente en las diversas Conferencias de los/as Superiores/as Mayores he podido constatar, personalmente, un ardor evangélico, misionero, parecido al de Pablo, en los religiosos y las religiosas, en muchas partes del mundo. He visto con mis propios ojos la *fantasía siempre nueva de la caridad, la creatividad apostólica, el testimonio lleno*



*de amor de la vida consagrada hacia las personas que sufren, hacia el mundo herido y esclavo del odio. No hay pobreza, no hay miseria, no hay necesidad en esta pobre humanidad lacerada, dividida, sufriente, humillada, a la cual la vida religiosa, sobre todo la femenina, no haya llevado, y lleve todavía, con afecto, delicadeza, caridad, el alivio y la ayuda necesarios. Vosotras os habéis acercado a los pobres, a los ancianos, a los tóxico-dependientes, a los enfermos de SIDA, a los refugiados, a las mujeres y a los menores comprados y vendidos, a las personas que soportan, hoy, toda clase de sufrimiento por su realidad particular. Vuestra creatividad apostólica ha sabido encontrar respuestas nuevas a las nuevas necesidades de las cuales brota el grito de la humanidad que sufre. De este evangelio, narrado con la vida, necesita hoy el mundo, y por esto la Iglesia os agradece vuestra generosidad y vuestro testimonio.*

El tema “*Qué bien sé yo la fuente que mana y corre... aunque es de noche*”, inspirado en san Juan de la Cruz, envía a una reflexión más profunda sobre el presente y el futuro de la vida consagrada a partir del binomio mística-profecía. Conocéis bien un célebre pasaje de *Vita Consecrata*: “*La verdadera profecía nace de Dios, de la amistad con Él, de la escucha atenta de su Palabra en las diversas circunstancias de la historia. El profeta siente arder en su corazón la pasión por la santidad de Dios y, tras haber acogido la palabra en el diálogo de la oración, la proclama con la vida, con los labios y con los hechos, haciéndose portavoz de Dios contra el mal y contra el pecado*” (n° 84). *La función de signo se manifiesta en el testimonio profético de la primacía de Dios y de los valores evangélicos en la vida cristiana. No se necesita nada más: la vida consagrada está toda ahí. Si comprendemos bien esta enseñanza, tendremos una visión nueva de nuestra vida y de nuestra misión.*

Por ejemplo, hoy todos los Institutos, algunos más otros menos, sufren el triste fenómeno de la disminución numérica. Todos, o casi todos, lo vivimos como una “desgracia”, cuando deberíamos verlo como un “*kairos*”: “*Si en algunos lugares las personas consagradas son pequeño rebaño a causa de la disminución en el número, este hecho puede interpretarse como un signo providencial que invita a recuperar la propia tarea esencial de levadura, de fermento, de signo y de profecía. Cuanto más grande es la masa que hay que fermentar, tanto más rico de calidad deberá ser el fermento evangélico, y tanto más excelente el testimonio de vida y el servicio carismático de las personas consagradas*” (*Caminar desde Cristo*, 13).

El evangelio de Juan nos ofreció un pequeño pasaje del largo discurso del Maestro durante la última cena, basado en la frase: *si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros*. Actualmente estamos

viviendo una de estas persecuciones que ha sufrido el Señor y que hoy sufre su Iglesia.

Ante una situación así, debida a ciertos escándalos, no es imposible que alguna –Dios no lo quiera– se avergüence de su pertenencia a la Iglesia o a un Instituto religioso, quizás consagrado a la educación de la juventud. A todas quisiera repetir con fuerza, con el apóstol Pablo: ”: *“No me avergüenzo del Evangelio, que es una fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree”* (Rm 1,16). La única vergüenza que un cristiano debe experimentar, y con mayor razón un consagrado o una consagrada, es la de ¡no ser santo!

La situación actual exige una gran santidad, la capacidad de hacer callar a adversarios y enemigos con el testimonio alegre y pleno de la propia adhesión al Evangelio de Cristo, vivido con radicalidad a través de la profesión de los consejos evangélicos de pobreza, castidad, obediencia, dando testimonio personalmente y comunitariamente. En otros términos, exige personas y comunidades llenas de alegría y de entusiasmo, ¡a pesar de todo! Dios no abandona su Iglesia, sino que la guía y la protege sobre todo en los momentos difíciles.

Los apóstoles despertaron a Jesús que dormía en la barca, en el lago agitado por la tempestad (Mt 8,23-25). A veces la vida del hombre es como esa barca en la tempestad, lo puede ser también la Iglesia, lo puede ser la vida consagrada, la existencia de cada uno de nosotros. El desafío y la dificultad de nuestra fragilidad personal, la calumnia y la persecución, como olas rabiosas y nocivas, nos agreden e intentan sumergirnos; el tiempo es sombrío y tempestuoso, la orilla y el puerto nos parecen lejanos e inseguros, nuestras fuerzas para remar parecen disminuir y todo nos parece perdido. Queridas Hermanas, no olvidemos lo más importante: en la barca, con nosotros, está Jesús, aunque parece dormido. La barca no puede hundirse, porque Cristo está a bordo, con nosotros. Asustados por la tempestad, olvidamos su presencia. Pero si lo invocamos, si le rezamos, si lo despertamos, Él, una vez más, se levantará para mitigar las dificultades, los obstáculos, las persecuciones, y habrá entonces *“una gran bonanza”*.

A María, Madre de la vida consagrada, Mujer de la resurrección, confiemos este encuentro y todos vuestros queridos Institutos.

# MÍSTICA Y PROFECÍA. UN ESTILO DE VIDA Y NUEVOS AREÓPAGOS

P. Ciro García, OCD

*El Padre Ciro García Fernández, carmelita descalzo, nació en León (España). Desde 1968 es profesor de Teología Dogmática y catedrático de Antropología Teológica en la Facultad de Teología del Norte de España, sede de Burgos. Desde 2003 enseña también Historia de las Religiones. Ha impartido cursos de espiritualidad en Roma, Madrid, México, Haifa y en la Universidad Católica de Honduras. Ha escrito alrededor de una veintena de libros de Teología, Antropología, Espiritualidad y Espiritualidad carmelitana.*

*Original en español*

## **Esquema**

### Introducción

- “Qué bien sé yo la fonte que mana e corre...”
- Llamados a ser místicos y profetas
- 1. Dos identidades básicas y dinámicas de la experiencia cristiana
  - 1.1. La experiencia mística
  - 1.2. La experiencia profética
  - 1.3. La irrupción del “Otro”
- 2. El despertar místico y profético de la época contemporánea
- 3. La interpelación mística y profética de la vida consagrada
  - 3.1. La mística de la consagración
  - 3.2. La profecía de la misión
  - 3.3. Mística y profecía en la “Pasión por Cristo y pasión por la humanidad”
- 4. Los nuevos areópagos de la mística y de la profecía
  - 4.1. Los areópagos de la *mística*
    - a) La vivencia personal de la fe
    - b) La escucha de la Palabra
    - c) La experiencia de Dios “en medio de la vida”
    - d) La urgencia eclesial de testigos
  - 4.2. Los areópagos de la *profecía*
    - a) Desde una situación de exilio
    - b) Crear familia (casa-hogar), comunión
    - c) Humanizar
    - d) La sabiduría de los pequeños signos
    - e) El servicio de la caridad: Un “corazón que ve”
- Conclusión: Un canto de alabanza

## “Qué bien sé yo la fonte que mana e corre...”

**E**l don más grande, el regalo más precioso, que el Señor puede hacer a la vida consagrada y a cada religiosa, es descubrirle (hacerle gustar) esa secreta fonte de agua viva – “cosa tan bella que cielos y tierra beben de ella” –, beber y cantar su rico caudal – “caudalosas corrientes que infiernos, cielos riegan y las gentes” –, y saciar la sed de las criaturas – “aquí se está llamando a las criaturas, y de esta agua se hartan, aunque a oscuras” – . Esto fue lo que aconteció en la vida de fray Juan de la Cruz, místico, cantor y profeta, que se goza en conocer los misterios de la fe (la fonte), que irrumpen en la historia como un torrente (Cristo) e inundan la vida entera (cielo y tierra). Es como los ríos abiertos en el desierto anunciados por el profeta (cf. Is 43,19), que hacen reverdecer la tierra y dan frutos abundantes (cf. Ez 47,8-9).

Así experimentó y cantó Juan de la Cruz su fe en Dios, estando perseguido, marginado, encerrado en el más lúgubre calabozo de la cárcel de Toledo (noviembre de 1577-agosto de 1578). Aquí, en un lugar oscuro y tenebroso, nació el poema de la Fonte, lleno de vida, de luz y de colorido, que canta su experiencia de conocer a Dios en fe, sobreponiéndose a la hostilidad, a la oscuridad y a la muerte misma. Pienso que es como una parábola para la vida consagrada, arraigada en las fuentes de la salvación, como la fonte escondida, como el hontanar secreto, cuyas aguas caudalosas están llamadas a fecundar nuestros páramos resecaos y nuestros yermos desiertos, haciendo germinar en ellos la vida, florecer las plantas y madurar los frutos para la vida del mundo. Y esto, aunque sea de noche y las tinieblas se adensen y las dificultades arrecien.

No es otro el significado que encierra la vivencia mística y profética de la vida consagrada. Es el descubrimiento gozoso de las fuentes de la salvación, el hallazgo del tesoro escondido, el encuentro con Cristo y el anuncio profético de su reino. Mística y profecía son ante todo una experiencia, que trataremos de describir no tanto teológicamente cuanto vivencialmente.

En este sentido abordaremos los nuevos areópagos de la mística y de la profecía: a) Son una experiencia basada en la fe, alimentada de la Palabra, que descubre a Dios en medio de la vida y siente la urgencia de testimoniarlo (areópagos de la mística). b) Son asimismo el anuncio, desde una situación de exilio (noche), que crea comunión, que humaniza a través de los pequeños signos y del servicio de la caridad (areópagos de la profecía).

Todo ello prorrumpen en un canto de alabanza, que hace suyos “los gozos y esperanzas” de la familia humana y recrea proféticamente la vida consagrada.

## Llamados a ser místicos y profetas

Mística y Profecía son dos vertientes esenciales de toda identidad religiosa, de la vida cristiana y de la vida consagrada, estrechamente relacionadas. La primera se proyecta más directamente hacia la unión con Dios; la segunda se orienta más inmediatamente hacia el cumplimiento de su voluntad aquí y ahora. Sólo una sabia conjunción de una y otra puede forjar una identidad religiosa auténtica de Dios y de la persona humana. No hay auténtica mística si no desemboca en un compromiso ético y profético; ni cabe pensar en una profecía que no se nutra de una vinculación profunda con lo divino<sup>1</sup>.

Todo hombre-toda mujer, todo consagrado-toda consagrada, están llamados a ser místicos y profetas, esto es, a tener una experiencia de Dios y de su palabra, que han de transmitir; ambos están llamados también a comprometerse con la historia de la Iglesia y de su tiempo. El verdadero camino, pues, se encuentra en la conjunción de estas dos identidades: no se trata tanto de ser místico “o” ser profeta, sino de ser místico “y” profeta.

Partiendo de este planteamiento y de la propia experiencia personal: 1) desarrollaremos cada una de las dos identidades religiosas como dos identidades básicas de la experiencia cristiana, señalando al mismo tiempo las relaciones dinámicas entre ellas; 2) describiremos brevemente el resurgir místico y profético de la espiritualidad contemporánea; 3) destacaremos su incidencia en la vida consagrada, en su doble dimensión mística y profética, señalando la urgencia del testimonio místico y profético en la Iglesia actual; 4) indicaremos, en fin, algunos de los nuevos areópagos de la mística y de la profecía que aparecen actualmente en el escenario de la vida consagrada.

### 1. Dos identidades básicas y dinámicas de la experiencia cristiana

Mística y profecía no son identidades religiosas estáticas, sino dinámicas. Quiere decir que se dan dentro de un proceso religioso de maduración y purificación de la persona (las noches sanjuanistas), resultado de la acción transformadora de la gracia divina y de una compleja historia de identificaciones, caracterizada por ese empeño personal de dar plenitud y sentido a la propia existencia. En el horizonte místico esta plenitud se alcanza en el encuentro con Dios (la unión mística), que es el anhelo más profundo del ser humano (cf. GS 19): “Si el alma busca a Dios, mucho más la busca su amado a ella” (Ll 3,28).

Se dice que todos llevamos dentro un místico (y un profeta), como todos llevamos dentro un pequeño buda, que encarna las necesidades y deseos más profundos, que busca el sentido de la vida, que aspira a un futuro de cambio

y de novedad y a la realización utópica final. Si esto es verdad antropológica y religiosamente hablando, lo es mucho más desde el punto de vista de la fe cristiana y de la vida consagrada. Efectivamente, el cristianismo es primordialmente una mística, no una ética o un código moral; es la mística del seguimiento de Jesús y de la configuración bautismal con él. Igualmente, la vida consagrada es una mística y una profecía; es esencialmente consagración a Cristo (mística) y anuncio de la Buena Nueva (profecía).

### **1.1. La experiencia mística**

La experiencia mística, cualquiera que sea su expresión, parece tener como objetivo esencial la búsqueda de una unión que rompe los límites del *Yo* y, de este modo, se sumerge en una realidad vivida como plenificante, que es la unión mística. La experiencia mística es esencialmente *pati divina*, esto es, *experiri* la presencia de Dios y “sufrir”, “sentir”, acoger, su acción transformadora en nosotros; es, por tanto vínculo, relación, “mirada amorosa”, contacto amoroso con una realidad inmensamente valorada y concebida como el centro secreto más íntimo de la existencia y como fuente permanente de la misma, que hace exclamar al místico: “¡Oh llama de amor viva / que tiernamente hieres / de mi alma en el más profundo centro!” (San Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*).

Se manifiesta en un particular estado de conciencia de confianza y abandono en la realidad creída de Dios, en la que no solamente juega un papel decisivo la gracia sino también la psicología personal de cada uno y su propia condición de hombre o de mujer. Se dice que la mujer tiene mayor disposición para la mística, y el hombre para la profecía. “La madre crea la vida, el padre la historia” (G. Van der Leeuw). Aunque los componentes místico-proféticos se dan tanto en lo femenino como en lo masculino, históricamente las actitudes y comportamientos proféticos se hallan más ligados a los componentes masculinos de la personalidad: ley, exigencia, denuncia, castigo...

### **1.2. La experiencia profética**

Así como la vivencia mística se caracteriza por la experiencia de la presencia envolvente del Otro, la vivencia profética se caracteriza por la escucha de la palabra que viene de la divinidad y que el profeta se ve obligado, frecuentemente a su pesar, a transmitir. El profeta es portavoz de un mensaje divino; la divinidad irrumpe en él, no tanto para comunicarse en la intimidad, cuanto para hacerle pronunciar su palabra salvífica. La palabra oída y transmitida conlleva siempre la exigencia de una acción transformadora de la historia.

El espacio simbólico de la identidad profética no será el espacio íntimo y recogido de la celda, como en el caso de la experiencia mística. Su espacio

paradigmático será el de la plaza, allí donde transcurre la vida social, en este entramado de relaciones interpersonales tejido por la vida política, económica y cultural.

En este sentido, vemos cómo el profetismo bíblico evoluciona desde el desciframiento de enigmas hasta el descubrimiento de una misión y de una responsabilidad histórica, comprometida con la colectividad. Así, la preocupación por la justicia, por el establecimiento de una sociedad digna de Dios y de sus hijos, los seres humanos, van conquistando el centro del profetismo judío<sup>2</sup>.

### **1.3. La irrupción del “Otro”**

Místicos y profetas, en sus distintas vertientes, poseen algo en común: ambos son testigos de la irrupción del Otro que les trasciende y en cuyo nombre se transforman, modificando su identidad personal.

El místico experimenta al Otro que irrumpe en él desde lo más hondo de su interioridad. El profeta, en cambio, describe esta irrupción del Otro no tanto como emergiendo de su interioridad, sino como una voz que le viene de fuera. Una voz inesperada, sorprendente y, por lo general, inquietante, que llama a una difícil misión: ¡Ay de mí! Yo, hombre, de labios impuros (Os 6,5). ¡Ay, Señor mío! Mira que no sé hablar, que soy un muchacho (Jr 1,6). ¡Ay de mí si no evangelizare! (1Cor 9,16).

## **2. El despertar místico y profético de la época contemporánea**

El siglo XX a pesar de su proceso de secularización y de crisis religiosa – al menos en el mundo occidental – se caracteriza por un interés creciente tanto por el estudio como por la vivencia mística. Este movimiento de renovación, que está ampliamente documentado<sup>3</sup>, tiende a promover la vida mística como plenitud de vida cristiana y como denuncia profética de la cultura secularista y materialista.

Todos hemos sido y somos protagonistas, en mayor o menor medida, de esta situación religiosa del siglo pasado y de nuestro propio siglo, caracterizado por una serie de cambios rápidos y profundos, que han marcado nuestras vidas: secularismo, modernidad, postmodernidad, juntamente con clamorosas situaciones de injusticia y de marginación. Ante estas situaciones y cambios profundos, hemos tenido que reajustar los parámetros de nuestra propia vida consagrada, siguiendo las orientaciones conciliares de “un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos” (PC 2).

Personalmente he seguido muy de cerca la evolución de esta situación



religiosa contemporánea, a través del estudio de las corrientes de espiritualidad y de mis propias tareas pastorales. Por eso hablaré más desde mi propia experiencia que desde los planteamientos teóricos teológicos o pastorales.

Mi experiencia ha estado profundamente marcada por estos dos polos de vuelta a las fuentes de la revelación y de apertura a las necesidades del mundo contemporáneo, con sus situaciones de pobreza, de marginación, de violencia y de injusticia. El eslabón o lazo de unión entre estos dos polos ha sido mi preocupación por la mística y, más concretamente, por la mística carmelitana. Ésta me ha proporcionado la síntesis vital-existencial de mi teología y de mi consagración religiosa, y ha avivado en mí la renovada toma de conciencia de las situaciones de increencia (primer mundo) y de pobreza (tercer mundo).

Desde estos planteamientos, he tratado de dar una respuesta a los problemas que plantea hoy la fe y el anuncio de la misma; igualmente he tratado de responder a los retos de la consagración y de la misión de la vida religiosa en la Iglesia, sensible a las situaciones de pobreza y de exclusión de amplios sectores de la humanidad.

En este sentido quiero expresar algunas convicciones:

1ª. La vida cristiana, y en particular la vida consagrada, no se puede vivir al margen de la situación contemporánea que plantea hoy la fe y la espiritualidad en general, y que es preciso conocer para responder proféticamente tanto a los anhelos e interrogantes más profundos del ser humano como a las situaciones dramáticas de marginación y de pobreza.

2ª. Asimismo, ha de estar fundamentada en las fuentes bíblicas y litúrgicas; también en una seria reflexión teológica, que nos ayude a penetrar en el misterio revelado de nuestra fe, superando así el divorcio entre teología y espiritualidad. Se habla a veces del déficit espiritual de la vida religiosa, ¿pero no habría que hablar también en alguna medida del déficit de formación teológica?

3ª. Finalmente, la vida consagrada ha de estar basada en la doble apertura, mística y profética, que hemos expuesto. La experiencia mística representa la plenitud de la vida cristiana; es la experiencia vivida no sólo en el silencio de la oración, sino en la cotidianidad de la existencia, en el dinamismo teologal.

4ª. La experiencia profética, que se alimenta de la vivencia mística, urge el compromiso ético y social, que se traduce no tanto en las grandes causas de la humanidad cuanto en los pequeños gestos de humanización: atención a los pobres, enfermos y marginados. La experiencia de Dios no puede realizarse en el aislamiento, la indiferencia, la falta de atención hacia el



sufrimiento de los hombres.

### **3. La interpelación mística y profética de la vida consagrada**

Todos conocemos y hemos experimentado los cambios de la vida consagrada, con sus luces y sus sombras, con sus fortalezas y sus debilidades, con sus logros y sus limitaciones. Sin tratar de hacer balance, hoy tenemos un mejor conocimiento de lo que es la vida consagrada, de sus valores fundamentales, de su teología, de su espiritualidad y de su misión en la Iglesia; y también un mejor conocimiento del carisma específico de nuestros fundadores.

Presupuesto todo esto, nos preguntamos ahora en qué sentido la vida religiosa se siente interpelada hoy en su doble dimensión mística y profética. De todas es conocido el texto de VC sobre el profetismo de la vida consagrada (cf. VC 84-85). Centramos nuestra reflexión en el valor de la consagración y en el sentido de la misión<sup>4</sup>, haciendo una referencia al Congreso Internacional de la vida consagrada de 2004.

#### **3.1. La mística de la consagración**

La consagración religiosa no se entiende al margen de la mística del seguimiento de Jesús y de la configuración con Él. El seguimiento es una *memoria Iesu*, que hace presente a Jesús, su modo de vivir y de comportarse, en virtud de los votos de pobreza, castidad y obediencia. Comprende una unión y una familiaridad con Él, como la de los discípulos, que marca profundamente la vida religiosa. Ésta se basa en el encuentro, en el contacto, en la familiaridad con su vida y con su persona, en la reproducción de su estilo de vida, con su práctica personal, libre, escogida y amada, de la pobreza, de la castidad y de la obediencia. Es el fundamento verdadero, firme e incontrovertible de nuestra vida consagrada (cf. VC 88-90).

Evidentemente la vida consagrada es más que los votos, pero los votos siguen formando parte esencial y significativa de este modo de vida, llamada a vivir los votos de una manera integrada como factor de identidad personal, como lugar de encuentro con Dios y como dimensión misionera de la propia existencia, como parte de la profecía que se es. Si esto no nos identifica y no se palpa en sus efectos en el día a día; si nos aburguesamos y rebajamos el sentido evangélico de los votos, estamos en definitiva enterrando el talento recibido por miedo a ponerlo en circulación.

#### **3.2. La profecía de la misión**

No existe consagración sin misión. La vida consagrada es para la misión. La misma consagración, vivida como entrega a Dios, como amor a Jesús y como servicio al pueblo de Dios, es ya misión: la misión por excelencia de

anunciar a Cristo, de hacerle presente, reproduciendo los rasgos existenciales de su vida por los consejos evangélicos (cf. VC 72-75). Ésta es la dimensión profética de la vida consagrada.

Hoy se entiende particularmente de forma *afirmativa*, como lo fue la vida de Jesús, esto es, anunciando la Buena noticia: “La misión de la VC es convertirse, por su modo de vida fraternal, su forma de gobierno, su sencillez de vida, sus realizaciones misioneras, educativas, caritativas y contemplativas precisamente en anticipación profética del Reino. Así, se convertirá en un signo elocuente del evangelio, tanto para la sociedad donde se inserte como para la Iglesia en la que florezca. De cara a las vocaciones la profecía afirmativa, que muestra alternativas evangélicas visibles a los males de la sociedad, parece más necesaria que la profecía negativa”<sup>5</sup>.

En el Sínodo sobre la vida religiosa, fue el cardenal J. Ratzinger quien ofreció una magistral aportación sobre el genuino sentido del profetismo, recogido en la Proposición n. 39. Los valores de la profecía radican precisamente en la experiencia de Dios y de su palabra, en la amistad con Dios que madura en el diálogo de la oración, en la pasión por su santidad y su gloria, en la búsqueda apasionada de su voluntad y en el testimonio por la verdad. Una acción profética que pide la valentía del anuncio y de la denuncia, la coherencia de la vida, hasta sellar con su propia sangre el mensaje de Dios. Una acción profética que exige también la apasionada búsqueda de nuevos caminos para construir el Reino de Dios, la comunión eclesial. Por eso el verdadero profetismo se nutre de la palabra de Dios y de la contemplación de su presencia y de su acción en la historia.

### ***3.3. Mística y profecía en la “Pasión por Cristo y pasión por la humanidad”***

En noviembre de 2004 se celebró en Roma el Congreso Internacional de la Vida Consagrada bajo el lema: “Pasión por Cristo y pasión por la humanidad”<sup>6</sup>. En él se abordó su dimensión mística y profética a la luz de dos iconos bíblicos: el encuentro de Jesús con la samaritana junto al pozo de Jacob (Jn 4,1-42) y la parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37). Los dos iconos pretenden armonizar de forma fecunda: mística y profecía, contemplación y acción, experiencia y misión. Efectivamente, en el encuentro con Dios, la vida consagrada descubre la fuente de un amor que se hace entrega y servicio al prójimo, especialmente al más pequeño y al débil. Y desde aquí se siente remitido tanto a la dignidad de la persona, con frecuencia menospreciada, como al Dios del amor y de la misericordia.

A la luz de los dos iconos bíblicos señalados, el tema *mística y profecía* adquiere un profundo sentido evangélico y representa un impulso de renovación

de la vida consagrada para el tercer milenio. El primer icono – el de la samaritana – destaca el amor y la pasión por Cristo: es concretamente *la adoración*, la conversación íntima de la samaritana con el Señor. El segundo – el del Buen Samaritano – pone de relieve *la compasión*, el amor y la atención a los heridos de las cunetas de la vida. Pero no son elementos yuxtapuestos o como tiempos descoyuntados, sino desde la raíz del encuentro con el Dios de la vida, con el Señor de las misericordias. Éste es el criterio con que el Señor nos va enseñando a articular la adoración agradecida al Misterio fundante con la compasión comprometida por la humanidad herida, como trataremos de ver en el apartado siguiente.

#### **4. Los nuevos areópagos de la mística y de la profecía**

La Exhortación Apostólica VC, hablando de la misión de la vida consagrada (“*Servitium caritatis*”) señala los siguientes campos: la misión *ad gentes*, la inculturación, la opción por los pobres y el cuidado de los enfermos (nn. 77-83). Pero el horizonte apostólico y misionero de la Iglesia se ensancha: comprende nuevos areópagos, en los que ha de hacerse presente la vida consagrada: la presencia en el mundo de la educación y de los medios (nn. 96-99), e igualmente el compromiso del diálogo ecuménico e interreligioso (nn. 100-103). Estos areópagos mantienen toda su actualidad y podemos decir que son más urgentes que nunca.

Pero al hablar aquí de los nuevos areópagos lo hacemos desde la doble óptica de la mística y de la profecía. Esto quiere decir que no los tratamos tanto como *campos de acción* o de apostolado sino más bien como *estilo o forma de vida*, como actitudes básicas, llamadas a impregnar toda actividad apostólica. Por eso, aunque se exponen por separado, forman una unidad inescindible, como se desprende de nuestra exposición anterior. La identidad mística y profética son dos perspectivas de la vida consagrada que se funden en una misma realidad y que, por lo tanto, no pueden vivirse ni cultivarse por separado. Se desvirtuaría entonces su verdadero sentido. Sólo el místico es profeta y todo profeta ha de ser místico. La unidad en la *vivencia* lleva también a la unidad en el *cultivo* de los caminos que representan hoy los nuevos areópagos.

Son actitudes básicas que se aplican a todos los areópagos, aunque obviamente se cultiven unas más que otras, conforme al carisma de cada Instituto y al propio campo de misión. Aquí señalamos aquellas que nos parecen más fundamentales.

##### **4.1. Los areópagos de la mística**

Señalamos los siguientes: la vivencia personal de la fe; la escucha de la

Palabra; la experiencia de Dios “en medio de la vida”; la urgencia de testigos.

a) *La vivencia personal de la fe*

En un mundo – particularmente en el europeo – en el que estamos llamados a vivir nuestra fe a la intemperie, sin apoyos socioculturales ni religiosos, las personas consagradas – junto con los cristianos de a pie – sentimos la urgencia de avivar nuestra fe ante las preguntas de Jesús a sus discípulos: “¿Por qué sois tan cobardes? ¿Aún no tenéis fe?” (Mc 4,40). “¿Queréis irs vosotros también?” (Jn 6,67).

Parece algo evidente y que normalmente damos por supuesto, pero no conviene olvidarlo.

La vida consagrada se origina y se alimenta en la fe. Su centro es Jesucristo, vivo, en medio de ella, que la envía generosamente en misión a un mundo que tiene sed de espiritualidad, que la llena de su Espíritu, para que sea un canto de alabanza al Dios y Padre de toda criatura y expresión de su compasión. Una vez más hay que afirmar que la fecundidad y la alegría de nuestra vida pasa por la familiaridad con Dios, por el encuentro con Cristo, por la experiencia mística de fe.

En este contexto adquiere sentido el texto de K. Rahner: “El cristiano del futuro o será un místico, es decir, una persona que ha experimentado algo, o no será cristiano. Porque la espiritualidad del futuro no se apoyará ya en una convicción unánime, evidente y pública, ni en un ambiente religioso generalizado, previos a la experiencia y la decisión personales”<sup>7</sup>.

La motivación apuntada por Rahner se muestra hoy mucho más radical. No es tan sólo un ambiente adverso a la fe cristiana el que exige una experiencia personal, sino la misma naturaleza de la fe cristiana, que no es una formulación doctrinal sino una vivencia, una adhesión plena a Dios, una relación de encuentro personal con Él, la respuesta a su invitación amorosa (cf. DV 2.5).

La experiencia de la fe, como puntualiza el gran teólogo De Lubac, “no es una profundización de sí; es la profundización de la fe; no es un intento de evasión por el interior, es el cristianismo mismo”. La novedad de la mística cristiana está en la peculiaridad de la adhesión a Dios por la fe: “fuera de la mística, el Misterio se exterioriza y corre el riesgo de perderse en pura fórmula”<sup>8</sup>.

b) *La escucha de la Palabra*

El alimento esencial de la fe es la Palabra de Dios, consignada en la Sagrada Escritura, fuente primordial de la mística cristiana. En ella se nos ofrece además la historia de salvación en clave de alianza, encarnada por la

tipología del misticismo cristiano. Por eso la Palabra de Dios como fuente de vida no puede escasear en la vida de las personas consagradas ni en sus comunidades y congregaciones. Los dos iconos – el del Buen Samaritano (Jesucristo) y el de la Samaritana (nosotros) – nos hablan del encuentro con él, como Maestro conversador y fuente de agua viva, admirablemente descrita por Santa Teresa de Jesús (*Vida*, 30, 19). Por ello, un camino de renovación es poner la Escritura en el centro de la vida, orarla, conversarla, compartirla, celebrarla, escucharla (cf. VC 94). El último Sínodo sobre la *Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia* (cf. Sínodo de los Obispos, Octubre 2008) nos ha dejado recomendaciones preciosas en este sentido.

c) *La experiencia de Dios “en medio de la vida”*

Hoy se habla de una experiencia mística “en medio de la vida”<sup>9</sup>. Su fundamento antropológico es “esa experiencia fundamental de un reclamo hacia Dios” que hay en todo hombre, en toda mujer, y que K. Rahner llama “existencial-sobrenatural”<sup>10</sup>. Desde una perspectiva histórico-existencial, la persona humana está constitutivamente abierta a la trascendencia.

Tal experiencia no es algo excepcional; por el contrario, se da siempre que la persona humana percibe con lucidez los hechos cotidianos de la vida: su interior repugnancia ante el mal, el amor irrevocable a un tú contingente, la pasión por la obra bien hecha, la protesta contra la injusticia, la apuesta por la fraternidad efectiva, por la convivencia humana... Todas esas experiencias, las más cabalmente humanas y humanizadoras, son siempre experiencias de gracia.

Esta experiencia se da desde la mirada teologal de la fe: “Lejos de exigir carismas extraordinarios y gracias espectaculares, el cristiano deberá más bien avezarse a contemplar la realidad de cada día con los ojos de la fe. De hacerlo así, será capaz de rastrear y detectar en su entorno la constante poderosa y consoladora (a la vez que discreta y velada) presencia de Dios”<sup>11</sup>. La experiencia de Dios no es una experiencia al margen de lo que es la vida cotidiana, sino es justamente – dice Zubiri – la manera de experimentar en toda ella “la condición divina en que el hombre existe”<sup>12</sup>.

Es la experiencia de Dios en lo humano y en lo real, viviendo en el mundo no “como si Dios no existiese” (*etsi Deus non daretur*), como proclaman los teólogos de la secularización y de la muerte de Dios, sino más bien “como si Dios existiese” (*etsi Deus daretur*)<sup>13</sup>. Este Dios es el que se ha manifestado en la carne, en la debilidad humana, en el dolor de la cruz; que sigue presente ahí en el dolor humano; y que ha redimido al mundo, en medio de su aparente impotencia, por el poder del Espíritu, que resucitó a Jesús de entre los muertos (Rm 1, 4).

#### d) *La urgencia eclesial de testigos*

Nuestro mundo actual tiene necesidad de testigos. Ya Pablo VI había recordado oportunamente que el hombre de hoy está cansado de escuchar, hastiado de discursos y casi inmunizado contra las palabras; y que, por eso, prefiere los *testigos* a los *maestros*, hasta el punto de que si escucha todavía a los *maestros*, es porque al mismo tiempo son *testigos*. El hombre de hoy entiende mejor el lenguaje de los hechos y de la vida que el lenguaje de las palabras (cf. EN 41-42). Y añadía: “Para la iglesia, el primer medio de evangelización consiste en el testimonio” (EN 41).

Juan Pablo II, haciéndose eco de estas palabras, afirmó en su encíclica *Redemptoris Missio*: “El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina, en la vida y en los hechos que en la teorías. El testimonio de vida cristiana es la primera e insustituible forma de misión: Cristo, de cuya misión todos somos continuadores, es el “Testigo” por excelencia, y el modelo del *testimonio* cristiano. El Espíritu Santo acompaña el camino de la Iglesia y la asocia al testimonio que él da de Cristo. La primera forma de testimonio es la *vida misma* del misionero” (RM 42).

El verdadero testimonio no es nada distinto de la vida misma, vivida intensamente, que irradia hacia fuera su plenitud interior. Sólo se es de verdad testigo cuando se vive lo que se anuncia, es decir, cuando se parte de la propia experiencia. Benedicto XVI, en una de sus primeras intervenciones sobre la vida consagrada (Roma, 10 de diciembre de 2005) propone a las religiosas ser “testigos de la presencia transfigurante de Dios”, y las lanza el reto de ser “pioneros proféticos”, como sus fundadores (Discurso a la Asamblea Plenaria de UISG, Roma 7 de mayo de 2007).

### 4.2. *Los areópagos de la profecía*

#### a) *Desde una situación de exilio*

Vivimos en una época que algunos han parangonado al exilio. Al igual que Israel se encontró despojado de todas sus seguridades (el templo, lugar de la presencia de Dios) también en la vida consagrada, especialmente en occidente, hemos perdido muchos puntos de seguridad y se ha abierto paso a la búsqueda. El exilio es también una experiencia espiritual: “Salí tras ti clamando, y eras ido” (Juan de la Cruz); una ocasión para retomar el camino de la consagración y de la misión con renovada esperanza.

Así lo proclaman no pocas voces: “Evangelizar desde los márgenes”<sup>14</sup>. Otros describen la nueva situación como una experiencia pascual: el *paso* de los “invernaderos” a las *intemperies*, de las clausuras a recorrer los caminos

donde hay un prójimo herido; el *paso* de que “vengan” a que nosotros les *busquemos*, etc.<sup>15</sup> Otros, en fin, hablan del ocultamiento de Dios frente al sufrimiento humano. ¿Dónde está Dios en un mundo que sufre su ausencia, por tantas situaciones de dolor, de injusticia y de pobreza?<sup>16</sup>

### **b) Crear familia (casa-hogar), comunión**

Vivimos en un mundo en el que el hogar y la familia están en una enorme crisis intercontinental e intercultural. El modelo tradicional de familia se halla en quiebra en todos los continentes. El ansia y la necesidad de hogar, de acogida, de escucha crece por doquier. De ahí que uno de los grandes signos que hoy puede ofrecer la vida consagrada, como signo evangélico pobre y humilde, sea sencillamente la casa: que allí donde haya consagrados, haya casa abierta, acogedora, fraterna, como signo de comunión en la Iglesia (cf. VC 41ss.).

La casa, el hogar (la comunidad), es también el lugar de una lectura compartida de nuestra historia personal, comunitaria, donde nos encontramos con el Señor Jesús como sanador: en nuestras carencias, en nuestras fracturas, en nuestros fracasos, en nuestras justificaciones. Esta lectura compartida de nuestra historia personal, comunitaria, congregacional, es una fuente de alegría, de encuentro con Dios, de capacidad profética y misionera.

En esta línea, una de las grandes llamadas de la vida religiosa es saber escuchar. Escuchar a Dios, escuchar su Palabra. Pero también al mundo, a la sociedad, especialmente escuchar a los pobres, con sus cuitas y sus alegrías, con sus condiciones de vida y su dignidad. Escuchar dentro de la Iglesia: escuchar a los obispos, escuchar a los laicos de los que tanto hablamos, escuchar a los presbíteros diocesanos. Escuchar en nuestras comunidades, escuchar a los jóvenes y a los mayores, a los de otras generaciones, a los que piensan distinto. La escucha supone receptividad y humildad, paciencia y acogida. largueza de corazón para dejarse habitar por otros. En este sentido conserva toda su validez la encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI (1964), que nos ofrece toda una teología de la escucha y del diálogo como exigencia de renovación.

En un mundo descoyuntado y que anhela el hogar, la comunión, la fraternidad, la vida consagrada puede ofrecer un magnífico signo evangélico. De aquí surge con fuerza una identidad que se constituye fuertemente como «ser-con»: ser con Jesucristo, ser con la Iglesia, ser con los compañeros de comunidad y de congregación, ser con los pobres. Ser signos de comunión, es uno de los retos evangelizadores que plantea la *Novo Millennio Ineunte* (n. 43).



### **c) Humanizar**

Humanizar frente a las esclavitudes de nuestro mundo es otra de las tareas proféticas de la vida consagrada hoy, demonizando los ídolos de nuestra cultura. Algunos son fáciles de reconocer: la recompensa a corto plazo, el placer inmediato, el consumo irresponsable y desmedido, el individualismo, el canto a la identidad personal fragmentada, etc. Otros aparecen más solapados bajo capa de bien: el «yo» como centro definidor de los fines últimos bajo el ideal de la autorrealización.

La vida consagrada solamente será capaz de humanizar nuestra cultura y nuestra sociedad si ella misma resulta humanizadora para sus miembros. Aquí tenemos planteado un gran reto. Aquí se juega también gran parte del encuentro o el desencuentro de la fe con la cultura. ¿Cómo definimos la calidad de nuestras instituciones o el éxito de nuestras empresas apostólicas? Si adoptamos la cultura del *marketing* y del *management*, terminaremos por caer en las redes de sus valores y de sus ídolos: eficacia, rendimiento, objetivos alcanzados, cuota de mercado. Todo este entramado desconoce por completo la sabiduría de las Bienaventuranzas. Funciona según la eficacia y no según la fecundidad.

### **d) La sabiduría de los pequeños signos**

El mundo sangra a borbotones, internet nos conecta con todo y nos deja solos ante la pantalla. ¿Qué hacer, cómo reaccionar? En el congreso internacional se apuntó hacia la sabiduría de los pequeños pasos y los signos humildes pero reales. Ante las enormes magnitudes de los males a los que nos enfrentamos, corremos la tentación de despreciar lo pequeño, de querer implantar una solución global. Pero ése no es el camino del Padre de las misericordias. Pues lo que descubrimos en la historia de la salvación es que Dios actúa a través de lo pequeño: elige un pueblo pequeño: Israel (Dt 7,7); confía en un resto, todavía más pequeño, de este pueblo.

Se nos invita al paso corto, pero real; y al signo humilde, pero expresivo. Los milagros son signos del Reino. Jesús no organizó una especie de «Seguridad Social» para toda Palestina, sino que manifestó a través de unos signos elocuentes que el Reino de Dios llegaba en poder con su persona. La salvación de Dios irrumpía a través de la victoria de Jesús sobre Satanás, sobre la enfermedad y sobre la muerte, como manifestaciones concomitantes de la lejanía de Dios y la ausencia de salvación.

Siguiendo esta estela, la vida consagrada está llamada a ofrecer signos del reino de Dios, a ser ella misma en su propio ser y su propia vida un signo del reino de Dios: de la irrupción de la gracia, que genera fraternidad, filiación, alegría, esperanza, acogida, generosidad, adoración, ánimo, gratuidad.



### e) El servicio de la caridad: Un “corazón que ve”

“La fe que actúa por la caridad” (Gal 5,6). “El programa del cristiano — el programa del buen Samaritano, el programa de Jesús— es un « corazón que ve ». Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia (*Deus caritas est*, 31b).

“Los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una « formación del corazón »: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad” (*Deus caritas est*, 31a).

### Conclusión: Un canto de alabanza

El poema de la *Fonte* y el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz terminan ambos con una doxología, con un cántico de alabanza. Es una alabanza que abarca toda la creación: “Míos son los cielos y mía es la tierra; mías son las gentes, los justos son míos y míos los pecadores; los ángeles son míos, y la Madre de Dios y todas las cosas son mías; y el mismo Dios es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí” (*Oración de alma enamorada*, 27).

Es la alabanza enamorada que brota de una plenitud de vida, en la que el mundo de la naturaleza es integrado en la hermosura divina y prorrumpe en un canto gozoso y esperanzado. Este es el gran testimonio místico-profético que se espera hoy de la vida consagrada. Ésta, haciendo suyos “los gozos y esperanzas” de la familia humana, tiene que ser un “canto”, una vida de “encanto”, de “júbilo”, para alabar al Señor. Es como un corolario de la fe, de creer y seguir a Jesús. Una vida religiosa triste y desconsolada no tiene futuro alguno.

La vida consagrada del futuro será alegre y humilde, si vive colgada de esa presencia del Señor que canta san Juan de la Cruz: “Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura, /e, yéndolos mirando / con sola su figura / vestidos los dejó de hermosura” (*Cántico espiritual*, estrofa 5). Es la presencia de Dios en la creación y en la historia; presencia viva y personal;

presencia sacramental, especialmente en la Eucaristía; presencia en los pobres; presencia en la misión; presencia en los hermanos y hermanas de congregación; presencia en la Iglesia; presencia en la oración y en la lectura de la Palabra de Dios; presencia en la familia humana. Que la experiencia (mística) de esta presencia ilumine el rostro de nuestra esperanza y dinamice creativamente nuestra misión profética.

## ***Mística y Profecía***

### ***Preguntas***

1. ¿Crees que la mística y la profecía son una *realidad esencial* de la vida consagrada? ¿Cómo se concreta en la situación cultural y religiosa en la que vives?
2. ¿En qué medida la mística y la profecía son una *urgencia eclesial* que interpela a la vida consagrada? ¿Cómo valoras esta urgencia dentro de la Iglesia particular a la que has sido enviada?
3. ¿Cuáles son en tu opinión los *nuevos areópagos* de la mística y de la profecía teniendo en cuenta, por una parte, la situación de la vida religiosa en tu país y, por otra, el carisma de tu Instituto? Señala un orden de preferencia.
4. ¿Cuáles son los *rasgos* que definen hoy al místico-profeta y con qué *figuras* les identificas?

### ***Bibliografía general***

- AA. VV., *Profetismo*, en *Dizionario degli Istituti di Perfezione*, vol. VII, Edizioni Paoline, Roma 1983, 972-993; ENZO BIANCHI, *La vida religiosa, ¿signo profético creíble?* Confer 40 (2001) 43-56; JESÚS CASTELLANO CERVERA, *Esigenze odierne di spiritualità: memoria e profezia*, en Aa. Vv., *Impegni e testimonianza di spiritualità alla luce della lettera apostolica "Novo millennio ineunte"*, Teresianum, Roma 2001, p. 75-197; CARLOS DOMÍNGUEZ MORANO, *Místicos y profetas: dos entidades religiosas*, Proyección 48 (2001) 307-328; JOSÉ MARÍA ARNÁIZ, *Místicos y profetas. Necesarios e inseparables hoy*, PPC, Madrid 2004; JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ RUIZ, *Profetismo*, en *Nuevo Diccionario de Pastoral*, San Pablo, Madrid 2002, p. 1208-1214; JOSÉ LUIS BARRIOCANAL, *Diccionario del profetismo bíblico*, Monte Carmelo, Burgos, 2004, p. 558-590 ("Profetismo/profetas, hoy"); MONS. JESÚS SANZ MONTES, *Mística y profecía. El hilo de Ariadna de nuestra fidelidad* (Editorial), Tabor 3 (2007) 8-11; JOSÉ CRISTO REY GARCÍA PAREDES, *Profecía cultural de la vida religiosa hoy. Nuevos caminos, fuentes y oportunidades*, Vida Religiosa 102 (2007) 222-234; A. ARVALLI, *Vita religiosa come profezia? Le lacrime di una difficile transizione incompiuta*, Credere Oggi 27 (2007) 131-144; AA. VV., *Palabra y profecía*, Vida Religiosa 104 (2008) 85-160 ("Profecía y mística en una sociedad secularizada", p. 149-160); JESÚS ÁLVAREZ GÓMEZ, *El profetismo de los fundadores y el ministerio profético de sus discípulos*, Vida Religiosa 106 (2009) 469-479; M<sup>a</sup> CARMEN MARIÑAS, *La Consagración contemplativa desde una mística de "ojos abiertos"*, Vida Religiosa 107 (2009) 375-379; ALBERT NOLAN, *Esperanza en una época de desesperanza*, Sal Terrae, Santander 2010 (original inglés: *Hope in an Age of Despair*, Orbis

Books, 2009); destacamos algunos capítulos (“Teología de carácter profético”, p. 99-111; “El espíritu de los profetas”, p. 113-124; “La vida consagrada como un testimonio profético”, p. 139-147).

### **Bibliografía específica**

AA. VV., L'expérience de Dieu au sein d'un monde indifférent, *Christus* 36 (1989) 136-218; AA. VV., Dieu dans un monde sécularisé, *Ibid.* 36 (1989) 136-201; AA. VV., L'initiation au mystère chrétien. Retrouver le chemin, *Christus* 40 (1993) 135-222; AA. VV., Présence et absence de Dieu. L'épreuve de l'indifférence, *Ibid.*, 40 (1993) pp. 311-464; AA. VV., L'expérience mystique, *Christus* 41 (1994) 133-213; A. ALVAREZ BOLADO, Mística y secularización. En medio de las afueras de la ciudad secularizada, *Sal Terrae*, Santander 1993; J. Caillot, La mystique dans les religions. Le Cristianisme exposé, *Christus* 41 (1994) 147-156; A. De MUNSTZER, Le buisson ardent de la vie quotidienne, *Christus* 36 (1989) 146-157; J.-C. ESLIN, La nouvelle situation religieuse, *Christus* 47 (2000) 136-144; C. FLIPO, Vers un nouveau “sentir” spirituel, *Christus* 36 (1989) 158-170; T. GOFFI, L'esperienza spirituale oggi, *Queriniana*, Brescia 1984; A. GUERRA, Experiencia cristiana, en *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Madrid 1991, pp. 680-688; W. JOHNSTON, Mística para una nueva era, *Desclée*, Bilbao 2003; *Id.*, Fuego y luz. Mística y teología, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2009 (“La música de la vida cotidiana”, p. 157-173); J. Y. LACOSTE, Expérience, événement, connaissance de Dieu, *Nouvelle Revue Théologique* 106 (1984) 854-855; PH. LÉCRIVAIN, Comme à tâtons... Les nouveaux paysages de la mystique, *Christus* 41 (1994) 136-145; TRINIDAD LEÓN MARTÍN, Dios presencia ineludible, *Proyección* 47 (2000) 3-18 (*SelTeol* 157, 2001, 21-32); H. MADELIN, La sécularization nouvelle chance?, *Christus* 36 (1989) 136-145; J. MARÍN VELASCO, La experiencia de Dios, hoy, *Manresa* 75 (2003) 3-25; *Id.*, Mística y humanismo, PPC, Madrid 2007; TH. MATURA, Les chemins de “l'expérience” de Dieu, *Vie Consacrée* 74 (2002) 403-414; TH. MERTON, La experiencia interna, *Cistersium* 212 (1998) 785-971; C. MUCCI, La mística come crocevia del posmoderno, *La Civiltà Cattolica* 153 (2002) 3-12; B. SECONDIN, Spiritualità in dialogo. Nuovi scenari dell'esperienza spirituale, Edizioni Paoline, Roma 1997; K.-H. WEGER, Is Gott erfahrbar? *Stimmen der Zeit* 210 (1992) 33-341 (¿Es posible la experiencia de Dios? *SelTeol*, 127, 1993, 165-171); SALVADOR ROS GARCÍA, La experiencia de Dios en mitad de la vida, Editorial de Espiritualidad, Madrid 2007; JOSÉ MARÍA AVENDAÑO, Mística en el espesor de la vida, PPC. Madrid 2007; PASCUAL CEBOLLADA (ed.), Experiencia y misterio de Dios, Comillas, Madrid 2009; AA. VV., The experience of God today and Carmelite Mysticism. *Mystagogy and Inter-Religious and Cultural Dialog*, Acts of the Internacional Seminar, Zagreb 2009.

- 1 Últimamente se ha escrito bastante sobre el tema. Remitimos a la bibliografía final.
- 2 Cf. J.L. SICRE, *Profetismo en Israel*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1992.
- 3 Permítasenos referirnos a nuestros propios estudios, donde el lector encontrará abundante documentación: CIRO GARCÍA, *Corrientes nuevas de teología espiritual*, Studium, Madrid 1971; *Id.*, *Teología espiritual contemporánea*.

*Corrientes y perspectivas*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2002; *Id.*, *La mística del Carmelo*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2002; ; *Id.*, *Mística, misterio y teología*, Lección inaugural del curso académico 2003-2004, Facultad de Teología del Norte de España, Burgos 2003; ; *Id.*, *Mística en diálogo. Congreso Internacional de Mística. Selección y Síntesis*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2004.

- <sup>4</sup> Existen buenos estudios sobre teología de la vida consagrada. Aquí nos hacemos eco de la obra de Gabino Uribarri, *Portar las marcas de Jesús. Teología y espiritualidad de la vida consagrada*, Comillas, Madrid 2008<sup>4</sup>.
- <sup>5</sup> G. URIBARRI, o.c., p. 305.
- <sup>6</sup> CONGRESO INTERNACIONAL DE LA VIDA CONSAGRADA, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2005. El congreso ha suscitado varios comentarios: JOSEPH CHALMERS, *Pasión por Cristo, pasión por la humanidad*, Vida Religiosa 98 (2005) 274-280; ID., *El encanto de una pasión escatológica. Glosa a las "Conclusiones" del Congreso*, Confer 44 (2005) 387-399; ID., *La Vida Consagrada mira al futuro*, Razón y Fe 251 (2005) 59-75. Nos hacemos eco de este último.
- <sup>7</sup> K. RAHNER, *Espiritualidad antigua y actual*, en *Escritos de Teología*, VII, p. 25.
- <sup>8</sup> H. DE LUBAC, en prólogo a RAVIER (ed.), *La mystique et les mystiques*, DDB, Paris 1964, p. 24-27.
- <sup>9</sup> Los estudios de los últimos años, ante el cambio cultural y socio-religioso de nuestro tiempo, han prestado especial atención a los nuevos caminos de experiencia de Dios, ayudando a discernir su presencia en esta situación de cambio. Constituyen una verdadera *mistagogía* o iniciación al Misterio. Remitimos a la bibliografía específica.
- <sup>10</sup> K. RAHNER, *Naturaleza y gracia*, en *Escritos de Teología*, IV, pp. 215-243.
- <sup>11</sup> J. L. RUIZ DE LA PEÑA, *El don de Dios. Antropología especial*, Sal Terrae, Santander 1991, p. 400.
- <sup>12</sup> "La experiencia subsistente de Dios no es una experiencia al margen de lo que es la vida cotidiana..., sino la manera de experimentar en toda ella la condición divina en que el hombre subsiste" (X. ZUBIRI, *El hombre y Dios*, Fax, Madrid 1984, p. 333).
- <sup>13</sup> SANTIAGO DEL CURA ELENA, *A tiempo y a destiempo. Elogio del Dios (in)tempestivo*, Facultad de Teología del Norte de España, Burgos 2001.
- <sup>14</sup> Cf. PHILIP L. WICKERI, *Mision from the margins. The Missio Dei in the crisis of World Christianity*, International Review of Mission 93 (2004) 182-198.
- <sup>15</sup> Cf. AMELIA BELTRÁN, *Radicalidad y tolerancia en la vida religiosa femenina*, Pastoral misionera 192 (1994) 20-24.
- <sup>16</sup> Cf. AA. VV., *¿Dónde está Dios? Un clamor en la noche oscura*, Concilium 242 (1992) 571-697.

# ABRIR EL CORAZÓN A LA ESCUCHA : LLEGAR A SER MÍSTICO Y PROFETA HOY

Hna. Judette Gallares, RC

*La Hna. Judette Gallares es originaria de Filipinas, es miembro de la Congregación de las Religiosas del Cenáculo. Da Ejercicios espirituales y Dirección espiritual. Durante varios años ha trabajado en la formación, en su Congregación, y también ha colaborado en los programas de formación religiosa inter-congregacionales. En el presente es profesora de Espiritualidad en el Instituto para la Vida Consagrada en Asia y profesora esporádica de Estudios bíblicos en la Universidad de Santo Tomás (Filipinas): Es editora de la revista Vida Religiosa de Asia y autora de varios libros y artículos sobre la mujer en la Biblia, espiritualidad y formación.*

*Original en inglés*

**Q**uisiera comenzar mi reflexión evocando una imagen que nos presenta san Lucas en los Hechos de los Apóstoles. Es la imagen de María y de las mujeres reunidas en intensa oración con los apóstoles y los discípulos en espera del nacimiento de un nuevo comienzo, de un nuevo Pentecostés – el nacimiento de la Iglesia. Si comprendemos la mística como “la espiritualidad de la experiencia directa de Dios”, un conocimiento que va más allá de la comprensión intelectual, creo que la experiencia mística, única, de aquellas personas reunidas en esa primera asamblea, suscitó la efusión del Espíritu Santo en medio de ellas. Esta experiencia directa de Dios va más allá de los “ritos” o de la simple “creencia”; y está marcada por el amor, la verdadera comprensión y aceptación de unos y otros, y no se limita a una simple “experiencia emocional”. Es difícil describir esta experiencia mística con un lenguaje simple. Es por esto que, a través de los años, los autores bíblicos y también los escritores espirituales tratan de captar esta experiencia empleando metáforas como la de la viña y los sarmientos, para mostrar cómo la unión con Dios (“Permaneced en mí, como yo en vosotros”) es fuente de fecundidad para la misión.

A través de los evangelios vemos cómo los discípulos de la Iglesia

primitiva comprendieron profundamente la relación indisociable entre contemplación y acción, entre mística y profecía. En su carta a los Gálatas, Pablo da testimonio de que ha alcanzado el estado místico que consiste en “perderse a sí mismo”, cuando dice: “Y vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). Éste no es más que el inicio de numerosos testimonios en la Iglesia de los primeros tiempos. Cada siglo ha tenido sus místicos cristianos que nos han dicho que las experiencias místicas son accesibles a cualquiera que está dispuesto a recibir la acción de Dios. Pero en muchos casos, estas experiencias van y vienen simplemente sin que necesariamente se expresen en una acción profética, ya que sin experiencia durable de Dios, la mística pierde su dimensión profética.

De igual manera que la experiencia de quienes estaban reunidos en esa primera asamblea los llevó a no quedar confinados entre los muros del Cenáculo, la experiencia directa de Dios de estos místicos desata su lengua para proclamar la fuerza de Dios en su vida y en la historia, llevándolos a salir, a no temer proclamar la Buena Noticia y a dar testimonio del Espíritu de Jesús en los pueblos y en los lugares necesitados del mensaje de sanación y de transformación de Dios. Es por esto que se puede decir que la mística cristiana no es otra cosa que la unión transformadora que encuentra su expresión más profunda cuando sigue a Cristo en su testimonio y su misión profética. Martin Buber hace notar que la forma más característica de “la experiencia religiosa” en la Biblia, no es la toma de conciencia o el éxtasis, sino la vocación y la misión<sup>1</sup>.

## **1. La historia de la conversión de Lidia: Dios abre su corazón a la escucha (Hch 16,11-15,40).**

Para nuestra reflexión de esta mañana, tomaré la historia de Lidia, una mujer convertida al cristianismo, como se narra en los Hechos de los Apóstoles; nos serviremos de ella como de un icono de nuestra vocación religiosa de místicas y de profetas en el mundo de hoy. Al prepararme para esta conferencia tuve que reflexionar para elegir, entre las numerosas mujeres de la Escritura, una figura femenina que pudiera servir de modelo a la vida religiosa hoy. Volviendo a la escena de Pentecostés en donde las mujeres estaban presentes, y sin embargo ausentes en la mayoría de las narraciones de la Iglesia de los primeros tiempos, tuve la inspiración de tomar la historia de Lidia que fue una figura clave en la red de relaciones sociales de Pablo, uno de los pilares entre las hermanas en la fe. Haremos una breve relectura de su historia y sacaremos algunas luces del proceso de su conversión que supuso una experiencia mística y la condujo al testimonio y a la acción profética.

La historia de Lidia se sitúa durante el período en que el movimiento de

Jesús se extiende en las grandes ciudades de la Diáspora. La idea de que las mujeres, particularmente las que gozaban de una independencia económica considerable, eran atraídas hacia el cristianismo se apoya en los Hechos de los Apóstoles en donde se menciona específicamente la conversión de Lidia en Filipos. Recordando su historia, nos detendremos un poco en ciertas cuestiones relativas a su identidad, a sus motivaciones y a su camino de conversión y de misión para la Iglesia de Filipos.

La brevedad de la historia de Lidia y la falta de precisión histórica facilitan el que no se le dé importancia<sup>2</sup>; una vez terminada la misión inicial de Pablo, ella cae de nuevo en el anonimato. Escucharemos primero el relato de Pablo sobre este acontecimiento extraordinario, y después haremos una breve relectura de su historia.

*« Nos embarcamos en Tróada y fuimos derechos a Samotracia, y al día siguiente a Neápolis; de allí pasamos a Filipos, que es una de las principales ciudades de la demarcación de Macedonia, y colonia. En esta ciudad nos detuvimos algunos días. El sábado salimos fuera de la puerta, a la orilla de un río, donde suponíamos que habría un sitio para orar. Nos sentamos y empezamos a hablar a las mujeres que habían concurrido. Una de ellas llamada Lidia, vendedora de púrpura, natural de la ciudad de Tiatira, y que adoraba a Dios, nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo. Cuando ella y los de su casa recibieron el bautismo, suplicó: ‘Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa. Y nos obligó a ir... Al salir de la cárcel se fueron a casa de Lidia, volvieron a ver a los hermanos, los animaron y se marcharon’ (Hch 16,11-15,40).*

### **Relectura de su historia**

La narración empieza con el itinerario de Pablo durante su segundo viaje misionero. Él va a Filipos para responder a un sueño que tuvo en donde se le apareció un macedonio que le insistía en que fuera a Macedonia para ayudarlos (cf, Hch 16,9-10). Sin embargo, fue un grupo de mujeres, y no el macedonio del sueño, el primero en manifestar su atracción por la predicación de Pablo y por el cristianismo mismo, cuando un sábado Pablo y Silas van al lugar designado para la oración, fuera de la puerta de la ciudad, al borde del río (16,13). ¿Qué significa este lugar de oración al borde del río fuera de la puerta de la ciudad?

El “lugar de oración cerca del río” tiene un significado simbólico en relación a nuestra vocación cristiana. El simbolismo no se refiere únicamente a la tradición judía de reunirse “al borde del río”, para las abluciones rituales<sup>3</sup>; sino que también nos recuerda, y en primer lugar, el bautismo de Juan Bautista. Juan bautizaba en los bordes del Jordán, y fue ahí mismo donde Jesús recibió de sus manos el bautismo (Lc 3,22). Podemos afirmar que



ciertamente fue para Jesús un momento profundamente místico, una experiencia directa de la presencia de Dios y la afirmación de su identidad por parte de Dios.

Es importante notar en este pasaje que este grupo reunido está compuesto únicamente de mujeres. Y esto nos recuerda a las mujeres al pie de la cruz que fueron también las primeras que dieron testimonio de la resurrección. Lidia y su grupo de mujeres no estaban reunidas en cualquier lugar, sino en un “lugar de oración al borde del río fuera de la puerta de la ciudad”, en donde tiene lugar la predicación, y en seguida su conversión. La reunión de mujeres en este lugar “de oración” indica la existencia de una comunidad de fe, antes de la llegada de Pablo y Silas. ¿Quiénes eran estas mujeres?

El texto identifica primero a Lidia por su carácter religioso – como una mujer que “teme a Dios”, “que adora a Dios”. En términos técnicos, los que “temen a Dios”, en los primeros siglos, eran los gentiles que estaban ligados al judaísmo sin ser considerados prosélitos<sup>4</sup>. En cuanto personas parcialmente convertidas al judaísmo<sup>5</sup>, los que “temen a Dios” tenían un estilo de fe y de vida claramente definido. Observaban las prescripciones morales de los judíos, la Torá, iban a la sinagoga para el culto, para participar en la oración común. El hecho de que este lugar de oración estuviera fuera de la puerta de la ciudad indica que quizás no había una sinagoga en Filipos. Como Lidia y su comunidad eran de las que “temen a Dios”, tenían ya algunas bases de religión que las dispusieron a recibir las enseñanzas cristianas. “El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo” (16,14), preparándola así a recibir el bautismo de Jesucristo junto con los de su casa. Después de haber escuchado a Pablo y a Silas, Lidia fue bautizada y también los suyos (cf. 16,15a).

El efecto más fuerte del bautismo de Lidia fue el hacerla capaz de hablar; ella presiona a los misioneros: “Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa” (16,15b). De esta manera Lidia expresa, en verdad y en voz alta, la ética radical y profética de la tradición de Jesús, que comprende la práctica del respeto, de la igualdad y de la justicia de unos con otros, y el compartir su casa y sus bienes, valores profundos que servirán más tarde como expresión radical del seguimiento de Cristo en la vida religiosa. El segundo punto era de hecho el ideal original de pobreza: una justa distribución de los bienes que se expresaba con un don generoso. La casa de Lidia se convierte en cuna de la primera comunidad cristiana en Filipos como lo atestiguan los Hechos de los Apóstoles 16,15 y 16,40. Su entusiasmo y su espíritu de hospitalidad son la expresión auténtica de su conversión al Espíritu del Evangelio. Así, su vida a la escucha obediente de Dios, el fruto de su espíritu contemplativo y de su fiel aplicación a las enseñanzas de Cristo vienen a ser los fundamentos sólidos que permitirán a la Iglesia doméstica



desarrollarse.

Conviene que su historia se termine con una nota de autoridad: “Y nos obligó a ir” (16,15c). En ese tiempo, esto formaba parte de la práctica de hospitalidad: procurar un lugar seguro a los invitados, especialmente cuando un peligro inminente los amenazaba. Esto lo confirma el versículo 16,40, en donde la casa de Lidia representa un lugar de hospitalidad, incluso cuando corre el riesgo de acoger de nuevo a Pablo y a sus compañeros en su casa, cuando salieron de la cárcel.

En la historia de Lidia, la contribución de las mujeres al cristianismo no debe ignorarse. Las mujeres cristianas no fueron obligadas a dejar su casa por amor al Evangelio; al contrario, hicieron de su casa el centro de la práctica cristiana<sup>6</sup>. La casa de Lidia sirve de modelo para una “comunidad de contraste”, la primera Iglesia doméstica de Filipos, en donde los que venían a compartir su fe y sus bienes en comunidad trataban de vivir según su confesión bautismal y el espíritu de la hospitalidad cristiana.

## II. El proceso de conversión: despertar el espíritu místico y profético

La mejor manera de hablar de mística es comprender el proceso de conversión; y la mejor manera de comprender la conversión es observar al convertido. Quizás nuestra relectura de la historia de Lidia encendió en nosotras una reflexión sobre el significado y la consecuencia de una profunda conversión espiritual. Quizás también nosotras habíamos empezado a imaginar su experiencia de conversión y hemos recordado nuestras experiencias humanas de conversión. La conversión de Lidia es relatada en pocos versículos, pero son suficientes; son como una “ventana” para escrutar el interior. Esto nos permitirá tener una percepción de lo que pudo ser su experiencia espiritual de conversión y del bautismo, que la condujo a vivir una vida de fidelidad y de compromiso con Cristo.

Aquí quisiera retomar y hacer mío el sentido fundamental de la conversión, según Bernard Lonergan: “un cambio de orientación hacia la vida”. Me parece que este cambio se da cuando una persona experimenta en lo profundo de su ser, un toque divino, una inspiración del Espíritu que capacita a cada persona para elegir y actuar por amor a algo o a alguien más grande que sí misma. Una experiencia mística de base, es decir, una experiencia directa de Dios, de unión con Dios y con la creación de Dios, es como “retornar a casa”, experimentar un nuevo nacimiento, un nuevo sentido de identidad, del llamado y de la misión. Esto podría asemejarse a la experiencia de Jesús en su bautismo, al borde del Jordán. Fue quizás, también, la experiencia de Lidia y de sus compañeras cuando recibieron el bautismo.

¿Cuáles son los elementos de conversión que podemos deducir de la historia de Lidia? O más precisamente, ¿qué pasa en el interior de la persona, durante el proceso de conversión? En efecto, la conversión implica mucho más que un momento, es un proceso que supone largos períodos de tiempo y de causas y efectos unidos entre ellos. Implica relaciones que de cierta manera escapan al control del convertido, y también momentos de inacción, de represión y de sufrimientos, y de toma de decisiones<sup>7</sup>. Todo esto está tejido en la misma trama de la historia personal de cada uno/a. El proceso de conversión, propiamente hablando, es mucho más complejo que la percepción que se tiene de él, porque es el tipo de experiencia que se hace una vez por todas. En realidad, se trata de un fenómeno continuo, del proceso de toda una vida para profundizar en el compromiso bautismal de dar testimonio; y la vida religiosa es esencialmente esto. La complejidad reside principalmente en el hecho de que la conversión se realiza en varias fases o etapas. Tratemos pues de volver a encontrar, a partir de los versículos que hablan de la historia de Lidia, la dinámica interna que se desarrolla por etapas.

### *Los movimientos y las fases de conversión en curso*

1. La primera fase es **una experiencia de oscuridad o de confusión**, la conciencia de un vacío que necesita ser llenado, de una sed que necesita ser mitigada, preguntas que piden respuestas; y sin embargo, no parece que exista algo o alguien que pueda satisfacer estas necesidades. Para algunos, esta fase se manifiesta a través de una experiencia de incongruencia – en sí mismo o en la vida misma. En otros términos, las experiencias de conversión profunda y auténtica no se desarrollan como nos lo dicen los expertos en estos campos.

Las incongruencias de nuestro estado presente se acumulan hasta el punto de volverse intolerables. Las cuestiones que han surgido, las decisiones por mucho tiempo rechazadas, las realidades ignoradas, las cuestiones al orden del día en nuestra agenda personal, con frecuencia dejadas para más tarde, qué sé yo, todo esto se acumula y nos pone ante la evidencia de que esto debe cambiar<sup>8</sup>.

Estas incongruencias se pueden experimentar en diversos grados, pero no conducen necesariamente a la conversión. Sin embargo, creemos que a casi todas las experiencias de conversión profunda las precede una cierta dificultad, una crisis y un cuestionamiento. En otras palabras, la fase inicial de la conversión es una experiencia de conflicto interior en la búsqueda de una solución<sup>9</sup>; o bien, se tiene la impresión de estar desorientado y de buscar una dirección. Según esta descripción, es claro que antes de la decisión de convertirse, el futuro convertido experimenta una especie de confusión interior y de crisis que se intensifica y sugiere a la persona buscar el cambio o alguna solución. Incluso la vida espiritual, cuando existe, experimenta y se

ve afectada por este conflicto interior. Los modelos de espiritualidad que anteriormente tenían sentido, pierden de repente su significado. Ya no dicen nada a nuestra experiencia de vida; ya no siguen el ritmo frente a horizontes que se amplían. La situación no puede permanecer igual. El cambio debe hacerse. La experiencia de confusión o de oscuridad se convierte en una ocasión, en un impulso para un cambio y un crecimiento. “Una crisis es una oportunidad”, dice bien un proverbio chino.

¿Qué fue lo que precipitó la conversión de Lidia y de los suyos? Releyendo la historia de Lidia, vimos que ella y las mujeres de su grupo eran de las “temerosas de Dios” o de las “adoradoras de Dios”. Como tales, habían sido atraídas por la fe judía, particularmente por las implicaciones éticas de la Ley y por algunas prácticas rituales tales como las acciones comunes. Sábado tras sábado esperaban sin duda, y con impaciencia, reunirse en comunidad para sostenerse mutuamente en su práctica de la fe y en sus luchas cotidianas. Pero, ¿la simple observancia de las leyes y las prácticas rituales eran suficientes para aplacar su hambre y su sed de algo que tuviera un sentido más profundo? Como paganas, no podían vivir ciertos elementos de la fe judía, tales como la circuncisión, la práctica de las leyes rituales y la estricta observancia de preceptos de la ley interpretados de manera casuística por los escribas judíos<sup>10</sup>. Es por esto que la no-observancia de algunos de estos elementos podía hacer que se sintieran marginadas al interior de la fe judía. Efectivamente, algunos estudios han mostrado que los judíos tenían una actitud ambivalente respecto a los “temerosos de Dios”, y esto independientemente del grado en que habían adoptado el judaísmo; la desigualdad social entre los judíos parece que era un hecho corriente en su vida<sup>11</sup>. ¿Esta situación de prejuicio y de desigualdad podría haber bastado para causar un conflicto en Lidia y en sus compañeras? Sí, muy probablemente. Y ellas habrían continuado soportando el prejuicio y las desigualdades si no hubieran encontrado otra alternativa, la que les ofrecieron los misioneros.

En calidad de comunidad de fe compuesta de mujeres, encontrarse “fuera de la puerta de la ciudad”, parece justificar la experiencia de marginación por parte de la religión dominante. A pesar de esto, eran fieles a Dios, bastante audaces para ir más allá de la cultura de la hospitalidad según la cual las mujeres no podían simplemente acoger a extranjeros. Antes de haber escuchado el mensaje del Evangelio ya tenían algo de profético, incluso si probablemente no eran conscientes de ello.

*Si nos ponemos en el lugar de Lidia y de su comunidad de mujeres, ¿cuáles serían las aspiraciones profundas de nuestro corazón? ¿De qué faltas de armonía empezamos a tomar conciencia en nuestra vida de fe personal? ¿o en nuestra manera de vivir nuestra vocación religiosa? Lidia y su pequeña comunidad de fe se encontraban sábado tras sábado*

*para cumplir con los ritos religiosos que satisfacerían, por un tiempo, sus profundas aspiraciones. Sin embargo ellas habían realizado que estas prácticas exteriores no bastaban. ¿En qué medida nuestras observancias y prácticas exteriores de vida religiosa y de espiritualidad llenan el vacío y satisfacen nuestras profundas aspiraciones y la sed de sentido en nuestra vida? ¿Qué falta? Como Lidia y su comunidad de fe, ¿qué mensaje de liberación necesitamos escuchar para ser verdaderas, honestas, frente a nuestra vocación y hacia nosotras mismas?*

*Antes de la llegada de Pablo y de Silas, Lidia y su comunidad compartían la misma experiencia y la misma visión de la vida, y eso las unía en comunidad de fe. Si consideramos la situación del mundo, ¿qué necesitan nuestras comunidades para responder a los retos que nos vienen del mundo, qué impide la formación de comunidades de fe, y qué requieren para ser fieles a su misión?*

El encuentro de Lidia y de las mujeres con los misioneros cristianos les hizo realizar que algunas cosas debían cambiar, que no podían permanecer como “temerosas de Dios” y ser tratadas como ciudadanas de segundo rango en la religión judía. Vieron que la fe cristiana les ofrecía la plena realización de su deseo y de su aspiración más profunda.

2. El segundo movimiento es la **fase del despertar**. Esto sucede cuando el espíritu se despierta por el toque de Dios, y lo prepara a escuchar con atención la Palabra de vida. El espíritu místico está despierto. El hecho de escuchar, y no solamente de oír, nos abre a nuestras esperanzas y deseos internos. Es muy interesante constatar que según el cuadro histórico de la religión, el cristianismo siempre ha sacado su creciente energía de la espiritualidad de los primeros tiempos<sup>12</sup>. Esta espiritualidad primitiva se expresa, con frecuencia, a través del lenguaje del deseo, de la aspiración interior y de la búsqueda de sentido, en la espera impaciente de la realización de su aspiración. Así vemos cómo se regocijaba el bien-amado del Cantar de los Cantares: “Yo dormía pero mi corazón velaba. ¡La voz de mi amado que llama!: ‘¡Ábreme, hermana mía, amada mía, paloma mía, mi perfecta!’...” (Cantar de los Cantares 5,2).

A partir de la experiencia de las mujeres, especialmente de las del tercer mundo y de Asia, el paradigma que les habla de conversión corresponde más a la “fase de despertar”. Hay en ella una experiencia de despliegue progresivo que se fortifica y se profundiza, del misterio y de su sentido de la fe, de una conexión, de una compenetración con quien es la fuente de la vida. La convicción nace de la experiencia interior de sentir que su hambre de sentido es satisfecha. Un autor describió la conversión como un proceso con muchas facetas que no termina nunca y en el cual el Espíritu juega numerosos roles<sup>13</sup>. Es una experiencia de “despertar” de mi yo a las motivaciones del Espíritu,

en todas las facetas de la vida. Este “despertar” constituye en sí mismo una experiencia mística pues sólo el Espíritu puede tocar directamente el corazón para despertarlo, esperando su pleno desarrollo en la unión y la comunión.

Solamente podemos suponer cuál ha podido ser la experiencia interior de Lidia. Aunque no esté explícitamente expresada en la narración de su historia, podemos de alguna manera deducirla de la premisa de que la búsqueda primitiva de sentido es tan antigua como la humanidad misma<sup>14</sup>. ¿Cómo se produce la fase del despertar en la experiencia de conversión de Lidia? Su vida de fe como “adoradora de Dios” había preparado su corazón a aceptar el mensaje liberador de Dios y la había hecho capaz de escuchar. Para apoyar este punto, el narrador menciona dos veces en un solo versículo la escucha de la Palabra: “Una de ellas, llamada Lidia... nos escuchaba. El Señor le abrió el corazón para que se adhiriese a las palabras de Pablo” (16,14).

La experiencia del profundo deseo o aspiración abre nuestro yo más recóndito a la acción de Dios en nuestra vida. Esto es lo que Dios hizo por Lidia: Él abrió su corazón, que en el sentido bíblico es el yo más profundo de la persona, el centro de su personalidad, y no únicamente la sede de las emociones. En la espiritualidad bíblica, el corazón es considerado como el lugar de la oración, el lugar del encuentro divino. Para que se dé la verdadera conversión es necesario que la decisión de cambiar surja del corazón. Cuando el corazón de Lidia se abrió a la Palabra, su sola respuesta fue la de someterse a Dios pidiendo el bautismo, y aceptando vivir el estado místico, perdiéndose progresivamente en Cristo. Como nos lo muestra Lidia, nuestra escucha y nuestra contemplación de la palabra de Dios nos permitirá, como religiosas, llegar a ser “las parteras de una nueva conciencia, los heraldos de posibilidades humanas suprimidas o precedentemente insospechadas<sup>15</sup>.”

Esta fase de despertar no permanece solamente a nivel personal. No es una cuestión entre Dios y yo únicamente. En la experiencia de conversión, esta etapa nos capacita para ver lo que sucede alrededor de nosotras y lo que se necesita cambiar para que escuchemos el llamado que Dios nos hace.

Según Schneiders :

El profeta forma parte del pueblo al que es enviado; es educado desde su nacimiento en la sabiduría religiosa y social de él; es producto de su historia, participa en su oración; es heredero de sus sueños, víctima y a veces partícipe, incluso, de sus pecados y de sus errores. El profeta es uno con el pueblo, por eso puede hablar a Dios en su nombre, y hablar al pueblo en nombre de Dios<sup>16</sup>. Nuestro espíritu profético no puede despertarse a menos que esté inmerso en la vida del pueblo, en un lugar y en una época determinados. Esto nos hace capaces de interpretar la situación concreta en una actitud contemplativa ante el mundo, a la luz del sueño de Dios por el pueblo y por toda la humanidad.

Escuchar la voz de Dios, leer los “signos de los tiempos” (cf. Mt 16,13) y centrar la Palabra de Dios en el presente, son los rasgos que definen la profecía<sup>17</sup>.

La mística forma parte integrante de nuestro testimonio y de nuestra vocación profética. De la misma manera que la vocación profética de Jesús estaba enraizada en su intensa vida de oración contemplativa<sup>18</sup> y era la expresión de ella, la contemplación nos hace capaces de ver el mundo y el pueblo al que estamos llamadas a servir, desde el punto de vista de Dios. La contemplación y la mística exigen un crecimiento de la capacidad de discernimiento y del pensamiento crítico en la búsqueda del yo auténtico. El discernimiento, basado en la escucha atenta y no en la sumisión a la voluntad de otro, es la esencia de la obediencia profética en la vida religiosa<sup>19</sup>.

La plena participación en la espiritualidad de Jesús debería incluir una cierta experiencia de nuestra unión con el pueblo y con el universo pues Jesús experimentó la naturaleza en su totalidad, incluso la experiencia de los humanos como creación de Dios<sup>20</sup>. “El lugar de oración al borde del río”, en donde Lidia y su comunidad de mujeres se reunían, llega a ser un símbolo del poder unificador de la oración: unidad de unos con otros en una comunidad de fe y unión con toda la creación.

Es interesante hacer notar que las religiosas de Asia, animadas por su profunda convicción de unión con la creación, toman conciencia de la necesidad urgente de vivir y de trabajar de manera que se favorezca:

a) la participación y la armonía entre todas las personas; b) las sanas relaciones personales e interpersonales; c) el respeto por la tierra, y d) la integración de la espiritualidad y de la tecnología, en nombre del Evangelio. Esta espiritualidad emergente puede también describirse como una espiritualidad del todo y de la interconexión universal.

*Pidamos a Lidia que nos ayude a recordar estos momentos de despertar espiritual cuando, en medio de la oscuridad de nuestra búsqueda, experimentamos el ser tocadas por la palabra de Dios y sentimos que ella nos abrió a la gracia de Dios. ¿Cuáles fueron esos momentos en nuestra vida, en nuestra vida religiosa y en nuestra misión? ¿Cuándo tuvieron lugar?... ¿después de un tiempo de crisis?... ¿de una experiencia de sanación por el toque sanador de Dios y por su perdón?... o bien ¿contemplando la salida y la puesta del sol?... ¿o una experiencia comunitaria de reorientación en la misión? ¿Qué género de despertar se está produciendo en nuestras comunidades frente a situaciones concretas de injusticia, de violencia y de devastaciones?*

*Como comunidad de fe en misión, ¿cuáles son las situaciones, los acontecimientos en nuestra región, país y mundo que están despertándonos y nos llaman a una oración más profunda, y al*

*discernimiento de nuestra acción profética?*

**3.** Al despertar sigue la **fase de la acción profética**, la experiencia de un impulso inicial de fe, de una ola repentina de inspiración que aporta el entusiasmo y el deseo de poner en acción su convicción o su creencia recientemente descubierta. Este cambio que con frecuencia se transmite a la actitud y a los valores, es lo que nosotros llamamos comúnmente conversión o transformación. Este fenómeno lo tenemos habitualmente en la mente cuando pensamos en las conversiones. En nuestra relectura de la historia de Lidia, hemos visto que el efecto inmediato de su bautismo fue el hacerla capaz de hablar y de expresar el movimiento de su corazón, y la consecuencia fue traducir su fe en acción profética. Esto nos dice que: “La tarea de un profeta es dar testimonio de Dios a través de la palabra y de la acción al pueblo de Dios en un contexto particular o en una situación histórica”<sup>21</sup>. En cuanto su corazón se abrió, su casa se abrió también<sup>22</sup>. La generosa hospitalidad de Lidia es para nosotras el testimonio de su acción profética espontánea e inmediata, signo de su compromiso con Cristo y su Evangelio.

En el mundo fragmentado de hoy, caracterizado por diferentes niveles y grados de emigración y de personas sin domicilio fijo, nuestro espíritu místico, nuestro sentido de “pertenencia a Dios” debe abrirnos a los demás y al mundo, impulsarnos a ofrecernos, a hacer de nuestras comunidades y de nuestro planeta tierra un lugar hospitalario para la humanidad y para toda la creación de Dios. Estamos llamadas a la contemplación, a la fidelidad, a la fecundidad, al testimonio profético; y como comunidad de fe en misión, nos sentimos animadas a dar un testimonio colectivo del carisma de profecía<sup>23</sup>. Por ejemplo, muchas de nosotras estamos llamadas a una misión en sectores donde hay una fuerte amenaza de violencia y de terrorismo, de tensiones entre las diversas tradiciones religiosas, un resurgir del fundamentalismo religioso e ideológico, explotación del medio ambiente, y sensibilidad a otras situaciones y formas de conflicto humano. Razón de más para ensanchar nuestro corazón y crear en él un lugar para las personas que no comparten nuestra creencia, nuestros valores, nuestra cultura, nuestra historia, nuestros puntos de vista. ¿Cómo escuchar con un corazón abierto, queriendo comprender de dónde viene el otro? Éste es el verdadero espíritu de hospitalidad. No estamos dispensadas de él cuando hay peligro o diferencias, y justamente en ese momento se demuestra una hospitalidad verdadera<sup>24</sup>.

Me parece que esto forma parte de nuestra vocación mística-profética a practicar la hospitalidad, a fin de que nuestra generosa expresión de esta virtud haga tomar conciencia de que toda nuestra frágil tierra –y no solamente “el río”- es sagrada, y que es un verdadero “lugar de oración”. Frente a los desastres provocados por el calentamiento del planeta y otras formas de manipulación de la naturaleza, nuestro espíritu místico permite la emergencia



de una sensibilidad a la cuestión ecológica y una conciencia progresiva de que para ser auténticamente mística y profética, la espiritualidad debe ser también verdaderamente ecológica. Nuestra visión mística nos permitirá vernos formando parte de un todo sagrado, interconectado<sup>25</sup>.

Sin embargo, no podemos practicar la hospitalidad si no nos sentimos verdaderamente a gusto con nosotras mismas y unos/as con otros/as. Este sentimiento de “sentirse en casa” se manifiesta en nuestra capacidad de intimidad con nosotras mismas, por una profunda conciencia de lo que somos delante de Dios. Realizamos que todo lo que somos y todo lo que tenemos viene de Dios. Con esta conciencia fundamental, la ley de la naturaleza nos lleva también a proveer generosamente a las necesidades del desconocido que no tiene donde reposar la cabeza. En otras palabras, cuando nos sentimos más a gusto con nosotras mismas, nos volvemos más acogedoras con los demás. Sentimos que tenemos energía para ir hacia los demás.

Es por esto que el Evangelio nos reta a revitalizar nuestras comunidades para que sean lugares en donde se pueda aprender el lenguaje de la comprensión, en donde se busquen maneras de llenar las fosas que nos separan de los demás, en particular, de las personas de nuestras comunidades. Lo que puede tocar el corazón de las personas, es la presencia transformadora de Dios. Esto se da en una comunidad en la que se comparten historias de vida, donde se canta, donde se reza juntas, y donde las puertas están abiertas para acoger a la persona desamparada y desconocida. Imagino que una comunidad de fe de este tipo era la que Lidia y su grupo de mujeres experimentaban.

En consecuencia, Lidia fue capaz de dominar la fuerza de su carácter y de controlar su don de liderazgo para hacer progresar la fe cristiana al interior de su propia casa, y finalmente en la comunidad de Filipos. La experiencia de la acción directa de Dios en su vida la llevó a expresar su acción profética en el lugar social y concreto del amor al prójimo, abriendo su puerta a los visitantes: “Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa”. Sus palabras nos recuerdan las instrucciones de Jesús a los 72 discípulos enviados en misión (Lc 10). Ir y permanecer en la casa de las personas formaba parte integrante de su misión. Como la casa que llega a ser el centro de la nueva comunidad de creyentes en Lucas, la casa de Lidia llega a ser la cuna de la comunidad cristiana de Filipos<sup>26</sup>. Su invitación insistente “venid y quedaos en mi casa” nos recuerda, también, la hospitalidad ofrecida a Cristo resucitado por los dos discípulos en el camino de Emaús, cuando los dos compañeros insisten a Jesús que se quede con ellos en la casa, al final de un día de camino; y Jesús “entró” en su casa para “permanecer” con ellos<sup>27</sup>. El sorprendente paralelo entre la invitación de los discípulos de Emaús y la de Lidia, sugiere la naturaleza mística y por lo tanto Eucarística de la hospitalidad<sup>28</sup>. Como comunidades de fe en misión, estamos llamadas a recobrar y expresar el lazo



estrecho entre la Eucaristía y el espíritu de hospitalidad. Estamos llamadas a vivir con una profunda gratitud nuestra fe mística y a dar testimonio de la unidad del Cuerpo de Cristo entre nuestros hermanos y hermanas laicos.

*Si tuviera que abrir mi corazón y mi casa como Lidia, ¿a quién invitaría a morar conmigo en mi comunidad? ¿De qué manera podemos hacer de nuestras comunidades centros de hospitalidad y de encuentro con Dios? ¿Cuáles son los bloqueos concretos que identifico en mí misma y en mi comunidad y que impiden al verdadero espíritu de hospitalidad expresarse? Siguiendo el ejemplo de Lidia, ¿cómo alimentamos un espíritu de hospitalidad –acogida, compartir, invitación– en particular frente a aquéllos que no tienen religión, frente a quienes no practican, o que pertenecen a otras religiones?*

Aunque la narración de la historia de Lidia se termina con el hecho de que logra convencer a los misioneros para que permanezcan en su casa, podemos imaginar simplemente cómo el camino de conversión prosiguió en la vida de Lidia. De hecho el narrador no dice nada de ella, fuera del versículo 40 del capítulo 16, en el que el episodio de Filipos, durante el segundo viaje misionero de Pablo, se termina en su casa, que llega a ser la casa-Iglesia en Filipos. Incluso la carta a los Filipenses no hace ninguna alusión a ella. El silencio de los textos después de este breve acontecimiento me parece bastante simbólico respecto a nuestra discusión sobre el proceso de conversión, porque la fase siguiente es precisamente una fase de silencio.

**4.** Esta fase es llamada **fase tranquila**, en la que se necesita consagrar tiempo a la contemplación. Para la acción profética, es necesario entrar frecuente y fielmente en el corazón para escuchar y discernir la palabra de Dios en el mundo. De hecho, para que el cambio producido por la conversión tenga un efecto profundo y durable sobre la persona, se necesita una fase de tranquilidad después de la fase de ebullición. Es un tiempo de reflexión, de retiro, con momentos de soledad; un tiempo necesario para comprender lo que sucedió, un tiempo para probar la autenticidad de la experiencia mística y la profundidad de la convicción de comprometerse en la acción profética. Es el momento de interiorizar los valores que la fe nos ha puesto delante; fe que nuevamente es aceptada y que se profundiza.

La tarea profética exige la amistad con Dios, una intimidad auténtica con Él. En esta intimidad se desarrolla una amistad profunda a través de los momentos de silencio en donde se aprende a compartir sinceramente con Dios y en donde se comienza a ver y a escuchar el punto de vista de Dios. Esto lo podemos constatar en el llamado vocacional de María y de Jesús. Ellos fueron llamados por Dios para una misión particular a través de un tipo de experiencia religiosa reveladora, intensa, transformadora, que la Escritura presenta como “una visión inaugural” o un llamado profético<sup>29</sup>. Ellos escucharon este llamado

en el silencio de su ser. Con frecuencia es difícil encontrar el silencio y la paz que son vitales para la descubierta espiritual de sí mismo y para la contemplación; la profundidad y la complejidad del hambre espiritual contemporáneo requieren absolutamente de la mística<sup>30</sup>. Esta intimidad con Dios será la que al final ayudará a superar las resistencias eventuales del profeta a hablar y actuar. Palabra y acción nacen de la contemplación silenciosa<sup>31</sup>. Sin embargo Ruffing se pregunta: ¿Cómo podemos escuchar de otra manera la Palabra de Dios pronunciada en el corazón, o en los sueños y las visiones? ¿Cómo estar seguros de que se trata de la palabra de Dios y no de la propia? Después ella afirma: “La mística de los profetas es la que libera su imaginación y sus deseos de la fuerza determinante y apremiante del mundo tal cual es, del mundo tal como se presenta”<sup>32</sup>.

Hoy más que nunca, nos encontramos delante de un nuevo reto y en consecuencia, de una invitación a volver a la mística, a experimentar un contacto estrecho con lo divino, a ser tocada por el Espíritu de Dios. En la Iglesia y entre los religiosos/as hay una atracción muy fuerte para aprender de otras tradiciones religiosas y de las espiritualidades asiáticas que ofrecen la experiencia unificadora e integradora de prácticas místicas. A partir de ahora queda claro, para las iglesias y los religiosos/as de Asia, que el triple diálogo –con los pobres, con las culturas y con las religiones- representa una manera creativa de ser Iglesia. La práctica del silencio nos hace capaces de escuchar cuando dialogamos. Estamos tan absortos por las exigencias de la misión y atrapados por “la expectativa de la vida religiosa orientada hacia la producción”, que la mística ha sido, de cierta manera, la parte descuidada de la vida religiosa. La oración se ha vuelto repetitiva y rutinaria; ha cesado de ser experimentada como el soplo de vida del Espíritu. La falta de oración contemplativa en los miembros de una comunidad ha contribuido a la disipación de las comunidades de fe en misión; y esto puede llegar al punto de que la comunidad religiosa sea la primera fuente de desánimo y de decepción para sus miembros. Es necesario que haya coherencia entre el mensaje del profeta y la vida del profeta<sup>33</sup>. A la larga, las llamadas comunidades de fe pierden su filo profético. Tomando como base entrevistas a religiosos y religiosas en diferentes partes del mundo, algunos estudios realizados han mostrado que la experiencia de Dios en la oración personal, o en los acontecimientos cotidianos y en las relaciones con las personas, constituye la primera fuente de renovación de la fe y de la perseverancia del compromiso religioso<sup>34</sup>.

Esto muestra simplemente que la mística forma parte integrante de nuestro testimonio y de nuestra vocación profética. La contemplación nos permite ver, a partir del corazón de Dios, desde su punto de vista, el mundo y las personas que estamos llamados/as a servir. El modo profético de vivir en una comunidad religiosa debe favorecer, fuertemente, el ejercicio ministerial

de la vocación profética, que consiste en permanecer centrados en la palabra de Dios en las situaciones concretas en las cuales se trabaja<sup>35</sup>. Las necesidades de nuestro tiempo nos ponen frente al reto de constatar que no hay separación entre la mística y la dimensión profética de la espiritualidad de la vida consagrada. No hay antagonismo entre el místico y el profeta; los profetas eran místicos y los místicos eran profetas<sup>36</sup>.

*Si permanecemos con Lidia y los suyos, una vez que los misioneros partieron y ellas regresaron a su vida, a su trabajo de todos los días, ¿cómo podría alimentarse y profundizarse nuestra vocación? ¿Cuáles son los ruidos de todos los días –interiores y exteriores- que nos impiden entrar en el silencio o que nos distraen de la presencia de Dios? Es necesario identificar estos ruidos para poder dirigirlos hacia la calma interior.*

5. Esta fase de paz nos conduce al quinto y último movimiento que es la **fase de integración**. En ella la persona asimila la esencia de la conversión de manera que pueda formar parte integrante de su ser. Espacios de silencio y de retiro dan a la persona el tiempo necesario para comprender lo que ocurrió, para integrar el cambio de actitud, de perspectiva y de manera de creer en su historia y en su vida; para hacer una síntesis de todas las partes de la experiencia mística y profética de la conversión<sup>37</sup>. La contemplación y la mística piden un crecimiento de la capacidad de discernimiento y del pensamiento crítico en la búsqueda del yo auténtico. En esta etapa es importante tener una vida de oración continua, para discernir a cada instante la acción del Espíritu en nuestra vida. La palabra y la acción proféticas no tienen la ventaja de una visión retrospectiva, precisamente porque se ocupan de “lo que está sucediendo” en el momento mismo. Por consiguiente, mientras una persona sea más contemplativa, la acción profética que realice estará más adaptada, incluso sin gozar de largos periodos de oración. Esta etapa permitirá a la persona entrar de nuevo en la comunidad de fe y poner esta fe en acción apoyándose en sus certezas. La tarea profética consiste en centrar la palabra, la proclamación del Reino de Dios, directamente sobre y en una situación particular<sup>38</sup>.

En numerosas partes del mundo, especialmente en Asia, y más recientemente en India, los líderes de congregaciones religiosas católicas han decidido dejar que los retos que plantea el medio ambiente modelen su estilo de vida y sus actividades. Fue el fruto no solamente de una discusión sino también de tiempos de reflexión, en la oración, sobre la manera en la que las religiosas deben responder a los desafíos de nuestro tiempo. Los líderes tomaron la resolución de examinar y discernir los imperativos morales y religiosos de su estilo de vida, incluso en lo que concierne al “uso de los recursos naturales” y a la tendencia a destruir las tierras habitables en nombre del desarrollo<sup>39</sup>.

En su documento final, los líderes religiosos declararon que “la sensibilización

de la vida consagrada respecto al medio ambiente es el punto más exigente, y que es necesario incorporarlo en todos los aspectos de la vida religiosa”<sup>40</sup>.

Quizás no sabremos nunca lo que le sucedió a Lidia y a su familia después de que se fueron Pablo y sus compañeros. Pero una cosa es segura: que el simple hecho de que la iglesia de Filipos haya crecido y se haya desarrollado durante su generación<sup>41</sup>, basta para dar testimonio de la profundidad de la conversión de Lidia y de su compromiso de continuar la misión de Cristo. El ejemplo de Lidia y de su comunidad de fe da a la vida religiosa un sentido de esperanza, no obstante los numerosos desafíos que hoy nos acosan -tales como la disminución de vocaciones, el envejecimiento, los problemas comunitarios, los nuevos retos en la misión, y muchos más; si escuchamos verdaderamente la palabra de Dios, cada vez que lo hagamos, nuestros corazones se abrirán para escuchar profundamente de qué modo podemos renovar nuestro compromiso bautismal en el contexto de la vida religiosa. Está naciendo una renovada atención a las nuevas respuestas a la misión, por eso estamos llamadas a invertir nuestros recursos espirituales y materiales al servicio de los pobres, de las personas marginadas y de cambios estructurales a favor del pueblo de Dios. Ciertamente, todos los que leen la historia de Lidia pueden juzgar su fidelidad: ella permaneció fiel al Señor y a su misión hasta el fin.

*De la misma manera que Lidia respondió al llamado de Dios a vivir su compromiso bautismal, ¿qué llamados escuchamos hoy que nos apremian a “iluminar con luz profética las tinieblas que nos rodean y elegir, con audacia, habitar nuevos horizontes?”*

## Conclusión

Nuestra relectura atenta de la historia y de la conversión de Lidia, y también la reflexión posterior sobre las cinco fases del proceso de conversión, nos desafían a reflexionar más profundamente sobre nuestra vocación religiosa a ser místicas y profetas en el mundo de hoy. Como religiosas estamos llamadas a estar más atentas a la presencia de lo sagrado en nuestro interior, en la vida de los demás y en toda la creación. En la medida en que reconozcamos la contemplación como un estilo de vida para toda la Iglesia, nosotras y nuestras comunidades religiosas, llegaremos a ser centros de espiritualidad y de experiencia de Dios.

Así como la primera comunidad cristiana, reunida en oración profunda, en la espera de un nuevo inicio, experimentó la fuerza arrolladora de un viento impetuoso (Hch 2,2) que le dio la audacia para comprometerse en la acción profética de proclamar y de dar testimonio de la Palabra hasta los confines de la tierra, nosotras estamos llamadas a vivir nuestro compromiso religioso bajo

el mismo modelo, puesto que continuamos la misión de Cristo en nuestro mundo de hoy.

Que las intuiciones que recibimos de la relectura de la historia de Lidia sean para nosotras el principio de un nuevo Pentecostés para nuestra vida religiosa hoy. Sean una invitación para nosotras, discípulas de hoy, a conocer y reconocer el gran número de mujeres que continúan asumiendo la tarea profética para que la Iglesia vuelva a florecer en un mundo que ha sufrido y sufre todavía la división, la violencia, la explotación y la desilusión. El Espíritu es la fuerza, dentro y en torno a nosotras, que nos hace capaces, como a Lidia, de vivir nuestras experiencias de continua conversión y ofrecer nuestra hospitalidad generosa como signo de la presencia del Reino de Dios en medio de nosotras.

- 1 Janet Ruffing, rsm, editor, *Mysticism and Social Transformation* (Syracuse : New York: Syracuse University Press, 2001), pp.7-8
- 2 David Lertis Matson, *Household Conversion Narratives in Acts : Pattern and interpretation* (New York : Continuum Publishing, 1996), p. 136.
- 3 D'après la note sur le baptême de Jésus in Bible de Jérusalem
- 4 Susanne Heine, *Women and Early Christianity : Are the Feminist Scholars Right ?* (London : SCM, 1987), p.83
- 5 A. Thomas Kraabel, "The disappearance of the 'God-Fearers' in Numen 28 (1981°, p. 113-126. L'auteur met en doute l'existence de ce groupe, longtemps accepté par les spécialistes du Nouveau Testament. Kraabel suggère que la fonction des "craignants-Dieu" n'est qu'un procédé littéraire pour montrer comment le christianisme émigra depuis sa proclamation à l'intérieur du judaïsme pour devenir une religion des gentils.
- 6 Cf. Heine p. 93
- 7 David K. O'Rourke, OP, « The Experience of Conversion » in Francis Eigo, OSA, ed., *The Human Experience of Conversion : Persons and Structures in Transformation* (Pennsylvania : Villanova University Press, 1987), p. 9
- 8 David K. Rourke, OP, « A Process Called Conversion » ( New York : Doubleday, 1985), p.34
- 9 Cf. O'Rourke « The Experience of Conversion », p. 10.
- 10 Cf. Heine, p.84
- 11 Forence M. Gillman, *Women who knew Paul, Zaccheus Studies, :New Testament* (Collegeville, Minnesota:The Liturgical Press, 1992), p. 36. El autor cita como una de sus fuentes a G.H.R. Horseley, *New Documents Illustrating Early Christianity. A Review of Greek Inscriptions published in 1976, 1977, 1978, 3 vols.* (North Ride, N.S.W. : Ancient History Documentary Center, Marquette University 1981-83). La referencia está en *New Docs 1977*, p.27.
- 12 Andrew Walls, "Origins of Old Northern and New Southern Christianity" in *Missionary Movement in Christian History: Studies in the transmission of Faith* (Maryknoll, NY: Orbis Books, 1966), pp.68-75.
- 13 Elizabeth Dreyer, « Images of the Spirit :Renewing Source for the Spiritual Life » in the *New Theology review*. An *American Catholic Journey for Ministry*, Vol. 11, N° 4, Nov. 1998, p. 29.
- 14 Dairmuid O'Merchu, *Reclaiming Spirituality : A New Spiritual Framework for Today's World* (Dublin : Gill and MacMillan, 1997), p. vii.

- 15 Daniel Maguire, *The Moral Core of Judaism and Christianity : Reclaiming the Revolution* (Minneapolis :Fortress Press, 1993), p. 166.
- 16 Sandra Schneiders, IHM, « Call, Response and Task of Prophetic Action », Part II of a five-part essay, « Religious Life and Prophetic Life Form », in NCR, Jan. 4, 2010.
- 17 Ibid.
- 18 Sandra Schneider's, IHM, "What Jesus Taught Us About His Prophetic Ministry", 3ª parte de las cinco disertaciones en NCR, 6 de enero de 2010.
- 19 Ibid.
- 20 Cf. Maguire, p.168
- 21 Sandra Schneiders, IHM, « Tasks of Those Who Choose the Prophetic Life Style » in NCR, Janv. 7, 2010
- 22 John R.W. Stott, *The Spirit, the Church and the World : The Message of Acts* (Downers Grove : Intervarsity Press, 1990), p. 263, as quoted by Matson, p. 147.
- 23 Cf. Schneiders, « Tasks of Those Who Choose the Prophetic Life Style »
- 24 Ivoni Richter Reimer, *Women in the Acts of the Apostles :A Feminist Liberation Perspective* (Minneapolis : Fortress Press, 1995), p. 124.
- 25 Albert Nolan, *Jesus Today* (Philippines : Jesuit Communications Foundation, Inc. 2006, published in the Philippines by arrangement with Orbis Books, Maryknoll, NY 10545-0308), p. 42. Many scientists, the best known being Stephen Hawking, went to work trying to trace the evolution of the universe which later became known as the new creation story.
- 26 Cf. Matson, p.148.
- 27 Ibid.
- 28 Ibid.
- 29 Cf. Schneiders, "Call, Response and Task of Prophetic Action".
- 30 Kathleen Coyle, SSC, "Prophetic Mysticism: The Call to live Prophetically " in EAPR, Vol. 45, n° 2 (2008), p.1
- 31 Voir Ruffing, p.9
- 32 Ibid.
- 33 Cf. Schneiders, « Tasks of Those who Choose the Prophetic Life Style ».
- 34 Maxi Fernando, « The trajectory of the Asian Religious Vocation » in RLA, Vol. XI, N°3, July-September 2000 p. 32.
- 35 Cf. Schneiders, « Religious Life as Prophetic Life Form ».
- 36 Cf. Nolan, p. 72. El autor se refiere a David Tracy, « Recent Catholic Spirituality : Unity amid Diversity » in *Christian Spirituality : Post-Reformation and Modern*, vol.3 (London :SCM 1990), pp. 160-70. Cita también a Philip F. Sheldrake , "Christian Spirituality as a Way of Living Publicly: A Dialectic of the Mystical and Prophetic," *Spiritus:Journal of Christian Spirituality* 3, n° 1 (2003), pp. 24-27. Nolan reconoce la tradición místico-profética, un término empleado con más frecuencia en la teología y la espiritualidad cristianas como una manera de reconocer las raíces judeo-cristianas y la unidad de la mística y la profecía.
- 37 Cf. O'Rourke, p. 10
- 38 Cf. Schneiders, « Task of Those who Choose the Prophetic Life Style »
- 39 UCAnews.com, Martes 20 de octubre 2009. [http://www.ucanews.com/2009/10/05\\_religious-add-green-vow-to-consecrated-life/](http://www.ucanews.com/2009/10/05_religious-add-green-vow-to-consecrated-life/).
- 40 Ibid.
- 41 Cf. Gillman, p.34



*LLAMADAS A ILUMINAR  
PROFÉTICAMENTE EL MUNDO  
DE LAS TINIEBLAS*

Hna. Liliane Sweko, SNDdeN

*La Hna. Liliane Sweko fue Directora del noviciado de Bulawayo, en Zimbabue. Actualmente forma parte del Consejo General de las Hermanas de Nuestra Señora de Namur.*

*Original en francés*

## **Introducción**

**A**fricana y religiosa, habiendo trabajado durante largo tiempo en África antes de ser elegida miembro del Equipo general de mi congregación, sólo puedo abordar nuestro tema partiendo de experiencias particulares a través de las cuales la vida religiosa se construye y se arraiga en el suelo africano. Conocido por su pobreza, su sub-desarrollo, sus enfermedades endémicas, sus guerras y su sida, el continente africano ¿no está en vías de inscribir sus cartas de nobleza en la digna tradición cristiana del profetismo y de la mística? En efecto, desde hace unos cincuenta años, numerosas religiosas africanas han sido asesinadas (235 en 2003), al lado de sus hermanos y hermanas, religiosos, sacerdotes, laicos y laicas. A fines del año pasado, el número de religiosas asesinadas aumentó mucho. Con gran dolor y muchas lágrimas recordamos a la Hna. Denise Kahambu Muhayirwa, trapense del Monasterio de Nuestra Señora de la Clarté-Dieu de MURHESA. La Hna. Denise Kahambu se preparaba para celebrar sus 45 años de edad el sábado de la semana en que fue asesinada. Las imágenes insoportables de su cuerpo destrozado, abandonado en un mar de sangre, circularon por todo el mundo. En su folleto *Ils nous ont guettées*, (Ellos nos acecharon), publicado en el 2003, el Padre Neno Contran, comboniano, hace una antología de la vida de todas estas religiosas asesinadas por su fe cristiana y por su presencia y testimonio religioso. En el prefacio del folleto, la Hna. Pétronille Kayiba, OP, escribe :

“Si examinamos las circunstancias en las cuales estas personas consagradas han perdido la vida, se descubre que no estaban comprometidas en actividades



particularmente conflictivas; su tiempo y sus energías estaban consagradas a la enseñanza, a la asistencia sanitaria, al desarrollo, a la evangelización. Eran personas sin armas, no constituían un peligro para nadie, pero eran capaces de manifestar un valor extraordinario; sólo se distinguían de los demás por su gratuidad y su amor, signos de la solidaridad de Dios en medio de los pueblos. Su historia muestra que los riesgos forman parte – quizás más que nunca- de la vida consagrada, y que surgen de manera imprevisible. Las guerras, las dictaduras, la explotación, las divisiones étnicas pueden transformar en hito los grandes valores y a las personas que lo representan. Los conventos atacados, las huidas hacia el bosque o a un lugar más seguro para escapar a la violación, al saqueo, parecen ser casos banales como los sufrimientos anónimos de las poblaciones civiles” (Hna. Pétronille Kayiba, OP, Prefacio, p. 5).

Una descripción así de la situación de la vida religiosa en África pone en evidencia lo que es un rasgo constante de la vida consagrada: cualquiera que sean las situaciones particulares de tal o cual continente, de tal o cual cultura, los riesgos forman parte de la vida religiosa, y es por esto justamente que debemos ser testigos de lo que el mundo, en el sentido joánico, no puede comprender. La reflexión sobre nuestro tema se articulará en torno a cuatro puntos: sombras y luces; místicos y profetas de nuestro tiempo; ustedes son la luz y la sal de la tierra; acciones para que la luz resplandezca en las tinieblas.

## 1. Sombras y luces

Nuestro mundo es, según las palabras de Isaías (Is 9, 1-3), el lugar en donde el pueblo camina en las tinieblas, el lugar en donde los hombres y las mujeres habitan en la sombra; basta estar atentas a las realidades cotidianas de numerosos países y pueblos para convencerse de ello. Pero nuestra fe en Aquél que murió y resucitó ¿no debería transformar nuestra mirada para revelar la luz que se mantiene a pesar de todos los vientos del mundo, incluso si es débil?

La descripción de la situación del continente negro se ha vuelto clásica; sin embargo sus sombras no deben hacer olvidar sus luces que preparan la aurora de un sol más radiante y fuerte. En estos términos los *lineamenta* para la Segunda Asamblea especial para el Sínodo de los Obispos de África (27 de junio de 2006) describen las sombras de este continente:

“El deterioro generalizado de la calidad de vida, la insuficiencia de medios para la educación de los jóvenes, la carencia de servicios sanitarios y sociales elementales, conllevan la persistencia de enfermedades endémicas, la epidemia terrible del sida, la carga pesada y a veces insoportable de la deuda, el horror de las guerras fratricidas alimentadas por un tráfico de armas

sin escrúpulos, el espectáculo vergonzoso y lamentable de los refugiados y de personas desplazadas”. “Es un hecho que la mortandad infantil no cesa de aumentar. Desde hace más de diez años, en los países más pobres de África, continúa la degradación constante de los ingresos. Para muchos, el acceso al agua potable continúa siendo muy difícil. Globalmente, la gran mayoría de la población africana vive en un estado de carencia de bienes y de servicios de primera necesidad. La situación de África, hoy más que nunca, continúa dependiente de los países ricos; es más vulnerable que en cualquier otro continente, a las maniobras que tienen como fin dar con una mano y retomar el doble con la otra, que quieren mantener una mano fuerte sobre el desarrollo de la vida política, económica, social, incluso cultural de los países africanos. África es conscientemente olvidada en este mundo que se construye” (Lineamenta, capítulo 1, 8-9).

Los autores de estos Lineamenta reconocen, sin embargo, algunas rayos de esperanza, chispas de vida que pueden transformar las tinieblas del continente africano en un bello día soleado.

“Para muchos países de África, la Iglesia permanece la única realidad que funciona todavía y que permite a las poblaciones continuar viviendo y esperando futuros mejores. No solamente ofrece la asistencia necesaria, garantiza la coexistencia pacífica y contribuye a encontrar los caminos y los medios para la reconstrucción del Estado, sino que también es el lugar privilegiado a partir del cual se comienza de nuevo a hablar de reconciliación y de perdón (...) Así mismo, desde el punto de vista social podemos notar algunos nuevos progresos: el advenimiento de la paz en algunos países africanos, el deseo ardiente de paz ampliamente extendido en el continente, particularmente en la región de los Grandes Lagos, la oposición creciente a la corrupción, la fuerte toma de conciencia de la necesidad de la promoción de la mujer africana y de la dignidad de toda persona humana, el compromiso de los laicos en las “sociedades civiles” para la promoción y la defensa de los “Derechos humanos”; el número creciente de hombres políticos africanos conscientes y determinados a encontrar soluciones africanas a los problemas africanos” (Lineamenta, cap. 1,1).

Nuestro mundo está todavía marcado por la violencia, el terrorismo de todo tipo, las guerras y las luchas atizadas, con frecuencia, por las potencias y las multinacionales que quieren sacar provecho de estas situaciones para explotar algunas riquezas de los países pobres, mantener a los pueblos bajo la dominación y la opresión; sin embargo, nuestra fe cristiana nos indica que este mundo está todavía habitado por Dios. Nos maravilla ver el impulso de solidaridad y de fraternidad, casi mundial, cuando suceden catástrofes, desastres naturales, e incluso también después de guerras y conflictos armados. La movilización mundial a favor de las víctimas del Tsunami o del terremoto en

Haití permanece, para mí, la causa de su gran visibilidad, que es muy ejemplar. Por eso, aun cuando la violencia alcance proporciones inhumanas, que todo lleve a pensar que Dios ha abandonado nuestras vidas, que declaremos la muerte de Dios o que lloremos su ausencia, y como Elí, nuestros ojos empiecen a debilitarse y ya no podamos ver las maravillas de Dios (I Samuel 3, 2-3), no olvidemos que “la lámpara de Dios no está aún apagada”. ¿Recuerdan a Etty Hillesum, la joven judía muerta en los campos de concentración? Ella tiene palabras maravillosas que deben ser meditadas y utilizadas cuando las sombras, las oscuridades de nuestro mundo bloqueen toda mirada positiva, todo horizonte de esperanza y de vida. Africana y congoleña, resiento todas las humillaciones, todas las violencias y todas las violaciones a las mujeres de mi pueblo, a estos numerosos cuerpos degradados, destruidos por la violencia y la maldad de los hombres. ¿En dónde encontrar la esperanza y la fuerza para continuar esperando y viviendo? Las palabras de Etty Hillesum me resultan cercanas, fraternales, como fuente de valor y de fe:

“Voy a ayudarte, mi Dios, a no apagarte en mí; es mi turno de ayudarte y de defender, hasta el fin, la morada que te resguarda en nosotros. Mira cómo me ocupo de ti. En este domingo tempestuoso y grisáceo te ofrezco no sólo mis lágrimas y mis tristes presentimientos sino también un jazmín perfumado. Y te ofrecería todas las flores que encuentre en mi camino, y ellas son legión, créeme. Quiero hacer que tu estancia sea lo más agradable posible” (Etty Hillesum, *Une vie bouleversante*, Pascal Dreyer, Editions Desclée de Brouwer).

Por más que la noche sea larga, el día llega, dice la sabiduría de nuestros ancestros africanos. La fe y la esperanza cristianas, en este doloroso juego entre la sombra y la luz, nos hacen portadoras de una luz que es también la antorcha que el mundo necesita para ver y calentarse. A veces es una luz y un fuego que permanecen imperceptibles a los ojos del mundo pero de los cuales este mundo acucia su presencia y su fuerza. Para terminar este primer punto, evoquemos una imagen tomada del libro de Joan Chittister, *Le feu sous les cendres* (El fuego bajo las cenizas); esta imagen, según la autora, indica el “proceso que consiste en sepultar las brasas, vigilar el fuego y favorecer nuevos modos de iluminación generadores de futuro” (Joan Chittister, *Le feu sous les cendres*, p. 274). En este mundo oscurecido por tantos dramas, guerras, violencias y desprecio de la persona humana, la vida religiosa debe inventar caminos nuevos, capacidades nuevas para no sólo mantener el fuego de Dios que porta, sino también encontrar nuevas oportunidades para abrasar este mundo de una manera profunda e inédita.

## 2. Místicos y profetas de nuestro tiempo

“Despertó Jacob de su sueño y dijo: ‘Así pues, está Yahvéh en este lugar

y yo no lo sabía (...) ¡Qué terrible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!” (Gen. 28, 16-17). Lo que se dice de Dios vale para sus profetas y mensajeros. En nuestro mundo de hoy, que está marcado por todo tipo de tinieblas, Dios está presente y bien representado por sus servidores. Numerosas personas consagradas, hombres y mujeres, han dado testimonio, y continúan dándolo, de la fuerza y del amor evangélicos. Como estas numerosas religiosas africanas a quienes hicimos alusión al principio de nuestra charla, asesinadas en África; del norte al sur, nuestro mundo se ilumina con la presencia y la vida de numerosas personas que hablan de Dios, más fuerte que el ruido de los cañones y la arrogancia de los ricos. Lo que dice el autor de la *Carta a los Hebreos* vale admirablemente para los místicos y los profetas, nuestros hermanos y hermanas de los tiempos modernos: “Unos fueron torturados, rehusando la liberación para conseguir una resurrección mejor; otros soportaron burlas y azotes, y hasta cadenas y prisiones; apedreados, torturados, aserrados, muertos a espada; anduvieron errantes cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; faltos de todo; oprimidos y maltratados, ¡hombres de los que no era digno el mundo!, errantes por desiertos y montañas, por cavernas y antros de la tierra” (Hebreos 11, 35-38).

Un proverbio africano (Ntomba) dice: “el zorrillo se fue pero queda el olor de su almizcle” (vuestra reputación permanece aunque hayáis partido). Cómo no evocar aquí la memoria de algunos que continúan alentándonos e indicándonos caminos de esperanza y de fe. Como profeta y místico, asesinado mientras celebraba la Misa, Monseñor Oscar Romero entregó su vida por la defensa de los pobres y oprimidos. Sus tomas de posición en relación a la política le valieron la persecución y la incompreensión. Las palabras de Romero son palabras proféticas que deben resonar todavía en nuestros oídos cansados y desanimados: “Una Iglesia que no se une a los pobres y, a partir de ellos, no denuncia las injusticias cometidas contra ellos, no es la verdadera Iglesia de Jesucristo”. A la vez que denunciaba las exacciones cometidas por la junta militar en el poder, masacres, asesinatos y otros atentados a los derechos humanos, jugaba igualmente un rol de reconciliación predicando la reforma pacífica y combatiendo el espíritu de odio y de venganza.

En su combate por la paz, la justicia y la defensa de los derechos humanos, ¿fue siempre comprendido por la Iglesia? ¿No decía que nuestra fe cristiana exige que nos impliquemos en este mundo? Palabras peligrosas para los que hacen de la vida cristiana un abandono del mundo. Pero ¿cómo la levadura puede levantar la masa si se encuentra separada? Su mensaje permanecerá para nosotros como una invitación incesante: la centralidad del pobre en nuestra fe y en nuestra espiritualidad, el Evangelio como Buena noticia para los pobres, la defensa de la vida y del pobre.

La Madre Teresa de Calcuta era de baja estatura, cuerpo frágil, con una

fe sólida como roca; esta mujer de nuestro tiempo y de nuestro mundo da testimonio, todavía hoy, de la “fuerza de amar”, de lo que la fe cristiana puede producir, incluso en un medio que profesa otra fe. Su combate profético, alimentado por una vida de oración incesante y cotidiana, tenía una fuerza y una tenacidad extraordinarias. Ella misma daba una definición sublime del profeta cuando se presentaba: “Por mi sangre, soy albanesa. Por nacionalidad, india. Por mi fe, una religiosa católica. Por lo que se refiere a mi llamado, pertenezco al mundo. Por lo que está en mi corazón, pertenezco plenamente al Corazón de Jesús”. Pertenecer al mundo por vocación y ofrecer totalmente nuestro corazón al Corazón de Jesús, es la invitación profética que lanzamos hoy, como lo hacía la que ahora es bienaventurada. Por ello la pasión por la dignidad de los pobres se prosigue y moviliza nuestras energías y nuestros proyectos a fin de que el hombre, todo hombre, cualquiera que sea su raíz, su cultura, su origen y su pueblo, sea siempre honrado como imagen de Dios ([www.vatican.va/.../ns\\_lit\\_doc\\_20031019\\_madre-teresa\\_fr.html](http://www.vatican.va/.../ns_lit_doc_20031019_madre-teresa_fr.html) - 18.01.2009.).

Dorothy Stang, una de mis hermanas, americana y misionera en Brasil, defendió toda su vida la selva Amazónica y a sus habitantes, confrontados a los grandes terratenientes y a la injusticia. El día de su muerte, el 12 de febrero de 2005, frente a sus dos asesinos, “tomó el tiempo de sacar su Biblia para decirles: ésta es mi arma” (“*eis a minha arma!*”), antes de ser asesinada con seis balas, una en el vientre, una en la espalda, cuatro en la cabeza” (<http://mercy.e-monsite.com/blog,soeur-dorothy-stang-missionnaire-martyre,193867.html> - 18.01.2009).

Llamadas a llevar una vida mística y profética, nosotras, religiosas de hoy, somos interpeladas por la vida cristiana, no solamente por “hombres y mujeres de Iglesia”, sino también por los laicos que han sabido y saben ser verdaderamente sal de la tierra. Una figura femenina merece ser mencionada aquí. Se trata de Madeleine Delbrêl, mística cristiana francesa, asistente social, ensayista y poetisa. De la profesión de un ateísmo radical a la consideración de la posibilidad de Dios, Madeleine es conducida por los caminos desconcertantes de un Dios que se deja encontrar a través de la oración y la reflexión. A partir de ahí, su trabajo como asistente social se convierte en una lucha contra toda forma de explotación, de opresión al hombre y en un compromiso fuerte, usando igualmente la inteligencia para hacer evolucionar las políticas sociales. Lo que escribe en 1937 continúa siendo, según yo, una constante interpelación para todas nosotras que trabajamos en el sector social: “Quizás es más conmovedor visitar en un día, cinco o diez familias numerosas, para ayudarlas a obtener tal o cual asistencia, y es menos emotivo seguramente, pero más útil, preparar el camino a un texto legal que mejore el estado familiar de todas las familias numerosas conocidas o desconocidas”. Esta es una invitación a cada una de nosotras para descubrir,

a través de sus escritos, los talentos poéticos y la profunda vida mística de esta laica comprometida, hija de nuestro tiempo. (Por ejemplo en: “La alegría de creer” o también “Nosotros, gente de las calles”).

La lista de los hombres y de las mujeres profetas de nuestro tiempo es muy larga. Terminemos haciendo memoria de mi compatriota y venerado Monseñor Munzihirwa, arzobispo de Bukavu. Con su vida, profundamente nutrida por la oración y por su unión a la Virgen María, siempre sorprendió a las personas por su sencillez, su verdad y su amor universal. Su lucha por la verdad, la justicia y la paz fue su única arma, junto con la de la caridad y la oración. De hecho, dos días antes de su muerte, afirmaba: “Nosotros los cristianos sabemos que nuestra gran arma es la caridad hacia todo hombre, y la oración a Cristo pasando por Nuestra Señora”.

Todas estas personas, hombres y mujeres profetas de nuestro tiempo deberían inspirarnos. ¿Cuál es el fuego que los llevó a irradiar como una llama preciosa en medio de sus hermanos y hermanas invadidos por toda clase de sombras? Estoy segura de que aquí, entre nosotras, en esta gran sala, hay mujeres místicas y profetas. No tengo la menor duda.

### **3. Ustedes son la sal y la luz del mundo**

Estas palabras de Jesús dirigidas a sus discípulos (Mateo 5, 13-16) nos son destinadas hoy, puesto que estamos llamadas a vivir una vida, a la vez, mística y profética. Es la única condición para que nuestra consagración religiosa sea la luz que resplandece en las tinieblas y las haga retroceder. La sal sólo viene a ser fuente y dadora de gusto si acepta el misterio de la transformación y de la bajeza. La luz llega si la mecha de nuestra lámpara permanece profundamente sumergida en el aceite o petróleo, si acepta ser lentamente consumida.

Místicas: nosotras, religiosas de hoy, estamos llamadas a reencontrar la fuerza de la Palabra y de la oración; la gran sed de estar con Cristo, en el silencio de nuestro corazón y de nuestras casas. Experimentando personalmente a un Dios que se revela a quien lo busca en el secreto de su corazón, llegamos a ser, fundamentalmente, mujeres que buscan y encuentran a Dios en las realidades del mundo. Se trata de conservar nuestra mirada vuelta hacia Dios a pesar de las fragilidades y los límites de nuestra vida; de conformar esta vida al testimonio inigualable de las Sagradas Escrituras y, en fin, de perseverar en la observancia de estas dos actitudes, a través de todas las vicisitudes de la existencia humana. Tal es el sentido místico de nuestra vida religiosa. Y la sola condición para llegar a esta vida, es la conversión continua. En realidad ¿son siempre puras las intenciones de nuestra vida y de nuestro compromiso religioso? Nuestro servicio a los pobres, nuestra lucha contra la injusticia y

la mentira ¿no tienen todavía mucho de nosotras mismas y poco de Dios? Por nuestra vida religiosa, debemos dejarnos impregnar de Dios hasta el punto de ser despojadas de toda vanidad y de toda riqueza externa; y así nos veremos más confrontadas a nuestra verdad íntima, obstinadas por el deseo de gustar, cada vez más, de la familiaridad con Dios; impulsadas a gritar al mundo entero lo que íntimamente hemos experimentado, las riquezas que hemos descubierto. La vida de una consagrada es siempre una vida de conversión que llega a hacer tuyas las palabras de san Pablo: “ya no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí”. Una vida así tiene la fuerza y la suavidad de mostrar al mundo la verdadera relación con su Creador.

De esta manera, despojadas de nosotras mismas, podemos adquirir la libertad y la claridad de visión necesarias para ser profetas en este mundo. Y ¿qué es un profeta? No es un soñador, ni el que predice el futuro; el profeta es un hombre de su tiempo, atento a las “rupturas que ritman la trama del tiempo”. Estas rupturas pueden ser acontecimientos ligados “al mal moral, a las injusticias que los hombres cometen unos contra otros, que desfiguran pasajeramente, o por largo tiempo, las comunidades humanas”. Por lo tanto “el profeta, como lo recuerda con fuerza R. De Haes, es el que anuncia el hoy de Dios en el hoy del mundo, provocando las mentalidades, las instituciones humanas que tienen tendencia a cerrarse en ellas mismas y a apagar el Espíritu que quiere renovar la faz de la tierra por el Reino” (L. Santedi Kinkupu, “La misión profética de la Iglesia-familia de Dios en África”. Perspectivas post-sinodales, página 329).

Para ser místicas y proféticas en el mundo de hoy, estamos llamadas a estar presentes ahí donde se elevan los gritos y los llamados de los hombres y de las mujeres heridos por la violencia, el hambre, la pobreza, las guerras y toda acción que degrada su dignidad. Tres funciones caracterizan la naturaleza profética: la denuncia, el anuncio y la renuncia. Una mirada sobre nuestros votos y sobre la manera de vivirlos puede ayudarnos a encontrar caminos nuevos de profetismo, hoy. ¿Cómo hemos concebido los votos o continuamos concibiéndolos? Ciertamente, afirmamos siempre que son fuente de libertad, bulevares de libertad, de madurez y de plenitud, pero concretamente, los consejos evangélicos ¿qué son para nosotras?

#### **a. La denuncia**

El Evangelio de San Juan subraya que Jesús ha venido al mundo para dar la vida y una vida en abundancia. Por la profesión de nuestros votos, queremos dar testimonio de esta vida en abundancia y ayudar a nuestros hermanos y hermanas a beneficiarse de una vida así. También debemos denunciar todo lo que va contra la vida de las mujeres, de los hombres y de los niños. Denunciamos todos los sistemas económicos, políticos, culturales



que provocan la pobreza y el empobrecimiento de numerosos pueblos del mundo. Con el Papa Benedicto XVI, refiriéndose a África, debemos denunciar el materialismo y el fundamentalismo religioso, desechos tóxicos espirituales, que se exportan sobre el continente negro y los pobres del mundo (todas estas sectas que contaminan en estos lugares de miseria), la cultura desviada del sexo y la exhibición de la desnudez. La vida religiosa debe ser “una verdadera rebelión contra las estructuras políticas y socio-económicas mortíferas que desvirtúan la imagen de Dios en el hombre”. Esta denuncia debe manifestarse a través de una práctica auténtica de nuestros votos. Pobres, nos comprometemos públicamente en nombre de los pobres, denunciando, al precio de nuestra vida, las riquezas y el enriquecimiento logrados a base de muertos y de explotación de los pueblos. Pobres, utilizamos todos nuestros recursos para sensibilizar a los ricos sobre los fenómenos de la pobreza y para ayudar a los pobres a salir de su miseria; castos, denunciemos la profanación del amor, la violación, la promiscuidad, el sexismo; todo lo que vacía el amor humano de sus sentidos y de su carácter sagrado; obedientes, denunciemos todo lo que puede infantilizar al hombre, todo lo que lo hace irresponsable, manteniéndolo en la ignorancia y en la indiferencia.

De igual modo debemos denunciar lo que en nuestras comunidades es deshumanizante y opresor. ¿Nos hemos liberado totalmente de las taras del racismo, del tribalismo, de los privilegios dados a algunos por otras razones que no son la fraternidad, la vida en común? ¿No deberíamos cuestionarnos sobre la manera en la que muchas Hermanas dejan la congregación cuando la vida comunitaria no tiene nada de fraterna, por no decir de humana? En toda verdad, debemos denunciar lo que minimiza la dignidad y el valor de la persona humana, cuando nuestras leyes llegan a ser “cargas” pesadas de deshumanización.

### **b. El anuncio**

El profetismo de la vida religiosa, hoy, debe manifestarse en la proclamación de nuestros valores y de todo lo que constituye la grandeza y la dignidad de la persona humana. A través de nuestra libertad frente a los bienes de la tierra, rechazando la acumulación por la acumulación, poniendo nuestros recursos al servicio de los pobres, damos testimonio de que los bienes de esta tierra son el bien común de todos los hombres; por nuestra castidad, proclamamos la fraternidad universal y enseñamos de nuevo a la gente a amar verdaderamente; apasionadas por Dios aprendemos a conocerlo en el silencio de nuestras oraciones y de nuestros encuentros, y llegamos progresivamente a apasionarnos por la humanidad herida y abandonada; por esta humanidad que Cristo lleva en su corazón de una manera preferente. Así, nos relacionamos con los pobres que frecuentan los comedores populares, con los niños abandonados y sucios de nuestras ciudades modernas, con las viudas afligidas, con las mujeres

violadas o maltratadas cuyos gritos son cubiertos por el egoísmo y los miedos de nuestras sociedades. Apasionadas por esta humanidad que por falta de amor ha llegado a ser incapaz de amar, queremos amar esta humanidad, con un amor que deja en libertad y libera al mismo tiempo toda su fuerza para amar. A veces estamos llamadas a un amor heroico.

A través de la obediencia, anunciamos el valor de cada persona y su capacidad para contribuir a la humanización del mundo, cuando esta persona está a la escucha de la palabra de Dios.

### **c. La renuncia**

Para ser proféticas, para ser creíbles, debemos, hoy, aprender a renunciar a nuestras propias seguridades, a nuestros compromisos con los poderosos y los ricos. Debemos aprender a evangelizarnos continuamente porque también existen en nosotras oscuridades, caminos de verdad bloqueados por nuestro egoísmo y por nuestros miedos. Debemos renunciar a todo lo que puede impedirnos ser auténticas portadoras de esperanza, de fe y de caridad. Mientras que en muchas partes del mundo algunas congregaciones disponen de lo estricto mínimo, y esto repercute en la formación y en la práctica de los votos de sus miembros, en otras partes, las religiosas son consideradas dentro de la clase privilegiada de este mundo; por consiguiente, vivir en la opulencia es un gran peligro; se puede participar en la opresión y en la explotación de los pueblos, por medio de empresas en las cuales somos accionarias. Para ser proféticas a través de nuestros votos, debemos renunciar a la posesión que, bajo todas sus formas, desvirtúa la imagen de Dios en el hombre.

Yo aprecio una imagen evangélica particular: la unción en Betania, donde María, Marta y su hermano se comprometen a honrar y a festejar a su amigo común. Los roles están bien repartidos, y una cosa parece evidente: sus economías han servido para comprar un perfume muy caro. La comunidad religiosa ¿no debería ser, cada vez más, una “Betania” en donde cada una renuncia a la búsqueda de sus intereses personales, pone en común todo lo que puede contribuir a festejar, cada día, a Aquél que nos une y nos hace crecer como individuos y como grupo? Un proverbio Bashi lo dice justamente: “un sólo árbol no da mucha sombra”. Poniendo juntos todos nuestros esfuerzos y yendo más allá de todo lo que nos divide, ¿podremos hacer de nuestras comunidades lugares de fraternidad, de amistad en el Señor, de paz y de verdad?

### **d. El testimonio comunitario**

El mundo necesita un testimonio creíble no solamente como individuos sino también como comunidad. La comunidad es la que debe ser profética. ¿Nuestra comunidad está comprometida para dar este testimonio? ¿El futuro

de la vida religiosa refleja verdaderamente el testimonio de nuestras comunidades actuales? La comunidad debe despertarnos e inspirarnos. Ejemplos: los jesuitas asesinados por su despertar comunitario luchando por la justicia y la paz... Los Trapenses que murieron por estar comprometidos, juntos, en la defensa de los oprimidos...y muchos otros ejemplos... No digo que todos deben morir mártires.

La acogida, la solidaridad, nuestra vida comunitaria ¿están inspiradas en este fuego para llegar a ser, cada vez más, mujeres místicas y profetas según el Evangelio que proclamamos y vivimos? Como el Abbé Pierre lo decía: “es necesario que la voz de los hombres sin voz impida dormir a los poderosos”. Seamos hoy esta voz.

#### **4. Acciones concretas para que resplandezca la luz en las tinieblas**

Enunciado de esta manera, este cuarto punto puede parecer pretencioso. ¿Sabríamos verdaderamente indicar acciones concretas que cada congregación y cada religiosa, en todo el mundo, deberán realizar para dar testimonio del valor religioso? De hecho no podemos más que proponer algunas pistas de reflexión que cada una debe seguir para llegar a acciones concretas, teniendo en cuenta la situación de su continente, de su país, de su misión. En efecto, es necesario, en nombre de nuestra vocación mística y profética, en nombre de la humanidad sufriente y pobre, comprometernos hoy y ahora; no es suficiente lamentarnos, lloriquear nuestros males, las violaciones masivas a nuestras hermanas, madres e hijas, la explotación de las riquezas de los pobres, la destrucción de la tierra y de la naturaleza. Nuestros mártires modernos, como Dorothy Stang, nos invitan a una mayor acción e implicación.

**Primera acción : La exigencia de la formación sólida de las religiosas.** “Si la vida religiosa tiene valor hoy, necesitamos pensadoras capaces de llevarnos a sobrepasar la etapa de las bellas palabras y de las buenas obras hacia los desesperados, a sobrepasar esta especie de caridad cómplice de la obscenidad, para realizar un modelo de justicia que anule toda obscenidad. Necesitamos exploradores éticos del universo, capaces de ayudarnos a llegar a las cimas de la humanidad y a salir de las profundidades oscuras de este tipo de progreso malsano adquirido siempre en detrimento de los pobres que pasan, frecuentemente, desapercibidos” (Joan Chittister, *Le feu sous les cendres*, 261).

Homenajeamos a todas las religiosas que en el mundo realizan investigaciones en teología, en sociología, en antropología, en economía, en política, en derecho y en todo otro campo; a través de sus trabajos recibimos luces que pueden ayudarnos a no ser cómplices de las desgracias de los pobres. La

formación se impone y debe ser valorada, hoy. Existe una necesidad intrínseca entre nuestro compromiso apostólico y la formación; en efecto, la atención a los pobres debe ir a la par con un estudio sobre las causas de su pobreza; para llegar a ser “destellos éticos” de una comunidad internacional, necesitamos inclinarnos sobre la cuestión de la deuda del Tercer y Cuarto Mundo, y de las condiciones en las cuales esta deuda ha sido contraída. Nuestra sensibilidad sobre la cuestión ecológica llama a un esfuerzo racional para informarnos sobre las causas reales de la destrucción de nuestros bosques, de la contaminación de nuestras aguas, etc.

La cuestión de la mujer, su explotación y la violencia que sufre en todo el mundo debe incitarnos a conocer la historia de las culturas y de los pueblos, y a trabajar intelectualmente, en profundidad, para desenmascarar todos los lugares de esclavitud de la mujer en nombre de la religión, de la cultura, etc. Sin una formación humana, moral e intelectual adecuada, muchos de nuestros compromisos pueden tomar la apariencia de una caución llevada a los sistemas que destruyen la dignidad de la mujer. Para este mundo que cambia y que requiere capacidades de comprensión y de fidelidad creadora, ¿no habría que mejorar, aún más, la calidad del desarrollo intelectual en el seno de nuestras congregaciones? En realidad, este desarrollo intelectual da profundidad a nuestra vida espiritual, valor a nuestros compromisos apostólicos y subraya igualmente la dimensión profética de nuestra espiritualidad y carisma.

**Segunda acción: implicación en las organizaciones eclesiales, nacionales e internacionales.** Si es verdad que por vocación no podemos hacer política activa, nuestra vocación profética no nos pide abandonar ciertos lugares de influencia y de administración de este mundo. En el ámbito de la Iglesia, se impone una participación activa en las comisiones “justicia y paz”, a nivel diocesano o nacional. Como acabamos de decirlo, una tal implicación supone una buena formación intelectual y humana, sin la cual la presencia de la religiosa sería sólo protocolaria y poco eficaz. En el plan político nacional, nuestro compromiso en favor de los débiles, y de las mujeres violadas y maltratadas, puede hacerse ante las asambleas nacionales, a través de las asociaciones y organismos que militan por los derechos humanos. Formando a laicos capaces de hacer política activa y buscando colaboradores al lado de instituciones colectivas, podemos indirecta, pero eficazmente, realizar ciertas acciones. En el plan internacional, junto con organismos de la Organización de las Naciones Unidas, podemos y debemos encontrar un medio para hacer escuchar nuestra voz y la de los pobres, la de todas las víctimas del mundo.

**Tercera acción: trabajar en red en lo que se refiere a los grandes problemas de justicia y de paz.** Podemos influir en nuestras instituciones estatales, tomando como base las informaciones que recibimos de diferentes partes del mundo a través de la comunicación entre las congregaciones. Por

otra parte, un testimonio que también necesita nuestro mundo consiste en salir de nuestros muros –congregaciones actuando a veces como sectas- para realizar acciones comunes, con las competencias de muchas congregaciones.

## Conclusión

« **Boga mar adentro y echa las redes para pescar** » (Lc 5, 1-11). Al término de nuestra reflexión sobre el tema “llamadas a iluminar proféticamente el mundo de las tinieblas”, queremos detenernos sobre esta invitación de Cristo. ¿Cómo comprometernos proféticamente en la transformación de nuestro mundo y de nuestras congregaciones? Jesús nos dice: “Avanza mar adentro y echa las redes para pescar”. Avanzar mar adentro significa, apoyándonos en la palabra de Jesús, aceptar entrar en contacto con el mundo, asumiendo el riesgo propio de la vida religiosa; los votos religiosos indican, en efecto, nuestra manera de ser sacudidas y de sacudir el mundo, porque la luz no es de golpe aceptada por los que aman las tinieblas. Consiste, también, en comprometerse a estar en las fronteras, en los lugares en donde se busca construir un mundo más justo y más fraterno.

¿Qué semillas podríamos plantar juntas, hoy, que marcarían la diferencia en el presente y en el futuro, para nosotras, religiosas llamadas a llenar de luz profética las situaciones oscuras? Cristo nos invita a avanzar en profundidad y confía en nosotras. “Ustedes son la luz del mundo, ustedes son la sal de la tierra” hoy, ahora. Confiemos en Él, confiemos unas en otras. Y como dice justamente la sabiduría de este proverbio africano (Toucouleur): “el ornamento de la mano son los dedos”. ¡Que podamos, criaturas maravillosas y testigos de Dios, ser su gloria y su honor en este mundo!

Muchas gracias.

## Bibliografía

- CHITTISTER, J., *Le feu sous les cendres. Une spiritualité pour la vie religieuse contemporaine*, Bellarmin, 1998.
- HILLESUM, E., *Une vie bouleversante*, Pascal Dreyer, Editions Desclée de Brouwer
- KAYIBA, P., « Préface », en Neno Contran, *Ils nous ont guettées*, p. 5.
- LINEAMENTA para la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos (27 junio 2006), cap. 1.
- NENO CONTRAN, *Ils nous ont guettées*, Ed. Afriquespoir & New People, Kinshasa, Nairobi, 2003.
- SANTEDI KINKUPU L., « La mission prophétique de l'Église-famille de Dieu en Afrique. Perspectives post-synodales », in L.Santedi Kinkupu & A. Kabasele Mukenge, *Une théologie prophétique pour l'Afrique. Mélanges en l'honneur des professeurs Dosithée ATAL Sa Angang et René De Haes*, Facultés Catholiques de Kinshasa, 2004.

VAN HOUTTE, G., Proverbes africains. Sagesse imagée, L'épiphanie, Kinshasa, 1976.

·([www.vatican.va/.../ns\\_lit\\_doc\\_20031019\\_madre-teresa\\_fr.html](http://www.vatican.va/.../ns_lit_doc_20031019_madre-teresa_fr.html)-18.01.2009.).

·<http://mercy.e-monsite.com/blog/soeur-dorothy-stang-missionnaire-martyre.193867.html>-18.01.2009

### ***Preguntas para una reflexión***

1. ¿Qué necesitamos hoy, como religiosas, para ser místicas y proféticas en nuestro mundo, en nuestras comunidades y en nuestras congregaciones? ¿Cómo podemos responder a las situaciones de oscuridad para ser proféticas en el mundo, en nuestras comunidades, en nuestros ministerios, hacia la creación, la sociedad, la Iglesia, y también entre nosotras?
2. ¿Cuáles son los gritos y los llamados provenientes de nuestro mundo, hoy? ¿En qué tipo de acciones concretas estamos comprometidas para responder a estos gritos y a estos llamados?
3. Como líderes de nuestras congregaciones, ¿cuáles son los retos respecto a nuestras tradiciones cristianas, a la Sagrada Escritura y a nuestros votos religiosos, y que tenemos que revelar hoy? ¿En qué campos estamos llamadas, e invitadas a llamar a nuestras congregaciones, a una profunda conversión?
4. Teniendo en cuenta las situaciones particulares de nuestros continentes y de nuestros países, y en vistas a una mayor implicación, ¿qué tipo de formación especializada deben seguir algunos miembros de nuestras congregaciones?
5. ¿Qué piensan de la propuesta de trabajar en red? Concretamente, ¿cómo podemos comenzar estas redes?
6. Hermanos y hermanas de nuestro tiempo y de nuestro mundo, estas mujeres y hombres místicos y proféticos nos indican una diversidad de caminos para dar testimonio de Dios, hoy. ¿Qué debemos hacer para dejarnos impregnar de sus vidas, de sus pensamientos y de sus testimonios? ¿Qué lección sacar de esta diversidad para nuestro compromiso apostólico, hoy?

# UNA TEOLOGÍA DE LA EMPATÍA

Rabino Arthur Green

*El Rabino Arthur Green es profesor de mística hebrea y de Hasidismo. Es el fundador y actual rector del Boston Hebrew College para rabinos, y ha sido director del Reconstructionist Rabbinical College. Arthur Green ha publicado muchas obras sobre el misticismo hebreo y sobre el Hasidismo. Ha sido invitado a dar una serie de conferencias en la Universidad de Yale. Es considerado como una de las más eminentes autoridades de la espiritualidad judía, del misticismo y del Hasidismo.*

*Original en inglés*

**D**escribiendo a la «mujer perfecta» el rey Salomón dice: «Es como nave de mercader que de lejos trae su provisión» (Pr 31, 14). A vosotras, mujeres fuertes y líderes en vuestra grande iglesia, os agradezco haber optado por traer vuestro alimento espiritual de tan lejos, haciéndome venir de Boston a Roma y, de manera más significativa más allá del abismo que separa nuestras dos tradiciones-hermanas, sacadas de la misma fuente de la Escritura y de la palabra profética. Nuestras tradiciones vienen de una misma cepa, pero han estado separadas por un gran muro de sangre, de lágrimas y de dureza de corazón. En el curso de estos últimos decenios se ha abierto una brecha, en parte gracias a la memoria de numerosos miembros de órdenes femeninas que arriesgaron su vida para salvar a niños judíos durante la negra noche que cayó sobre nosotros en este continente, y también gracias al gran cambio en los corazones, introducido por el Vaticano II y el espíritu del Papa Juan XIII, de feliz memoria. Aunque no soy católico, rezo por su canonización. Estoy dispuesto a rezar durante mucho tiempo.

Me presento hoy, ante vosotras, como maestro, un maestro de maestros. He consagrado una gran parte de mi vida a la educación de rabinos como Director de un seminario, y después como fundador de otro seminario. Creo firmemente que el judaísmo, una de las grandes tradiciones religiosas del mundo tiene todavía mucho que ofrecer, a sus propios miembros y a las personas de la comunidad universal que están en búsqueda. Es necesario que rabinos formados recientemente busquen esta sabiduría, esta luz interior escondida en el corazón de nuestra Torá; que la descubran, la actualicen y



la hagan accesible, de la misma manera que ha sido transmitida de generación en generación. Ésta es la tarea en la que estoy comprometido.

Realizo este trabajo desde un punto de vista particular. Yo no pertenezco a ninguna de las denominaciones muy conocidas del judaísmo, sino que me sitúo como un judío neo-hasídico. Esto significa que estudié las enseñanzas del hasidismo y me inspiré en ellas. El hasidismo es nuestro gran movimiento de piedad popular que se inició en Europa del Este y fue fundado por los discípulos de Ba'al Shem Tov. El Rabino Israel Master of the Good Name (Maestro del Nombre Bueno) entró en la eternidad hace 250 años, en este mes.

El hasidismo es una versión radicalmente simplificada de la Kabbalah, la tradición mística judía. Insiste en el hecho de que « la tierra entera está llena de la gloria de Dios » (Is 6,3) según las palabras del profeta, y que Dios puede ser encontrado en cualquier lugar y a cada instante. El fin de la tradición, de la oración, del ritual, es ayudarnos a abrir nuestro corazón a esta presencia. Al hacerlo, podemos levantar y liberar las chispas de luz divina que han caído sobre nosotros y alrededor de nosotros, y devolverlas a su fuente, al Único Dios.

El *neo*-hasidismo difiere del hasidismo clásico, que existe todavía y prospera de dos maneras importantes. Nosotros no compartimos el desprecio hasídico de la modernidad, especialmente de la educación moderna y de la ciencia. Aceptamos la legitimidad de la investigación científica e histórica y creemos que la religión debe adaptarse, por consiguiente, para responder a ella. Tampoco creemos que las intuiciones del hasidismo deberían aplicarse o ser limitadas sólo a los judíos. Sus enseñanzas se refieren a Dios y al espíritu humano y se expresan en numerosas y diferentes lenguas, en nuestra gran comunidad humana. Buscamos un judaísmo que reconoce su lugar en este espectro maravilloso y coloreado, no un judaísmo que se coloca fuera de este espectro o que lo domina. Con este espíritu estoy hoy con vosotras, aquí.

Nosotros, los rabinos modernos, realizamos nuestro ministerio al lado de un pueblo bastante secularizado en su vida cotidiana. Un pueblo que no pasa mucho tiempo hablando con Dios o de Dios. Sin embargo, en muchas personas hay una profunda búsqueda de sentido, aun si no saben articularla con un lenguaje religioso clásico. Quieren encontrar un sentido a su vida. Tienen un sentimiento muy fuerte de que estamos llamados a contribuir para hacer el mundo mejor, reducir el sufrimiento humano y hacer crecer la bondad entre las personas. No es una coincidencia que los judíos estén presentes en todos los grupos de personas que defienden los derechos humanos y trabajan por disminuir el sufrimiento humano; no olvidemos que

antaño fuimos esclavos en Egipto. Este recuerdo, junto a otros más recientes, nos impulsa a ayudar a los oprimidos y a las personas que sufren dondequiera que estén. El sentido de la familia y de los lazos inter-generacionales permanecen igualmente muy fuertes. Los judíos, incluso los que aparentemente tienen poca fe, o poco conocimiento del judaísmo, creen que tenemos una herencia preciosa que nos viene de nuestros ancestros y que tenemos el deber de transmitir a los hijos de nuestros hijos. A muchos se les dificulta comprender en qué consiste esta herencia, y sin embargo continúan tratando de transmitir alguna cosa.

Principalmente por este ciclo de vida y este sentimiento de herencia los judíos se dirigen a los rabinos y a las comunidades de las sinagogas. El nacimiento de un hijo, la educación en la tradición, la celebración de los puntos de referencia de la vida, la pérdida trágica de vidas humanas o la desgracia, el envejecimiento o la enfermedad de los padres, la muerte y el duelo, todo esto hace volver a los judíos de su búsqueda mundana para buscar sabiduría y consuelo en su tradición, apoyo personal y afecto de los rabinos y de otros miembros del clero.

En esos momentos se espera que los rabinos encuentren a los judíos con empatía, sacando como de un pozo profundo la solicitud, la aptitud para dar y la manera de hacerse presente a las personas con las cuales no tienen casi contacto de otra manera. En momentos como estos, las frases piadosas tradicionales no bastan, ni la tentativa de recurrir a una enseñanza puramente intelectual. El rabino no debe ser visto sólo como un profesionista, sino sobre todo como una persona auténtica que se ocupa concretamente de los demás. Como sabéis, esta aptitud de estar presente sólo puede venir de vuestra vida espiritual. Una vida de entrega a los demás exige alimentarse constantemente de la presencia de Dios. Para *sostener* a las personas tanto en las penas como en las alegrías, un rabino debe manifestar la propia fuerza, que en realidad no es del todo suya sino de Dios, en quien está arraigado por la fe.

Enseñar a los estudiantes a ser rabinos, ayudar a cada uno a crecer en su vocación de rabino, como solemos decir, es enseñarlos, entre otras cosas, a cultivar su jardín interior. Esto incluye la oración, tanto comunitaria como personal. La dirección espiritual y el acompañamiento forman parte igualmente de nuestro programa. En nuestra tradición, la vida interior se alimenta también con el estudio de las fuentes, enseñadas y discutidas de diversas maneras, con sinceridad, a fin de que la vida espiritual de cada rabino esté directamente enraizada en el texto y en el lenguaje de los siglos. No olvidéis que en nuestra tradición la Palabra que estaba con Dios desde el comienzo no se hace carne sino que permanece Palabra, manifiesta en la Torá, lo que incluye el proceso de enseñar, de aprender, y la creatividad constante de

nuevas interpretaciones. En el centro de la educación rabínica encontramos el *betmidrash* o sala de estudio en donde los estudiantes, sentados de dos en dos, o en pequeños grupos, discuten los textos entre ellos.

Pero ¿cuál es la teología que une todo esto? ¿Dónde encontrar un lenguaje que evoque este sentimiento profundo de nuestra común humanidad y nos aliente a abrirnos a los demás? Me refiero a una teología de la empatía, a una comprensión de Dios que pone el amor y el cuidado del otro en el centro de nuestro camino de fe. No existe una fe en Dios, que defino auténtica, si no nos estimula a cuidar y a hacer alguna cosa por las creaturas de Dios más necesitadas. Pero, ¿de qué modo podemos expresar este concepto en el contexto del judaísmo contemporáneo? Quisiera llevaros al corazón de esta búsqueda de lenguaje, que será también un viaje al centro de la fe judía tal como existe hoy.

No podemos comenzar con otra cosa que no sea el *Shema' Yisra'el*, «Escucha Israel, Y-H-W-H, nuestro Dios, Y-H-W-H es el único» (observen que escribo las letras del nombre de Dios, que no es permitido pronunciar). Este versículo bíblico (Dt 6,4) representa la palabra clave de nuestra fe, que recitan los judíos piadosos dos veces al día, «cuando te acuestes y cuando te levantes».

La oración judía más conocida, la *Shema' Yisra'el*, no es de hecho una oración. La oración es un acto a través del cual el ser humano se dirige a Dios. Es esencialmente apertura del corazón; efectivamente, la oración es llamada por los primeros rabinos, el «culto dentro del corazón». Habitualmente, pero no siempre, tiene un componente verbal dirigido al Todopoderoso. Las oraciones judías más características son llamadas *berakhot* o «bendiciones»; comienzan por la expresión «Bendito seas tú, Señor...». Pero el versículo del que hablamos se dirige a la comunidad, más que a Dios. Ésta es una traducción más completa: «Escucha, Israel». «Escuchad, hermanos judíos». «Ser, es nuestro Dios. Ser, es único»

Un poco más adelante regresaré a la palabra «Israel» en este versículo, porque es una parte esencial de nuestra charla. Pero permitidme comenzar ahora por la cuestión funcional, la gran cuestión cuando se llega a la realidad: ¿Qué diferencia presenta el monoteísmo? Un dios, diez dioses, mil, ¿qué sé yo! Nosotros, los judíos (somos los que más nos asemejamos a los musulmanes en este punto) insistimos en la unidad absoluta de Dios y estamos orgullosos de la «pureza» de nuestro monoteísmo. Pero ¿por qué debemos estarlo? ¿Cuál es el valor del monoteísmo?

El único valor del monoteísmo es hacernos conscientes de que todo lo que existe, incluso todas las creaturas – o sea la roca, la brizna de hierba en vuestro jardín, como también la lagartija y vuestro vecino de al lado- todo

tiene el mismo origen. Vosotras venís del mismo lugar. Habéis sido creadas en el mismo acto de amor. Dios se complace en cada forma que emerge y le confiere Su gracia. Por esto –y ésta es la única manera de *reembolsar*, la que cuenta verdaderamente: *¡Tratadlas a todas de la misma manera!* Todas son creaturas de Dios; sólo existen en razón de la presencia divina, que es la misma que os hace existir. Tomar conciencia de ello os llama a *aprender a conocerlas*. *¡Aprended a amarlas!* Descubrid el único don de Dios en cada una de ellas. Vivid en la admiración delante de la luz divina extendida en toda la tierra. Esto es lo que significa ser una ‘persona religiosa’.

Dentro de la comunidad humana este amor significa, también, respeto por la diversidad y por los límites. Un espíritu místico que busca anular todas las distancias y las separaciones entre los hijos de Dios no puede convertirse en una excusa para ignorar los límites. Es fácil olvidar el respeto por la alteridad en un contexto religioso. Esto sucede, a veces, a personas llenas de buenas intenciones que están tan cogidas por ese amor que sienten dentro, que pierden el control y descubren, así, que los límites entre el ágape y el eros no están tan marcados como creían. Amor y dominio de sí, las dos manos, derecha e izquierda de Dios, deben estar bien equilibrados, tanto en el cosmos como en sí mismos.

Realizo que sería más diplomático para un invitado guardar silencio sobre cuestiones dolorosas y vergonzosas que han ocurrido dentro de la propia familia. Pero considero que permanecer en silencio sería, incluso, menos respetuoso. Como amigo de vuestra grande iglesia lloro con vosotros el dolor de todas las víctimas, incluso los sacerdotes, cuya vida ha sido arruinada por energías que han roto un profundo equilibrio. Si estoy aquí para hablar de empatía, debo en primer lugar expresar empatía por el dolor y la pérdida experimentados por los católicos de todo el mundo, en los últimos años. Esto incluye la empatía por todos los que han sido heridos por los abusos y los comportamientos incorrectos; empatía por todos los que se engañaron a sí mismos y ante los ojos de Dios pensando que podían esconderse detrás del velo de un intento de celibato; empatía por todos los que viven en la confusión, en la duda, o que han perdido la fe. Rezo porque el Señor acompañe vuestro ministerio de sanación, sanación de la vida de cada individuo y sanación de las profundas heridas infligidas a la iglesia misma. Irónicamente, vosotras mujeres que tenéis poco que ver con esta crisis, porque ha estado causada principalmente por hombres y por la psicología masculina, daréis una gran contribución a este proceso de sanación. Ciertamente rezo porque la iglesia pueda aprender de estos acontecimientos lo que es necesario a la sabiduría y al liderazgo de las mujeres para reconstruir un equilibrio, que parece difícil llegue a tantos hombres, sea en la iglesia y en todo el mundo.

Y ahora, veamos la parte controvertida de mi traducción. La tradición mística del judaísmo a partir de la cual hablo, insiste en el hecho de traducir el nombre de Dios por «Ser». Es decir Y-H-W-H, el nombre hebreo de Dios, que se ve sobre la página pero que no se osa pronunciar. La Escritura nos dice (Ex 6,2-3) que ahí está el nombre de Dios. Pero no es en absoluto un nombre propio, ni tampoco un nombre común. Y-H-W-H es una fusión imposible de todos los tiempos del verbo «ser»; en hebreo HYH, significa «era»; HWH, indica el presente, y YHYH «será». Todos están reagrupados bajo una forma imposible. Sin duda, esto debería traducirse por «Era-Es-Será». Pero puesto que es un poco incómodo decirlo cada vez, «Ser» es la mejor traducción que podemos hacer, aunque debemos comprender este «ser» trascendiendo el tiempo y el espacio.

El significado es profundo. «Dios» y la existencia son inseparables. Dios no es un individuo allá arriba, que ha creado una entidad separada, distinta, llamada, aquí abajo, «mundo». No hay dos; sólo hay uno. Los místicos insisten en llevar el monoteísmo un poco más allá que los otros.

Decir que se cree en un sólo Dios, y después representarlo como alguien viejo con una barba, sentado sobre un trono – o de otra manera, tomado literalmente – no es más que una forma concentrada de idolatría. Es como esa vieja historia que todo niño judío aprende, en la que el padre de Abraham, Terá, es propietario de un taller de ídolos. Un día debe salir y pide a su hijo que cuide el negocio. Abraham hace añicos todos los ídolos excepto el mayor de todos, y después pone un hacha en la mano del gran ídolo. Cuando Terá vuelve, recorre la pieza con la mirada y casi en estado de shock exclama: «¿pero qué le sucedió a todos mis dioses?» Abraham responde: «el gran ídolo los ha hecho trizas. «No digas tonterías», dice Terá, «sólo son ídolos». «¡Ah!» dice Abraham, y ese «¡Ah!», según se dice, marcó el inicio del monoteísmo.

Pero, ¿no habría algo importante en esta historia? ¿Cómo sabemos que nuestro Dios único no es simplemente el ídolo más grande? Si el monoteísmo es sólo una cuestión de número, no queda más que un sólo gran ídolo. Y muchas personas se quedan con esto. Lo que debe cambiar verdaderamente es la manera de ver la existencia misma. De hecho, «existencia» en hebreo, es HWYH – pronunciado *Havvayah* -, o sea las cuatro letras del nombre secreto de Dios, simplemente colocadas diferentemente. Ver a «Dios» cuando miráis la existencia pide, por así decirlo, un reordenamiento de las moléculas. Ver la GRAN imagen, en lugar de pequeñas imágenes... Dios es Ser cuando se ve como el único, cuando se ve la imagen completa. Por supuesto, nunca podemos ver este gran cuadro por completo. La suma es infinitamente mayor que la totalidad de sus partes. El misterio trascendente permanece, incluso

en mi teología inmanentista. Para mí, la trascendencia se encuentra *dentro de* la inmanencia. La trascendencia no se refiere a un Dios que habita «allá» en alguna parte, del otro lado del universo (que no tiene lados, ¡nos aseguran los astrónomos!). La trascendencia significa que Dios está *aquí*, presente en este momento, de una manera tan intensa y profunda que no podemos jamás ir al fondo. *He aquí* el misterio.

Ésta es la verdad secreta. Escuchad a uno de los grandes sabios, un maestro hasídico que revela lo que sigue en una carta que escribió a sus hijos y nietos - y cito al célebre Sefat Emet, el rabino de Ger o Gora Kalwarya en Polonia:

Lo que proclamamos cada día diciendo *Shema 'Yisra'el* debe ser comprendido como lo que verdaderamente quiere decir... «Y-H-W-H es único» no significa que Él es el único Dios, negando la existencia de otros dioses (aunque esto es también verdad), sino que el sentido es aún más profundo. No hay otro ser más que Él... Todo lo que existe en el mundo espiritual y físico, es Dios mismo... Por eso, cada persona puede unirse a Dios ahí donde se encuentra, gracias a la santidad presente en todas las cosas tomadas individualmente, incluso las corporales. Basta fundiros en el fulgor de santidad... He aquí el fundamento de toda enseñanza mística en el mundo.

Por supuesto que no es tan fácil como parece. «Desaparecer en el fulgor de santidad» a fin de hacer lugar para que el Ser de Dios entre, es trabajo de toda una vida. Realizar este trabajo interior de manera sana y saludable, es el fin hacia el cual tienden todos nuestros esfuerzos.

Pero ahora necesito volver al principio de nuestra oración que no es sólo una. «Escucha, Israel». ¿Quién es Israel en esta frase? Recordad de dónde viene esta palabra. Nuestro ancestro Jacob luchó toda una noche con un ángel. ¡Un tipo fuerte, este Jacob! Incluso un ángel no logró vencerlo. Cuando amaneció, el ángel le dice : «¡Suéltame. Es la hora de cantar las alabanzas a Dios!». «Sí, sí...», dice Jacob, «pero no antes de que me hayas bendecido». Así, Jacob salió de este encuentro con un nombre nuevo: Israel, que significa «aquél que lucha con Dios».

Creo que este nombre pertenece a todos los que luchan, y no sólo a los judíos, y no solamente a los cristianos. Cualquiera que lucha con los ángeles, cualquiera que se esfuerza por dar un sentido a su vida, forma parte de una comunidad más amplia llamada «Israel». *Shema 'Yisrya'el, Y-H-W-H Elohenu, Y-H-W-H ehad* significa entonces «¡Escuchad todos los que lucháis, los que os debatís con el sentido de la vida! Ser es nuestro Dios, Ser es ¡el único!» No miréis más allá de las estrellas. No es necesario que estiréis el cuello. Dios está aquí, llenando toda la existencia con dones sin fin. Abrid los ojos. Transformad este combate en abrazo. Encontrad la presencia de Dios en la

visión unificada y transformadora de todo lo que es.

La frase «Escucha Israel», es seguida inmediatamente de «Amarás a Y-H-W-H tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Es una de las dos declaraciones de amor en la Torá, que Jesús os ha dicho que constituyen la esencia de la enseñanza de la Ley. Nuestros sabios se debaten desde hace siglos con el problema de saber cómo es posible mandar el amor; a saber si se trata verdaderamente de un mandamiento. El amor pide espontaneidad. Brota espontáneamente del corazón. Cuando se recita el *Shema* en el contexto de nuestra liturgia cotidiana, siempre es precedido por una declaración del amor de Dios por nosotros. En nuestras oraciones cotidianas de la mañana, decimos «Tu amor ha sido grande con nosotros; has derramado sobre nosotros el flujo abundante de tu compasión»; y por la tarde «Has amado la casa de Israel, tu Pueblo, con un amor eterno». Así pues, primero se nos recuerda el amor de Dios por nosotros y después que estamos llamados a la unidad de todo lo que existe. Habiendo llegado a este punto no necesitamos que nos «manden» amar. El amor sube del interior de nosotros mismos como una respuesta natural y esencial para nosotros como la respiración o la palabra misma. En este caso la traducción justa en inglés ya no es «You shall love Y-H-W-H your God...» sino más bien «You will love ...», que expresa la constatación de un hecho, más que un mandamiento.

Este principio puede aplicarse a otro amor prescrito por la Torá: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19) ¿Este amor puede también llegar a ser tan natural que ya no tengamos necesidad de sentir que es un «mandamiento», sino que surge del interior? Para dar una respuesta judía a esta cuestión, debemos referirnos a un célebre debate entre dos de los primeros rabinos, que vivieron más o menos un siglo después que Jesús, el Rabino Akiva, que también murió mártir de los romanos, y su amigo Ben Azzai. El Talmud narra que ellos discutieron ampliamente sobre la cuestión: «¿Cuál es el principio fundamental de la Torá?» ¿Cuál es la enseñanza sobre el amor por la cual existe todo el resto del judaísmo? Akiva tenía una respuesta lista: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Lv 19,18). En el judaísmo, Akiva fue el más grande abogado del camino del amor, aunque debería decir más bien, que él comparte este honor con Jesús de Nazaret. Akiva insistió en decir que el Cantar de los Cantares debía verdaderamente ser incluido en la Escritura Santa; él lo llamaba el «Santo de los Santos», pronunciado por Dios e Israel en el Monte Sinaí. La historia del amor del Rabino Akiva y de su mujer es una de las narraciones verdaderamente románticas de la literatura rabínica. Así mismo, la narración de la muerte de Akiva; mientras era torturado por los romanos, se dice que exclamaba: «Ahora comprendo el mandamiento de amar a Dios con toda el alma; incluso si Él toma vuestra alma, vosotros le amaréis ». Por lo tanto no es sorprendente que se diga que Akiva consideraba



el amor como la ley más fundamental de la Torá.

Pero Ben Azzai no estaba de acuerdo. Él declaraba: «Yo tengo un principio aún más grande que el tuyo». Y citaba Gn 5, 1-2: «el día en que Dios creó los seres humanos, los hizo a semejanza de Dios; hombre y mujer los creó». Y dijo que ahí estaba el principio más fundamental de la Torá. *Todo ser humano es la imagen de Dios*, dice Ben Azzai a Akiva. Algunos humanos son más fáciles de amar, otros más difíciles, Algunos días vosotros sois capaces de amarlos, otros días, no. Pero vosotros debéis, no obstante, reconocer a todos y tratarlos como imagen de Dios. El amor es un pedestal demasiado inestable para que pueda sostener toda la Torá. Es muy peligroso basar el mundo sobre el mandamiento del amor. Quizás Ben Azzai veía también que el principio de Akiva podría ser restringido, concebido únicamente en relación a vuestra comunidad. Después de todo, «*vuestro prójimo*» podría designar simplemente a vuestro correligionario judío; o bien vuestro correligionario católico; o aquél que comparte vuestra piedad, vuestra buena conducta. ¿Y el desconocido, entonces ? ¿El pecador? ¿Y vuestro enemigo? El principio de Ben Azzai no deja lugar para excepciones, puesto que se remonta a la creación misma. No es solamente «tu gente» sino todos han sido creados a imagen de Dios.

Una vez que tenemos un principio de base, o incluso un grupo de principios de base, disponemos de un modelo para evaluar todas las otras leyes y prácticas, enseñanzas e ideas teológicas. Esta idea particular o esta enseñanza particular ¿nos ayuda a ver la parte divina en cada persona? Esta interpretación de nuestra Escritura ¿podría ser obstáculo? ¿Podríamos interpretarla diferentemente, de una manera más acorde con nuestro principio de base? Existe un fundamento judío que permite levantar cuestiones importantes y que debería ser más utilizado en nuestros días por aquéllos que dan forma a nuestro *halakhah* y a vuestro derecho canónico. Tomemos el *ketal gadol*, el principio de base que significa «es por esto que todo el resto existe», principio de animación que sostiene toda nuestra vida religiosa. En este caso, toda forma de judaísmo que se aleja de su tarea –hacer que todos los seres humanos lleguen a ser lo más plenamente posible la imagen de Dios y sean considerados como tales, es una deformación de la religión. Este reto constante requiere que en cada generación se *amplíe el círculo* de los que consideramos plenamente humanos, portadores de la imagen de Dios, a la vez que tratamos de ampliar los confines de lo sagrado. *En la medida en que encontremos la imagen de Dios en una parte, cada vez mayor, de la humanidad, nos abriremos aún más a la presencia de Dios*. Encontrar a Dios en todos los seres humanos no es una tarea pequeña. Podríamos pasar en ello toda la vida, y no llegar a ser perfectos en este arte, sin embargo las invito a unirse a mí en esta tarea.

La voz moral del Judaísmo comienza con la creación. Nuestra enseñanza más esencial, la enseñanza por la cual el judaísmo necesita existir todavía, es nuestra insistencia en el hecho de que cada ser humano es la imagen única de Dios. «¿Por qué Adán ha sido creado solo?» pregunta el Mishnah. «Para que cada persona no pueda decir: ‘mi padre era más grande que el tuyo». ¡El Creador es grande! Un rey humano hace acuñar unas monedas en una prensa y todas son iguales. Pero Dios nos acuña según el molde de Adán, y ¡no hay dos seres humanos semejantes! Se tiene necesidad de cada uno de nosotros, de cada humano, como imagen de Dios; y ninguno puede ser reemplazado por otro. Es así de simple.

Una vez escuché preguntar a mi gran maestro Abraham Joshua Heschel: ¿Por qué la Torá prohíbe las imágenes grabadas? ¿Por qué la Torá se preocupa tanto por la idolatría? Se podría pensar que es porque Dios no tiene imagen, o porque toda imagen de Dios es una deformación. Pero Heschel leía los mandamientos de manera diferente. “No”, dijo, “Precisamente porque Dios *tiene* una imagen los ídolos están prohibidos. *Vosotros* sois la imagen de Dios, y vuestra única manera de modelar esta imagen es emplearla *toda vuestra vida*. Tomar una cosa que es menor a un ser humano que vive y respira, y tratar de crear la imagen de Dios a partir de ella, disminuye lo divino, y es considerado como una idolatría”. Vosotros no podéis *fabricar* una imagen de Dios; vosotros sólo podéis *ser* la imagen de Dios.

Vuelvo ahora a la cuestión de la empatía. Para comprender la empatía, lo veréis ahora, propongo una teología donde la alteridad no es absoluta. Al fin de cuentas, todos participamos del Único; somos encarnaciones de la misma presencia divina. Detrás de la máscara del otro, el carácter único del Creador se encuentra reflejado en la obra. La empatía significa, *a la vez*, abrazar a cada uno en su diversidad y percibir más nuestra unidad.

Vosotras tenéis dentro de vuestra tradición un lenguaje genial para expresar esto; vosotras habláis del Cuerpo de Cristo. Nosotros hablamos de la imagen, o incluso, del cuerpo de Adán que nos incluye a todos. Pero surge una cierta confusión en torno a estos conceptos. La expresión “el Cuerpo de Cristo” ¿incluye solamente a los que pertenecen a la iglesia, o abarca a toda la comunidad humana y al mundo entero? Por supuesto que es a vuestros teólogos responder a esta pregunta, no a mí. Nosotros tenemos una versión diferente del mismo problema. Nosotros permanecemos un pueblo distinto, una entidad étnica, y al mismo tiempo una comunidad de fe. Insistimos en el hecho de que podemos ser las dos a la vez. Pero entonces, ¿en qué medida somos exclusivos? Nuestras oraciones están llenas de llamados a Dios para que nos bendiga “y a todo el pueblo de Israel”. ¿Rezamos sólo por nosotros? ¿Y el resto de la humanidad? ¿Rezamos también por ella?

Durante largos siglos, el judaísmo no ha sido una tradición evangélica. Particularmente en razón del éxito del cristianismo y del hecho de que los regímenes cristianos e islámicos prohíben la conversión al judaísmo, no hemos trabajado para transmitir nuestra tradición a otros, nos hemos concentrado en nuestra supervivencia. Sin embargo, nuestra preocupación permanece universal. Queremos, no que toda la humanidad abrace el judaísmo sino que viva de nuestras verdades más esenciales, es decir, del carácter único de Dios y de la convicción de fe de que cada uno de nosotros, cada persona sobre la tierra, lleva en sí misma la imagen de Dios. Éste es nuestro mensaje para la humanidad.

Éste es el gran combate en el judaísmo, hoy. ¿Cuál es la amplitud de nuestro círculo de empatía, de compasión? ¿Somos capaces de abrir ampliamente la puerta de nuestro corazón para incluir a toda la familia humana, e incluso en el interior de ella, a la familia más amplia de todos los seres naturales, sin perder nuestro sentido distintivo de la historia y de la identidad étnica? ¿El amor que tengo por mi comunidad es un amor que me anima a abrirme más, a abrazar en ese amor círculos cada vez más amplios? O bien, ¿esto me corta necesariamente de los demás creando un círculo de exclusividad, fuera del cual permanece la mayoría de la humanidad?

Los judíos y los cristianos somos los descendientes espirituales de los profetas, que fueron revolucionarios religiosos. Era necesario que defendieran firmemente el carácter único de su mensaje. El Dios en nombre del cual hablaban era *completamente diferente* de todo lo que podía ser adorado en el mundo pagano. Se burlaban de las divinidades de los paganos. “Ellos tenían ojos y no veían, tenían orejas y no oían, tenían nariz y no olían... Como ellos serán aquéllos que los hacen, cualquiera que pone en ellos su fe. Casa de Israel, pon tu fe en Y-H-W-H” (Sal 115,5-6 ; 8-9). Las naciones del mundo antiguo tenían, todas, sus dioses. Estaban separadas unas de otras, y casi no se preocupaban de la gente del exterior. Proclamando un sólo Dios, los profetas hablaban también a un mundo único y a una familia humana. Esto exigía tener, verdaderamente, la preocupación por el otro, que después de todo, no es tan “otro”.

Como todas las revoluciones, ésta deja una herencia compleja. Proclamaba que sólo nosotros teníamos la verdad. En este salmo, “Israel” son todos los que ponen su confianza en Y-H-W-H y no en otro. Cuando la iglesia afirmó que heredó este manto llegando a ser un “nuevo Israel”, heredó también esta zona de sombra del exclusivismo. Sí, el cristianismo ha hecho derribar los muros étnicos; todos los pueblos han sido acogidos en la nueva iglesia. Pero ha reemplazado los muros étnicos por muros teológicos o rituales; la cristiandad ha llegado a ser la comunidad de los bautizados o de aquéllos que comparten

una fe bien definida.

Ambos tenemos necesidad de luchar contra esta herencia de exclusivismo. Vosotros podéis culpar al antiguo Israel y a sus profetas de haber comenzado, pero la iglesia lo ha heredado y lo ha puesto en juego al punto que los judíos hemos sido considerados como extraños. Pero ahora no estamos en ese tiempo. El mundo ha llegado a ser demasiado pequeño. Vivimos todos codo a codo, y la necesidad es muy urgente. Necesitamos trabajar conjuntamente para afrontar los grandes retos que se nos presentan; y entre ellos, la degradación del espíritu humano en nuestra cultura moderna profana, la fascinación sin fin del materialismo egoísta y las grandes injusticias que lo engendran, y hasta la preservación de nuestro planeta mismo como una casa destinada a albergar unas formas de vida superiores. Todos estos retos constituyen el trabajo real de las personas religiosas y de las comunidades, y nosotros debemos unirnos para hacerles frente. Para hacerlo, necesitamos volver a “Y-H-W-H es el Único” y a la exigencia de amor universal que esta realidad implica. Esto representa la enseñanza de lo mejor de nuestras dos tradiciones.

Para nosotros, los judíos, la lucha contra el exclusivismo toca otra cosa que nos interesa mucho. Me dirijo a vosotras, en esta década en donde los últimos sobrevivientes de nuestro terrible holocausto están por terminar su tiempo aquí, sobre la tierra; el momento en que su memoria torturada por el sufrimiento se transformará en historia “pura y simple”. Nosotros nos debatimos cotidianamente con la cuestión de la herencia del Holocausto, de la muerte de un tercio de nuestro pueblo y de la destrucción de tantos recursos culturales y espirituales. ¿Qué enseñanza debemos sacar de este terrible acontecimiento? No creemos que haya sido Dios quien nos ha castigado así; creemos que fue el hecho del mal existente en el hombre. Sin embargo, necesitamos sacar enseñanzas, debemos buscar el mensaje de Dios ahí, como en todo. Muchos judíos piensan que el mensaje es claro. ¡Nunca más! significa que la sangre de los judíos no está en rebaja. Nos defenderemos, tomaremos medidas preventivas contra nuestros enemigos, y no permitiremos jamás que los judíos sean víctimas. Los mejores entre los sobrevivientes, incluso Heschel y Elías Wiesel, que les sea acordada la bendición de una larga vida, comprendieron que ¡nunca más! quiere decir que no permitiremos jamás otro genocidio en nuestra única familia humana, que tomaremos la defensa de todos los que sufren. Como lo sabéis, la historia no nos ha facilitado las cosas para hacerlo. Pero nunca se nos ha prometido que sería fácil.

Vuestra iglesia ha dado grandes pasos en apertura de espíritu, en parte para responder a este terrible acontecimiento. El espíritu del Vaticano II, y

especialmente las palabras de *Notra Aetate*, nos han dado a todos la gran esperanza de que la catolicidad o universalidad más verdadera de vuestra fe encontraba ahí su plena expresión. Muchos de nosotros, incluso yo mismo, sacamos lecciones y nos hemos inspirado en la capacidad de vuestra iglesia de arrepentirse, de crecer, y de cambiar, permaneciendo fieles a vuestra identidad. Os exhorto con todo mi corazón a proseguir en este camino de crecimiento sin caer en compensaciones para vuestro corazón o vuestra enseñanza. Y puedo asegurarles que yo mismo, junto a mis colegas y estudiantes, rabinos presentes y futuros, luchamos a vuestro lado para que también nuestra tradición incluya a toda la humanidad. Nosotros, personas de fe, nos necesitamos mutuamente para contribuir a la sanación y a la reparación de las personas que en nuestra comunidad, de algún modo, están en extrema necesidad. Sostengámonos y ayudémosnos recíprocamente en esta tarea. No dejemos que el peso de la historia o cuestiones antiguas sobre el acceso exclusivo al Reino de Dios, nos dividan. El reino de Dios acoge a todos los seres humanos, y nos incluye a todos, con nuestras diferencias.

“LA RAMA DE ALMENDRO Y LA OLLA  
HIRVIENDO” (JR 1,11-15)  
¿CUÁL FUTURO PARA NUESTRA HERENCIA  
MÍSTICO-PROFÉTICA?

P. Bruno Secondin, Ocarm.

*El P. Bruno Secondin (1940) es italiano, carmelita. Estudió en Roma, en Alemania y en Jerusalén. Es doctor en Teología y maestro de Teología Espiritual en la Pontificia Universidad Gregoriana, en Roma. Es miembro de diversas asociaciones teológicas italianas e internacionales. Como experto, colaboró en la redacción del Documento de trabajo para el Congreso 2004. Continuamente da conferencias y escribe artículos sobre diversos temas de espiritualidad, ministerio pastoral y vida consagrada. Ha escrito unos 30 libros que han sido traducidos a muchas lenguas. En los últimos años se ha dedicado a la “lectio divina” con el pueblo, inventando nuevos métodos, más inculturados, de esta antigua tradición.*

*Original en italiano*

**M**ística y profecía pertenecen al código genético de nuestra identidad eclesial y de nuestra misión por el Reino de Dios; todos los conferenciantes han repetido esto, y a ellos me uno. El verdadero profeta surge y permanece auténtico a través de una especial experiencia mística de Dios que lo marca y lo envía, lo sostiene y lo consuela en las crisis. Una mística auténtica, como encuentro con el Dios vivo y amante de la vida, sólo puede alimentar –y expresarse en- una acción profética audaz y liberadora.

De la misma manera, nuestras familias religiosas nacieron de una intuición mística que ha nutrido y provocado una respuesta evangélica en una situación histórica, y han sido guiadas siempre por una pasión que actúa por el bien de los hombres y mujeres atribulados y humillados. Esta intuición y esta pasión se han alimentado en el *diálogo*, frente a frente, con el Dios de la vida y de la esperanza, y en la *familiaridad* con los contemporáneos.

### **PRIMERA PARTE: Vista de conjunto**

En la conclusión de la IX Asamblea de los Obispos dedicada a la vida consagrada, los padres sinodales escribieron: “La vida consagrada ha sido,

a través de la historia de la Iglesia, una presencia viva de la acción del Espíritu Santo, como espacio privilegiado de amor absoluto a Dios y al prójimo, testimonio del proyecto divino de hacer de toda la humanidad, al interior de la civilización del amor, la gran familia de los hijos de Dios” (*Mensaje final*, 27 de octubre de 1994).

En la exhortación post-sinodal *Vita Consecrata*, Juan Pablo II reconoció: “Los Padres sinodales han destacado el carácter profético de la vida consagrada, como una forma de especial participación en la función profética de Cristo, comunicada por el Espíritu Santo a todo el Pueblo de Dios. Es un profetismo inherente a la vida consagrada en cuanto tal, por el radical seguimiento de Jesús y la consiguiente entrega a la misión que la caracteriza” (VC 84)<sup>1</sup>.

### **1. Verificación fácil, pero prudente**

Si analizamos el nacimiento y los renacimientos periódicos de la vida consagrada o tratamos, en el interior de cada una de nuestras familias religiosas, de comprender el proyecto espiritual, eclesial e histórico de los fundadores y fundadoras, siempre encontramos estos dos elementos<sup>2</sup>. ¿De dónde vienen la creatividad, la inventiva, la audacia de iniciativas y diaconías de nuestras familias, la fidelidad hasta el martirio, si no es de la *mística* más inexpressable y de la *profecía* más incandescente?

Hemos hablado de *mística* y de *profecía* no para elevarnos más allá de nuestros reales problemas, o para navegar en los mundos virtuales de los principios esenciales y de los horizontes sin límites, sino al contrario, para volver a encontrar en estas dos dinámicas la justa hermenéutica que hace del carisma heredado un verdadero impulso trans-generacional. Ésta será la premisa y la fuente de una nueva historia que hay que inventar y vivir.

Queremos comprender la manera de continuar en una *sequela Christi* auténtica y por la causa del Reino, confiando en el impulso del Espíritu Santo, que suscita y guía nuestros carismas. Jesús aseguró que el rol del Espíritu Santo consiste en ser hermeneuta de la memoria y guía “hacia la verdad completa” (Cfr. Jn 16,13).

Debemos abrirnos una puerta hacia el futuro, en compañía de esta humanidad; como una vez se abrieron *claros* en la foresta, para fundar en ella una nueva *civitas*. Existen semillas del futuro que todavía pueden germinar; en nuestras viejas raíces, hay una creatividad que nos pertenece y que ha sido encontrada de nuevo y ejercitada con un nuevo arte carismático y profético (VC 37). Hay urgencias y *chances* que nos interpelan y nos desafían dentro de la historia actual y sus angustias. Hay utopías y esperanzas que debemos rescatar y evangelizar, gracias a la sabiduría orientadora y terapéutica de nuestros carismas (VC 103).



Fecundidad y creatividad no pueden ser inventadas por teoremas sociológicos o por el descontento religioso, sino que provienen de los altos planes de los proyectos de Dios, que quiere redimir y fecundar, también, esta fase de nuestra época histórica, transformándola. Dios trabaja en nuestro presente para conducirlo más allá de toda parálisis y fatalismo, hacia una fraternidad universal. Estamos llamados a ser los intérpretes y servidores, habitados por la utopía de Dios.

## ***2. Aprendiendo de la experiencia del profeta Jeremías***

Jeremías fue un profeta en tiempos difíciles, cuando se avecinaba una gran catástrofe que afectaría el destino del pueblo. Su lenguaje está lleno de participación, de ardor, de fuerza, de imágenes y símbolos. Su persona misma, su sufrimiento, sus crisis frecuentes son parte viva de su profecía<sup>3</sup>.

Los dos símbolos de la *rama de almendro* y de la *olla hirviendo*, se encuentran en la apertura de sus oráculos: son la memoria de su vocación (ocurrida alrededor del año 627 a.C.). Esta página fue escrita hacia el año 604 antes de Cristo, o sea entre unos cuarenta y veinte años de la experiencia originaria. Durante veintitrés años esa experiencia permaneció sin ser formulada, pero ciertamente viva y fuente de ánimo. Ahora sale a la luz, frente al gesto sacrílego del rey Yoyakim que con total desprecio había tallado y quemado el rollo que contenía todas las cosas dichas por el Señor, y que Jeremías había anotado, con la ayuda de Baruc, el escriba (Jr 36,1-32).

El que escribe no es "un joven lleno de entusiasmo por el encuentro con la Palabra, lleno de ilusiones por la misión que debía desempeñar, sino un hombre decepcionado, que ha experimentado muchos fracasos y sin embargo ha sido fiel a la vocación inicial"<sup>4</sup>. El recuerdo de la gracia inicial – podríamos decir del carisma profético de origen- sirve para darle fuerza, para reconocer que no obstante todo, sólo ha obedecido a Dios. Jeremías se agarra fuertemente a ese momento "originante" para permanecer fiel, para superar el shock de aquella profanación.

No debemos olvidar todo el primer capítulo de Jeremías. La primera parte (vv. 4-10) es la parte fundamental de la vocación constitutiva; hay un diálogo entre Dios que ha hecho su opción y el joven Jeremías que proclama su incompetencia. Es la conciencia de una opción impuesta que proviene de la voluntad de Dios, libre y absoluta: "yo estoy contigo" (vv. 8.19); "pongo mis palabras en tu boca" (v-9). El profeta poseerá sólo la palabra en estado "incandescente", y deberá tomarla con las manos descubiertas. Ella será fuego y terror, pero también poesía e intuición, canto y llanto, más fuertes que todos.

Siguen después cuatro imágenes. Detengámonos en las dos primeras.

No son imágenes sugeridas por Dios, sino visiones de Jeremías que lo interpelan y deben ser explicadas. Dios mismo ofrece la explicación.

**a. La rama de almendro:** no se trata de un árbol, sino de una rama (*maqqēl*) que florece. Una imagen agrícola, una productividad vital que Dios garantiza, y que anuncia la llegada de la nueva estación. El almendro es el primero en florecer cuando llega la primavera. El término *almendro* (*šāqēd*) suena similar al término *vigilante / guardián* (*šōqēd*), y por eso se presta a un juego de palabras que Dios mismo adopta explicando la imagen vista. “Pues así soy yo, atento a mi palabra para cumplirla” (v.12).

Será como el florecimiento precoz del almendro: la Palabra de Dios señala con anticipación la acción de Dios, y el profeta es el anunciador, pues es el centinela. Jeremías anunciará una primavera de desgracia, de condena y destrucción, por la infidelidad del pueblo. Pero no con el gusto de ver que todo va a la ruina, de asistir impotente a la destrucción de la esperanza. Dios “vigila” sobre la “realización” de su Palabra; no se puede tomar a Dios en juego.

El profeta debe ser custodio de esta *vigilancia* de Dios, de esta presencia exigente, de esta purificación que será medicinal y no una venganza. En esta situación Jeremías se hace también profeta de *intercesión*: se pondrá en medio, confesando la propia desilusión y fatiga, pero también la confianza en Dios. En medio de situaciones trágicas, la voz interpelante de Jeremías y sus “confesiones” darán testimonio de que todavía hay esperanza, de que todavía hay rocío fecundo sobre la tierra.

**b. La olla hirviendo:** representa una escena casera. De una caldera que se derrama sale un líquido hirviendo. Es la “propagación de un desastre” (v. 14) que iniciará de la cuesta del Norte –he aquí el sentido de la olla “inclinada hacia el septentrión”- y que arrastrará todo. No es Dios el que hace desastres, y no son tampoco los pueblos los verdaderos devastadores, sino que es el pueblo mismo, guiado por jefes ineptos, el que lleva al desastre, con su idolatría perversa. Perderá para siempre su identidad y su autonomía, porque ha olvidado sus raíces y su alianza con Dios, buscando otros patrones a quienes someterse.

Aunque aparentemente todo es catástrofe, la estación de la esperanza germina junto a la del desastre y germina desde dentro, gracias a la “vigilancia” de Dios, gracias a la resistencia tenaz del profeta. Junto a Dios, el profeta es “vigilante” de la verdad de la Palabra, y también testigo de la dificultad del pueblo para creer en un futuro mejor y para actuar por un futuro mejor. El profeta debe saber discernir las huellas de Dios y de su Palabra fecunda y eficaz en la situación compleja, caótica, global, señalando senderos nuevos. Pero tiene un carácter tímido, con frecuencia cae en depresión, y más que

protegido, se siente violentado por Dios mismo (Cfr. Jr 20,7).

### **3. Aplicando a nuestra herencia**

Hemos dicho que esta página ha sido escrita en el contexto de una crisis profunda del profeta Jeremías. Vuelve a pensar en su vocación, la elección ha sido de Dios, sólo de Dios; es consagración y misión, ternura y fuego juntos, ilusión y violencia. Cuando las ilusiones se desvanecen, es fácil aplicar esta prospectiva a nuestra situación.

También nosotros, como Jeremías, podemos multiplicar las "confesiones" desesperadas, cargadas de amargura y de rebeliones impotentes. O podemos –justo como Jeremías resistente- volver a pensar en las raíces de nuestra aventura, la experiencia fundante que dio inicio a todo. No hemos inventado el carisma, no hemos inventado la misión de edificar y de erradicar, de destruir y plantar, de gritar e interceder.

El Señor ha dado y consagrado en el origen - primero en los padres y madres fundadores, y después en cada uno de nosotros- esta identidad, esta misión, esta aventura riesgosa. Nos ha pedido poner todo en juego, su Palabra y su presencia, su fidelidad inquebrantable y nuestra fragilidad, la olla hirviendo de la maldad planetaria y los signos frágiles de su presencia invisible y fiable. Si bien una parte de los Institutos religiosos conocen la dificultad de la supervivencia, o la fragilidad de una primavera aún no estable, no podemos perder la esperanza.

Ciertamente hemos vivido también de ilusiones: hemos imaginado que nuestros templos sagrados, nuestras alianzas estratégicas, nuestros graneros llenos, nuestras estadísticas en progreso eran bendiciones de Dios, premio adquirido y consolador. Y no era así, hoy lo vemos bien. También la sociedad postmoderna ha engullido el patrimonio de los valores heredados y vive danzando, irresponsablemente, al borde del abismo ecológico, financiero, cultural, antropológico<sup>5</sup>. No nos precipitemos juntos en el hoyo negro del catastrofismo; reencontremos las razones de una esperanza teologal que nos pertenece y nos inspira todavía.

Debemos redescubrir la incandescencia de la experiencia fundante: cuando éramos frágiles como una rama de almendro florecida, y también audaces como una olla en ebullición. Sólo así podremos llegar a ser de nuevo interlocutores sabios y reflexivos, audaces y no paralizados, confiados en Dios de manera nueva y mística. Pero también exploradores de senderos apenas vislumbrados y súbitamente interrumpidos, intercesores solidarios y protagonistas críticos. Abramos nuevos senderos de diaconía y confianza en una Iglesia que parece tener miedo de la profecía y que le falta valor para atravesar las noches oscuras de una postmodernidad de las pasiones tristes<sup>6</sup>.

Demos nuevo lenguaje y nueva forma a nuestra función simbólica, crítica, transformadora en la iglesia y en la sociedad<sup>7</sup>.

No reduzcamos la identidad a un fetiche, a un santuario milagroso. La crisis actual se asemeja a la olla hirviendo que todo arruina. Empeñémonos en ser como la rama de almendro que florece y anuncia nuevas estaciones. Debemos habitar los horizontes, amar los horizontes, recorrer nuevos horizontes, y no vivir replegados en nosotros mismos<sup>8</sup>.

## SEGUNDA PARTE: Recoger las perlas preciosas

Las conferencias que han ritmado nuestros días hasta el presente, nos han mostrado el calor blanco de la mística unitiva e iluminativa, que nos lleva sobre los senderos altos y misteriosos del Dios vivo – del *Ser*, como nos ha especificado el Rabino Arthur Green -, y nos acerca a Él con empatía y estupor.

También en estos días se ha hablado del fuego devorador de la *profecía*, un fuego que irrumpe y atropella todo, mueve todo, justo como una fuerza inquieta y liberadora de la Palabra. Las conferencias de la Hna. Judette Gallares y de la Hna. Liliane Sweko han sido justamente ese fuego que hace estallar el corazón (Jr 4,19; 20,9). La *apertura* del P. Ciro García ofreció la clarificación serena y sabia de conceptos guía y de posibles aplicaciones.

### 1. Los senderos de la empatía y un corazón que escucha

Con un argumento típico de la tradición rabínica más genuina –reavivada por la tradición hasídica, revisitada con una experiencia abierta a nuevas “chispas de santidad”- el Rabino Arthur Green nos introdujo en un misterioso “jardín interior”. La propuesta de traducción del célebre tetragrama (YHWH) como “Ser” nos ha acercado al misterio inefable del Único, el Santo, de quien todos somos imagen que hay que reconocer y cuidar con empatía, inclusión y vigilancia.

La mística no es objeto de asalto o de escalada vertiginosa, sino que es, sobre todo, don y encuentro para reconocer y amar, incluso a través de pasajes de lucha y de terror. Es bello el descubrimiento del monoteísmo por parte de Abraham –en la exclamación “¡Ah!”- después de hacer añicos los ídolos de su padre Terá. “La trascendencia reside en el interior de la inmanencia... La trascendencia significa que Dios *está aquí*”. Estamos cerca de la gran mística cristiana, de la tradición sobre la presencia de la inmensidad de Dios. Ésta es la mística.

Con su comentario, intenso y desafiante, en torno al icono de Lidia de Tiatira (Hch 16,11-15, la Hna. Judette Gallares nos expone al riesgo y a la

sorpresa de una Palabra, con las resonancias misteriosas y capaces que pueden acompañar el proceso de conversión, según el paradigma propuesto por Lonergan. Y con ello ha dado al tema de la conversión una nueva dinámica exploradora, liberadora y moderna que nos acerca al proceso vertiginoso de la aventura mística, y nos muestra la fuente incandescente de la cual nace la profecía. El proceso de conversión hace descubrir los dinamismos de una verdadera conversión, que conoce momentos de oscuridad, pasajes de despertar, explosiones de entusiasmo que sacuden todo, compartir tranquilo y caluroso de las nuevas convicciones. Pero finalmente termina con el movimiento de integración, transformador y solidario, con el ambiente.

Sabemos que después Pablo tuvo una particular predilección por la comunidad doméstica de Filipo; conservando una memoria llena de premura y dedicación, interesándose en su desarrollo, justo en la carta a esa iglesia, Pablo escribe el himno cristológico (Fil 2,5-11) que es una joya. La sencillez de aquellos inicios y la fragilidad de la situación, es releída por el apóstol a la luz del icono del Hijo de Dios hecho siervo, anonadado hasta la muerte, pero victorioso y soberano del cosmos.

## 2. Como chispas de profecía

El rol de la Hna. Liliane Sweko, lo compararé con el de una zahorí de chispas perdidas –por citar una leyenda hebraica sobre lo incompleto de la creación. Ella hurgó en las entrañas de nuestra historia presente para encontrar y señalar las chispas de profecía que se propagan entre el rastrojo (Cfr, Sb 3,7) de nuestros miedos, y lo incendian. Ha citado nombres de hombres y mujeres que nos son familiares –de Monseñor Romero a Teresa de Calcuta, de Ety Hillesum a Dorothy Stang, de Madeleine Delbrêl al obispo Munzihirwa, al centenar de hermanas africanas asesinadas – y de estas figuras ha extraído múltiples chispas, siempre únicas y originales, que deben permanecer vivas y capaces de suscitar todavía, entre nosotros, un grupo de “ministros como llamas de fuego” (Hb 1,7).

Su memoria debe permanecer como la *rama florecida* del almendro, o sea como una señal frágil pero eficaz, que ilumina las noches más sombrías de la historia. Pueden asemejarse a esa *olla hirviendo* del profeta, como profecía que no se consume, como torrente impetuoso de caridad y generosidad que revela cuánto es capaz de hacer una vida entregada y expuesta al riesgo por seguir a Cristo (Cfr. VC 86).

A las tres grandes categorías proféticas de la denuncia, del anuncio y de la renuncia, la Hna. Liliane ha agregado la función inspiradora de la fraternidad y ha hecho un llamado a una nueva formación permanente que capacite para discernir y liberarse, con competencia, gracias a una estrategia adecuada. Es

decir que se necesita siempre una estrategia inteligente para acompañar la profecía generosa.

### **3. Una sabiduría orientadora**

La densa y precisa conferencia del P. Ciro García que abrió nuestras reflexiones, puede ser retomada ahora para ampliar el trabajo y servirnos como inspiración y crisol. Él ha anticipado las orientaciones aclaratorias que era oportuno seguir, y ha puesto las premisas útiles para recoger y consolidar, juntos, los horizontes que se han abierto. Nos ha advertido que se necesita colocar nuestro discurso sobre la mística y la profecía en el contexto de un despertar evidente, a veces salvaje y confuso, de tipo cultural y religioso, que alimenta un mercado de nostalgia y de evasiones consoladoras, dentro de las cuales puede haber anhelos legítimos.

Con muchas referencias a sectores vitales, el padre Ciro nos ha hecho comprender que nos toca hacernos interlocutores sabios y pacientes de esperanzas y desafíos; sólo la presencia consciente, crítica y transformadora indicará nuevos recorridos. Debemos ser místicos y profetas, con corazones nuevos y apasionados, con ojos penetrantes que intuyan de qué parte surgirá el sol, mientras todos están tristes porque se apaga la luz de la tarde. Nosotros tenemos en la memoria heredada una tasa alta de mística y de profecía; ahora nos toca saber volver a poner en juego esta herencia. ¡Es el tiempo de los herederos!

La escuela de la profecía está en la escucha obediente y asidua de la Palabra; de ahí germinará el encuentro con el corazón de Dios que llama a sí y aprieta en un abrazo de unión transformante, o sea el ardor de una profecía se hace instrumento de consolación y liberación. Debemos abrir pozos nuevos que apaguen la nueva sed de valores límpidos y generosos, debemos abrir nuevos solares para “reparar brechas” (Is 58,12) de casas en ruinas, para rehabilitar juntos, como expertos abiertos a la hospitalidad y a la comunión. Debemos volver a dar esplendor a la lógica de la gratuidad y de la entrega, redescubrir el valor de los recursos pobres y de los pequeños signos: “La «ciudad del hombre» no se promueve sólo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión” (Benedicto XVI, *Caritas in Veritate*, 6).

### **TERCERA PARTE: Profetas, poetas, pragmáticos**

¿Qué se debe hacer entonces? ¿Cómo permanecer semejantes a la rama de almendro que florece y anuncia una nueva estación, y cómo conservar la incandescencia, la impetuosidad y la creatividad de los orígenes? Busquemos una señal que nos ayude a habitar los horizontes abiertos y que permita y

favorezca a nuestros carismas un recorrido y un impacto directo y eficaz, crítico y transformador al mismo tiempo.

Profecía es una palabra líquida, versátil, polisémica. También la palabra mística es evasiva, impalpable, atípica, inexpresable y, hoy también, prestigiosa. Ninguna de las dos nació en estado puro; nacieron revestidas de harapos y significados, según el lugar y la cultura. Y por lo tanto en nuestro uso debemos poner atención para que no sean usadas como inocentes y desnudos instrumentos; se necesita poner atención a los itinerarios semánticos que las han revestido<sup>9</sup>. El P. Ciro los ha tocado, y también el Rabino Arthur nos ha señalado estos filamentos. La Hna. Judette, desde el inicio, nos ha invitado, con una cita de M. Buber, a reconocer que la experiencia religiosa de Dios es verdadera cuando implica un mensaje de transformación, una audacia profética generada al interno del encuentro misterioso con Dios. La Hna. Liliane ha ejemplificado la pluralidad de experiencias originales y significativas, en contextos eclesiales y sociales diferentes.

No debemos hablar de nuestro tema partiendo de muy lejos. No obstante dificultades y pesadillas, "la lámpara de Dios no está aún apagada" (1S 3,3). Quizás bajo ciertos aspectos no queda mucho aceite, quizás hay poco vigor (Cfr. Ap 3,2), en particular en algunos institutos del Hemisferio Norte, que ciertamente conocen reducciones numéricas y debilitamiento de fuerzas. Pero la historia y la memoria tienen todavía un vigor escondido, abrasador, como las brasas bajo las cenizas<sup>10</sup>. Y Dios conoce este fuego secreto: "Porque no es injusto Dios para olvidarse de vuestra labor y del amor que habéis mostrado hacia su nombre, con los servicios que habéis prestado y prestáis a los santos" (Hb 6,10). Y hablamos para que "cada uno de vosotros manifieste hasta el fin la misma diligencia para la plena realización de la esperanza, de forma que no os hagáis indolentes, sino más bien imitadores de aquellos que, mediante la fe y la perseverancia, heredan las promesas" (Hb 6,12).

### ***1. A partir del Espíritu de profecía***

Todos somos herederos y usuarios activos de una *experiencia fundante* que llamamos *carisma*; cada carisma tiene en su fase original tanto la peculiaridad de la mística como de la profecía. El *carisma de la vida consagrada* tiene como protagonista generador y guía al Espíritu Santo; él ha hecho posible en nosotros el encuentro vital con la salvación realizada por Jesucristo. Para retomar la analogía con el episodio de Lidia (Hch 16,11-17), el Señor (que en este caso es el Espíritu) nos ha marcado y diseñado a través de una aventura evangélica recibida como un don gratuito de complacencia, y vivida como misión /compromiso que consagra y transfigura los valores y las metas, orientando la vida de manera clara y determinada.



Hablar de profecía, es hablar sobre todo de la especialidad del Espíritu, que “ha hablado por medio de los profetas”, como decimos en el *Credo*. Y continúa hablando por medio de los profetas. Y este “hablar” –como las vocaciones proféticas nos enseñan- aconteció al inicio por medio de una experiencia fuerte, mística, irresistible, que no ha dejado ninguna posibilidad a fugas o deshechos. “Me has seducido Yahvéh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido” (Jr 20,7). Y desde aquél día en el corazón del fundador o fundadora “era como un fuego ardiente”(Jr 20,9) que pulverizaba los huesos y la vida. Y esta experiencia nos ha sido transmitida para conocerla y cuidarla, para vivirla y desarrollarla en sintonía con el Cuerpo de Cristo en perenne crecimiento (*Mutuae Relationes* 11).

El carisma es justo un don de *profecía*, que nace de la conciencia de ser llamados a asumir el don de la salvación, y contribuir a su impacto histórico, como compromiso y desafío, y no como un depósito cerrado. No hay experiencia de unión y fusión con el Dios vivo si no es por medio y gracia del Espíritu que abre la puerta de la fe y del amor. De la misma manera, no hay profecía si no es en el horizonte del Espíritu. Él conoce el “proyecto del Padre” (Rm 8,27) e interviene para que seamos conscientes y responsables. Lo interpreta “llamándonos” a una opción responsable, para que nos comprometamos y nos dejemos conducir hacia su plena *realización*.

El carisma no debe arrastrarse como una carga fatigosa, ni debe ser interpretado con tristeza. Ha sido dado y transmitido con un ardor que ha quemado obstáculos y resistencias; no se puede transmitir de mano en mano, en la rutina de una fe estéril y fingida, en una caridad de apariencia, en un sentido eclesial mezquino y vago. El carisma será fecundo sólo si poseemos “un corazón pensante” (Etty Hillesum) y enamorado, y si volvemos a traer el carisma a la motivación generadora, por la cual nos ha sido dado. Sin *relectura* y sin *refundación* creativa, los carismas se vuelven estériles; su fecundidad se mide con la multiplicación de las interpretaciones innovadoras, y no con una rígida literalidad. Ésta es la experiencia que se encuentra –y genera maravilla y sorpresa- cuando nuestro carisma se comunica a jóvenes de culturas diversas de la occidental; encuentra significados, sabores y potencialidades que a nosotros nos parecían inexistentes; ellos/as se ofrecen a vivirlo y a renovarlo como protagonistas. Esta sorpresa la tenemos muchas veces en el diálogo con los jóvenes de África, de América Latina, de Asia; no son sólo jóvenes en edad, sino que tienen un acercamiento nuevo y regenerador de los carismas que habíamos catalogado en esquemas y formas sacralizadas.

## **2. En Cristo y con Cristo nuestra herencia mística y profética**

“Para permanecer fieles a Cristo y al Reino de Dios que viene, la Iglesia,

que a menudo se adapta a la mundanidad, necesita comunidades que sigan radicalmente a Jesús y muestren la libertad de Cristo"<sup>11</sup>. En este cristocentrismo radical tiene sentido y fecundidad tanto la pasión por Dios como la pasión por la historia humana. El Espíritu trabaja en nosotros –con todos los medios que conocemos- para una adhesión plena, en conformidad a los “sentimientos de amor y de compasión” que tuvo Cristo Jesús (Flp 2,1.5). La actividad del Espíritu no tiene otro fin y otro modelo que el de “formar a Cristo en nosotros” (Ga 4,19). “La vida consagrada es memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos” (VC 22).

“*Caminar desde Cristo*” fue la propuesta sintética y eficaz de Juan Pablo II al concluir el gran Jubileo, para contemplar su rostro de Hijo de Dios, el rostro del Sufriente, el rostro del Resucitado. Y también para seguirlo en la vida de santidad y de servicio, de dedicación al Reino y de solidaridad con los pobres y los pequeños<sup>12</sup>. Volvernos a centrar en Cristo debe ser un desafío siempre abierto para nosotros, si queremos acercarnos a los umbrales de la mística y de la santidad, y trazar senderos de profecía. “No hay duda de que este primado de la santidad y de la oración no se concibe sino a partir de una escucha renovada de la Palabra de Dios (NMI 39).

Carisma, profecía y mística pasan por esta puerta; el carisma no es sólo una palabra evangélica “abreviada”, sino que abraza toda la riqueza de la revelación y, por así decir, al *focalizarla* la dinamiza, orientando totalmente el espectro de la existencia humana y cristiana hacia un “estilo” que hable e incida, como dice el teólogo Christoph Theobald. El tema de la concordancia entre contenido y forma en la cultura actual ha generado otro *modus vivendi*, que es una verdadera mezcla de experiencias fragmentadas, como observa el sociólogo Z. Bauman; proyectos a corto término y episodios yuxtapuestos que no consienten orientaciones *verticales*, (o sea estables), sino sólo *laterales*, o sea fugas y diversiones (*divertissement*, a la Pascal), movimientos estratégicos para evadirse, y aceleraciones de pánico para no permanecer atrapados<sup>13</sup>.

En nuestra *sequela Christi* debemos introducir de manera coherente y viable las nuevas cristologías; ellas ofrecen numerosos impulsos a nuestro carisma, para regenerarlo y enriquecerlo en la práctica. La cristología que se refleja en la teología de la vida religiosa aparece, a veces, lejana de los progresos actuales, de la relectura “pneumatológica” de la identidad y de la misión de Cristo, de la *contextualización* en la experiencia de las víctimas de la violencia y de la nueva conciencia femenina, del diálogo leal con las grandes tradiciones religiosas de África y de Asia. Vivimos en una época de reflexiones teológicas originales sobre Cristo, y de prácticas innovadoras; podemos compararla con el gran período de los Padres de la Iglesia (siglos

IV-V). Una *sequela Christi* en categorías y símbolos africanos, asiáticos, latinoamericanos, sería más eficaz y significativa. En todos estos contextos las experiencias eclesiales y los trabajos de los teólogos han abierto a nuevos modelos y nuevas mistagogias. Con frecuencia se trata de experiencias guiadas y tematizadas por religiosos y religiosas; y con frecuencia, atrás de ellos, hay una capacidad profética que proviene de una verdadera historia mística, que no le falta la prueba del martirio. Justo este carácter místico-profético-martirial es el que hace que esta vida sea digna de ser acogida e integrada. Lutero exhortaba: “*Non legendo vel studendo, sed patendo immo et moriendo fit theologus*”.

No se trata de alguna cosa que debe permanecer relegada a tal continente o a tal contexto cultural; puede y debe ser ofrecida (y asumida también) en otros continentes y contextos. Puede ser introducida en el lenguaje universal, en las grandes síntesis teológicas, en la forma práctica de vivir y de testimoniar, de formar y gobernar, de orar y discernir. ¿Por que debería prevalecer sólo el lenguaje y el esquema mental y cultural de la tradición europea? Pienso que lograríamos entrelazar estas nuevas riquezas, si trabajáramos más en la convivialidad de las diferencias; por medio de un intercambio de dones, volveríamos a encontrar un rol eclesial nuevo y original, constructivo e inspirador. En el fondo, todo es fruto del Espíritu y “¿quién soy yo para poner obstáculos a Dios?” (Hch 11,17).

### **3. En camino con el pueblo**

Hoy somos mucho más conscientes de la dimensión eclesial de nuestra consagración; en el pasado se ponía más énfasis en el esfuerzo religioso individual y aislado. La Iglesia era como una especie de escenario externo, o depósito de cosas útiles y santas. Antes, el pueblo no era, sobre todo, el protagonista del proyecto de Dios, en camino con toda la humanidad hacia horizontes de justicia y libertad, de fraternidad y de redención plena. La teología nos ha ayudado a darnos cuenta, con más lucidez que en el pasado, que no sólo la Iglesia, sino también Jesucristo mismo está al servicio del Reino, y comprometido a darle forma. En sus parábolas él señalaba la exigencia y la urgencia de la venida del Reino, y no *realizaciones* ya fijadas.

Asumir la conciencia de una Iglesia “*relativa*” y que tiende hacia el Reino, con Cristo primicia y servidor del Reino, implica también hacer converger, en este umbral, todos los aspectos tratados anteriormente, comenzando por la función profética, que no es monopolio o exclusividad nuestra, sino que es una cualidad intrínseca de Cristo, comunicada a todo el pueblo de Dios, mediante el Espíritu (cf. Jl 3,1-5 e At 2,17-18). La vida consagrada tiene un modo peculiar de vivir este compromiso común, gracias a la consagración especial y a la profesión según los consejos evangélicos. Se

trata de una "tensión global" (VC 16), que no se eleva simplemente en vertical, sino que es la levadura que fermenta, es la memoria inquieta y subversiva que agita el subsuelo de la humanidad, es un recurso típico para habitar entre la gente, que puede poner en crisis cualquier otra expectativa y proyectualidad.

Nuestra vida debe ser creíble y fiable, no sólo por la honestidad con que vivimos en coherencia con los compromisos asumidos públicamente, sino también por la capacidad de ser intérpretes del deseo de salvación y de felicidad, especialmente de quienes han sufrido violencia e injusticias, y también de quienes las han producido. Aquí, es oportuno evocar el corazón del profetismo, el *rîb* profético. Se trata de un "procedimiento jurídico" particular, bíblico, de tipo bilateral<sup>14</sup>, en el cual el que ha sufrido una injusticia y ha sido víctima de un delito, se dirige directamente al culpable, acusándolo del mal realizado. Pero esta acusación no tiene la intención de castigar o de humillar, sino de que el culpable se enmiende, tome conciencia y experimente que "hacer el mal" "hace daño", y por lo tanto se encamine hacia el bien y se deje conducir a la amistad.

Aplicada a la historia de la salvación, vemos que justo ésta es la actitud de Dios ante nuestras culpas: nos acusa y nos reprocha, para restablecer la alianza y la fidelidad. Al servicio del *rîb* divino, el profeta pone en obra diversos lenguajes y estilos de llamado y denuncia, para llegar a la conciencia del pueblo y derribar las barreras y los pretextos defensivos. En nuestra sociedad polémica y atemorizada, fanática y asustada, justiciadora y vengativa, la profecía de los religiosos podría estar justamente al servicio del *rîb* divino, no como amenazante denuncia, incluso hasta de sí misma, sino como "interpelación", terapia y sanación, *inter-cesión* que despierta la conciencia. Y se ejercita con la no-violencia, con la opción de gestos de misericordia y de gratuidad, de justicia entrelazada con la solidaridad, la compasión, la empatía<sup>15</sup>.

Los ejemplos de profecía que han sido mencionados en las conferencias tienen justamente esta característica "empática", y podrían multiplicarse agregando, también, los de tantos místicos y místicas del diálogo y de la hospitalidad, de la no violencia y de la reconciliación, del cuidado de la creación y del rescate de las culturas oprimidas, de las "comunidades insertas".

Ciertamente el Hemisferio Norte no está privado de la existencia de profetas y de místicos, aunque a veces su testimonio pareciera que es el único que existe. La penuria de vocaciones y el envejecimiento preocupante de los miembros está provocando, en algunos lugares, prácticas de supervivencia que dejan perplejos: el implante un poco improvisado de vocaciones

pertenecientes a otras culturas, y la sensibilidad que no está exenta de problemas e incertezas. ¿Por qué no creer también en la dimensión profética del *ars carismática moriendi*? No se trata de morir en santa paz, sin molestar, sino de morir esparciendo chispas por todos lados, “sin que desmayen tus manos” (Cfr. So 3,16). Chispas de sabiduría dulce y suave como las que distribuyen todas las personas ancianas; fe transparente que reconoce que sólo Dios es el valor y la esencia de una vida; testimonio humilde hecho de obras y días que sólo por Dios han tomado forma, y en el regazo de Dios se depositan. Agradecimiento por haber sido hechos dignos de amarlo y servirlo junto a tantas personas generosas y desbordantes de caridad.

Sería bello que en lugar de aventurarse en nuevas aperturas pseudo-misioneras con el fin de “importar” vocaciones para sostener las obras y estilos de vida que quizás no son un icono justo del “Reino de Dios”, se logrará dar testimonio de una serenidad que cohabita con la neurosis de perpetuarse. Transmitir la sensación de que todavía la vida tiene sentido, que el balance sobre ella no obstruye la fuente de la fidelidad a Dios y el abandono a Él, después de haber vivido y luchado por Él... ¿No sería el mensaje profético y la profesión de fe en Dios, lo único que vale? Lograríamos realmente sentir la verdad de este canto: “*Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche*”. Y cantarlo no obstante todo, en una sociedad que tiene el mito de la juventud, de la eficacia, del vigor a cualquier costo, quizás con el viagra y la insistencia terapéutica. También esto sería mensaje profético y esperanza que abre otros horizontes<sup>16</sup>.

#### **4. La mística de lo cotidiano**

Parecería que en nuestra época religiosa ya no hay grandes místicos escritores y que faltan también profetas realizadores de grandes empresas. Más bien encontramos místicos y profetas que en lo cotidiano saben intuir y habitar los *intersticios* que hacen posible lanzar la semilla de una reconciliación y de una liberación transformadora. Hombres, y sobre todo mujeres, que logran permanecer aferrados a lo real, opaco y pobre, infundiendo gérmenes de compasión y de solidaridad, de gratuidad y liberación, con una tenacidad que desafía las resistencias más duras, con una paciente confianza que penetra también en los prejuicios más obstinados, con una gratuidad que desarma y desconcierta cada intención mercantil y que busca la eficacia. Aquí encontramos a muchas mujeres consagradas que quieren ser signo y fermento de ese Reino por el cual somos consagrados por la castidad, la pobreza y la obediencia, *pro salute mundi*.

Sin una vida codo a codo con quienes andan errantes, sin meta y sin raíces, o sin esperanza y con el rostro desfigurado por la violencia y la injusticia, la profecía es ideología, la mística es pacotilla. Esta “cotidianeidad”

es la rica experiencia de siempre en nuestros institutos, pero hoy se hace más insegura, porque lo cotidiano en muchas situaciones es en verdad peligroso, el pan de cada día está mezclado con violencias y humillaciones, los sueños y los derechos de dignidad y libertad son pisoteados con impunidad escandalosa. Creo que para permanecer ahí, para continuar compartiendo miedos y lágrimas, esperando y luchando; se necesita una fuerza interior que no se vende en el mercado, sino que se obtiene en el silencio de la oración y en el apoyo mutuo.

Son estas comunidades expuestas e inciertas sobre su futuro, y no sólo sobre el presente, las que representan un gran florecimiento del almendro; son signos frágiles y gratuitos, indicaciones de una primavera que muchos imploran, pero pocos saben anticipar. Ramas de almendro que "vigilan" y mantienen encendida la esperanza y la expectativa, que proclaman –a veces en medio de una selva de ollas hirviendo, que desparraman la ruina y la devastación sobre pueblos y naciones – que todavía fluye savia de las raíces, que todavía es posible una novedad en donde todo es destrucción. Algunas comparaciones de las grandes obras del pasado, en confrontación con la modernidad eficiente y el presupuesto sustancioso en otras situaciones e iglesias, parecen recursos ínfimos, efímeros, que en cada momento podrían desaparecer. Pero su fuerza está justo ahí: en el enraizamiento local que hace que todos, aún los prepotentes, amen y respeten estas comunidades, hospitalarias y confiadas, libres y audaces. Los ejemplos son fáciles de acumular, y todas vosotras podéis darme algunos.

Suavidad y fuerza, fragilidad y resistencia, sueño y realismo, se mezclan y se alimentan recíprocamente. Y son estas realidades las que dan la verdadera fuerza a nuestros institutos, la savia secreta que hace florecer el carisma y no se deja arrastrar por ídolos falsos. Son los lugares en donde habrá tierra rasa para cultivar el diálogo auténtico y confiado en Dios, y tejer vínculos con los últimos y los flagelados, portando juntos, y a la vez, las tinieblas del Calvario y la certeza de la resurrección. Su vida no tiene resguardos o pretensiones respecto a la vida de los demás, sólo comunión y compartir, sobriedad serena y horizontalidad inmediata. Quizás por la concepción "sacra" de la vida religiosa y la actitud distante de nuestro estilo de vida esto no se da; nos interesa más la forma que la sustancia de los valores, la diferencia más que la semejanza, la desconfianza más que la convivialidad. Creo que Dios hace otros cálculos, como el Evangelio nos lo muestra (Cfr. Mc 12,41-44).

## **Conclusión abierta**

Necesitamos de los demás para tomar distancia de nuestras prisiones y de nuestros estereotipos culturales para reconocer nuestras heridas y también



para poner en juego nuestros recursos. Las mil nuevas formas de inserción en los contextos más diversos nos han ayudado a descubrir nuevos rostros, y también a ampliar el carisma a nuevos horizontes. No se puede mantener esta novedad si no se busca siempre el rostro del Señor, en un diálogo frente a frente. Pero cada mística se vuelve evasión peligrosa si no se abre a la profecía, a la solidaridad y a la gratuidad.

Termino con una última provocación. Nuestra capacidad profética ¿no sufre, a veces, de un déficit, cuando se trata de dar una respuesta profética a situaciones difíciles? ¿Cómo es posible que no logremos ser testigos convincentes de una fidelidad mística, de una existencia transfigurada o afectivamente sana y empática?

En los últimos meses, el escándalo de la pedofilia de los sacerdotes ha perturbado a la Iglesia y a su testimonio; la reacción eclesial se ha basado en referencias a leyes y lamentaciones públicas. Nuestra consagración a través de la virginidad y de la castidad deberían ayudar a mostrar la raíz mística de una fidelidad gozosa y límpida, ayudar a acoger a las víctimas de una manera más empática y sanadora. Los sufrimientos y los malestares causados por la Visita Apostólica a la vida religiosa femenina en Estados Unidos, o en otras situaciones difíciles y complejas, no deberían privarnos de la *parresia* profética, en nombre de una experiencia madura, de una fe que libera energía y diaconía nuevas. Es más fácil hacer escuchar nuestra voz profética en los desastres naturales que en las problemáticas eclesiales y civiles. Haití y Chile, Darfur y la Región de los Grandes Lagos, Israel y Paquistán, y tantos otros lugares, han sido areópagos de inventiva y solidaridad, que hemos ejercido con plena autonomía y creatividad.

Estas crisis diversas son un *Kairòs* de purificación, pero pueden también ser ocasiones para expresar la creatividad y el ingenio femeninos. Falta, a veces, una lectura empática, compasiva, sostenida por la *parresia* de palabras y obras, que es fruto de una transfiguración que acontece por gracia. La mujer consagrada tiene esta gracia especial que debe cultivar en la intimidad, pero también ofrecer proféticamente, a ritmo de mujer, justo en los momentos menos límpidos y en las tragedias humanas más graves.

Y si la mujer, y en particular la consagrada, sabe participar como protagonista no sólo en la catarsis colectiva causada por los errores y los escándalos, sino también en los desafíos de una nueva lógica del servicio y de la gratuidad, podremos volver a cantar el Cantar de los Cantares con un corazón pensante y también con ojos límpidos y a ritmo de danza. Porque amor y ternura, sueño y expectativa, llanto y canto, mística y profecía, deben entrelazarse, para una nueva Iglesia y a beneficio de toda la humanidad.



- 1 Sobre el profetismo en el Sínodo y en la exhortación post-sinodal remitimos a: *Per una fedeltà creativa. La vita consacrata dopo el Sinodo*, Paoline, Milano 2005, 349-373 y *Il profumo di Betania*. La vita consacrata come mistica, profezia y terapia, Dehoniane, Bologna 2007, 94-106.
- 2 Una documentación útil en el libro de: J. M. ALDAY (ed.), *I religiosi sono ancora profeti?*, Ancora, Milano 2008.
- 3 Para una interpretación exegética, pero abierta a significados sugestivos: L. ALONSO SCHÖKEL-J.L. SICRE DIAZ, *I profeti*, Edición italiana a cargo de G. Ravasi, Borla, Roma 1996, 451-746. Una propuesta de *lectio divina*: C.M. MARTINI, *Una voce profetica nella città. Meditazioni sul profeta Geremia*, Centro Ambrosiano-Edizioni Piemme, Casale Monferrato 1993.
- 4 C.M. MARTINI, *Una voce profetica*, 81.
- 5 Cf. H. JONAS, *Sull'orlo dell'abisso. Conversazioni sul rapporto tra uomo e natura*, Einaudi, Torino 2000.
- 6 Cf. el título del libro: M. BENASAYAG-G. SCHMIT, *L'epoca delle passioni tristi*, Feltrinelli, Milano 2005.
- 7 Una panorámica de la situación actual: AA.VV., *Dio oggi. Con lui o senza di lui cambia tutto*, Cantagalli, Siena 2010.
- 8 Una prospectiva general, pero que nos interesa: J.J. TAMAYO-ACOSTA, *Nuevo paradigma teológico*, Trotta, Madrid 2003.
- 9 A la amplia literatura e indicaciones que da C. García, agrego: R. ZAS FRIZ DE COL, *Teologia della vita cristiana. Contemplazione, vissuto teologale e trasformazione interiore*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2010; AA.VV., *The esperienze of God today and Carmelite Mysticism. Mystagogy and Inter-Religious and Cultural Dialog*. Acts of the International Seminar, Zidine, sept. 2007, KIZ, Zagreb 2009. Y señalo también una relectura de la herencia en estas dos claves. B. SECONDIN (ed.), *Profeti di fraternità. Per una visione rinnovata della spiritualità carmelitana*, Dehoniane, Bologna 1985.
- 10 Varias veces se ha citado el bello libro de J.D. CHITTISTER, *Il fuoco sotto la cenere. Spiritualità della vita religiosa qui e adesso*, San Paolo, Cinisello Balsamo 1998.
- 11 J. MOLTMANN, *La Chiesa nella forza dello Spirito*, Brescia 1975, 420.
- 12 Me refiero a la nota de la encíclica *Novo Millennio Ineunte*, de Juan Pablo II, 2001. Pero téngase también presente la Instrucción de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica *Camminar desde Cristo. Un renovado compromiso de la vida consagrada en el tercer milenio*, Librería Editora Vaticana 2002.
- 13 Cf. Z. BAUMANN, *Modernità liquida*, Laterza, Roma-Bari 2006; ID., *La società dell'incertezza*, Il Mulino, Bologna 1999.
- 14 Cf. P. BOVATI, *Ristabilire la giustizia. Procedure, vocabolario, orientamenti*, Analecta Biblica 110, PIB, Roma 1986, 21-148. Ver también B. COSTACURTA, "Ti farò profeta tra le genti" (Ger 1,5). *I profeti nella Bibbia*, en J.M. ALDAY, *I religiosi sono ancora profeti?*, 28-32; la clave del pathos y del ethos se desarrollan en el libro de A. HESCHEL, *Il messaggio dei profeti*, Borla, Roma 1981.
- 15 Ofrece explicaciones concretas. J. RIFKIN, *La civiltà dell'empatia*, Mondadori, Milano 2010. Ver también: L. HUNT, *La forza dell'empatia. Una storia dei diritti dell'uomo*, Laterza, Roma-Bari 2010.
- 16 He buscado ampliar el discurso en B. SECONDIN, *Abitare gli orizzonti. Simboli, modelli e sfide della vita consacrata*, Paoline, Milano 2002.

# EUCARISTÍA CONCLUSIVA

P. Antonio M. Pernia, SVD

*El P. Antonio Pernia es el Superior General de la Sociedad del Verbo Divino*

*Original en inglés*

## No hay don más grande que el Espíritu de Dios

Lecturas: Hechos de los Apóstoles 16,22-34 y Juan 16,5-11

**N**o es difícil adivinar la intimidad que circunda este encuentro de Jesús con sus discípulos en el Cenáculo. Jesús se despide de sus amigos. El maestro dice adiós a sus discípulos. Los discípulos están tristes y afligidos. Y Jesús les promete el don más grande de todos, el Espíritu Santo. Incluso les dice que el don es mayor que quien lo da. “Yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy os lo enviaré”.

Aquí vemos al misionero ideal: una persona que reconoce que su misión ha terminado y que es tiempo de que otro tome su puesto. Esto recuerda las palabras de Juan Bautista refiriéndose a Jesús: “Es preciso que Él crezca y que yo disminuya” (Jn 3,30). Y ahora es el turno de Jesús, decir lo mismo refiriéndose al Espíritu: “Él debe crecer, y yo disminuir. El Espíritu debe venir y yo debo partir”. Jesús cede el centro de la escena al Espíritu Santo.

Es también un tiempo de transición. Un tiempo de transición para Jesús. Habiendo terminado su ministerio sobre la tierra, ahora regresa al Padre. Pasa de la condición de Hijo del Hombre que ha caminado sobre esta tierra, a la de Hijo de Dios que está sentado a la derecha del Padre. Y es también un tiempo de transición para la joven Iglesia que, de comunidad de discípulos de Jesús, se convierte en la Iglesia universal del Espíritu. Con Jesús, la comunidad avanzaba, por así decir, apoyada en el maestro –como un niño de la mano de sus padres. Y a partir de ahora, la Iglesia necesita caminar sola para cumplir la misión que el maestro le ha confiado –como un niño que debe aprender a caminar solo.

Y precisamente en este momento de transición, el Espíritu llega. Pues es

el Espíritu Santo el que hace posible toda transición. Es el Espíritu quien acompaña cada transición verdadera. Es el Espíritu quien crea una situación nueva.

De hecho, esto es lo que vemos en el acontecimiento de Pentecostés que celebraremos dentro de una semana. Según la descripción de los Hechos de los Apóstoles, Pentecostés aparece como un acontecimiento espectacular que llama la atención de toda la ciudad de Jerusalén. Un fuerte ruido, un viento impetuoso, lenguas de fuego, hombres y mujeres provenientes de varias naciones que se expresan en lenguas diversas; este simbolismo nos da la impresión de que todo el universo es completamente perturbado, que todo el mundo es sacudido y despertado, que toda la creación es purificada y renovada. Algo completamente nuevo está aconteciendo. El Espíritu del Señor está haciendo sentir su presencia. Esto nos recuerda los orígenes, cuando el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas, cuando la tierra era una vacío informe, cuando las tinieblas cubrían el abismo. El Espíritu de Dios sopló y la creación surgió de la nada.

Los primeros que experimentaron esta novedad fueron los discípulos de Jesús reunidos en el Cenáculo. Ellos estaban encerrados, con miedo de exponerse a la multitud. Además del miedo, se sentían muy desilusionados y desanimados por la muerte de su maestro y por el aparente fracaso de sus esperanzas y de sus sueños. Y estaban verdaderamente confundidos, porque algunas personas decían que habían visto a su maestro vivo. Parece que también los discípulos habían visto al maestro aparecer en medio de ellos. Y después, vino ese fuerte viento; lenguas de fuego se posaron sobre cada uno, y todos quedaron llenos del Espíritu Santo. Era como si hubieran sido sacudidos, liberados súbitamente de su miedo, de su decepción, de su estado de confusión. Recibieron la fuerza para salir, para dar testimonio de su maestro y para proclamar la buena nueva.

Por lo tanto, podemos decir que el Espíritu es el ímpetu divino que crea situaciones nuevas y por ello, es el antídoto divino al estancamiento y a la regresión. Hoy, se escuchan voces que afirman que necesitamos un nuevo Pentecostés en la Iglesia, en este momento de su historia. Necesitamos experimentar de nuevo el viento y el fuego de Pentecostés para que seamos sacudidos y purificados. Sacudidos y liberados de la tentación de volver a las antiguas seguridades, de la inercia que rehúsa entrar en nuevas situaciones, del miedo a dejarnos conducir por el Espíritu. Purificados de las escorias acumuladas en el tiempo, de los estratos que se han desarrollado en el transcurso de los años, del polvo que se ha acumulado en el curso de la historia. Sacudidos y purificados para que sólo permanezca lo esencial, solamente lo que es importante, el “unum necessarium” (lo único necesario), es decir, “el reino de Dios y su justicia” (Mt 6,33), como afirma Mateo, o “el

poder de la resurrección de Cristo” (Flp 3,10), como escribe Pablo.

Las mujeres y los hombres consagrados son portadores especiales de este impulso divino que lleva a moverse hacia nuevas situaciones, de este antídoto divino al estancamiento y a la regresión. Pues la vida consagrada en la Iglesia es un estilo de vida suscitado, de manera especial, por el Espíritu. Como sabemos, la vida consagrada pertenece a la estructura de la Iglesia llamada “carismática”, más que a la estructura “jerárquica”. Las diversas formas de vida religiosa encarnan los diversos carismas del Espíritu. El Espíritu suscita sus dones a través de los fundadores y fundadoras de las congregaciones religiosas, para responder a las necesidades de la Iglesia en un momento dado.

Nosotros también, hombres y mujeres consagrados, necesitamos que nos sacuda el Espíritu de la misma tentación de volver a nuestras antiguas seguridades, de la misma inercia cuando se trata de movernos hacia situaciones nuevas, del mismo miedo de dejarnos guiar por el Espíritu. También necesitamos ser sacudidos de nuestra falta de compromiso y de nuestra tendencia a vivirlo a medias, de nuestra superficialidad y mediocridad, de nuestra confusión y timidez. Necesitamos que el Espíritu nos sacuda para que permanezca sólo lo que es esencial, lo que cuenta, es decir, la mística y la profecía de nuestro estilo de vida.

El Espíritu es verdaderamente la fuente de la mística y del profetismo. El Espíritu es quien nos enseña a contemplar a Dios para que podamos aprender a contemplar el mundo con los ojos de Dios. El Espíritu es quien nos enseña a ser hombres y mujeres que asumen como estilo de vida la alternancia de los momentos “ascendentes” y “descendentes” de la contemplación, - pasando por el momento “ascendente” de contemplar el rostro de Dios y el momento “descendente” para ver el mundo con los ojos de Dios. Porque sólo desde la amplia perspectiva de Dios, podemos ver cuánto el mundo necesita la redención, la liberación, la salvación. Sólo desde la perspectiva de Dios podemos ver cuánto sufre el mundo, cuántas personas tienen hambre, cuántos niños mueren prematuramente.

Qué diverso sería nuestro mundo si todos aprendiéramos a verlo con los ojos de Dios. Con la mirada de Dios, los enemigos se volverían amigos; los muros que dividen, serían puertas abiertas; los extranjeros, hermanos y hermanas; las fronteras serían puentes; la diversidad no llevaría a diferencias irreductibles, sino a la riqueza de la unidad.

Queridas hermanas y hermanos, en el Evangelio de hoy Jesús dice: “Yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré”. No hay un don más grande que el del Espíritu. Pidamos este don para nosotros mismos, para nuestra Iglesia, para nuestro mundo.

# DECLARACIÓN

**de las Religiosas miembros de la Unión Internacional de  
Superioras Generales  
participantes en la Asamblea Plenaria de la UISG  
que se llevó a cabo en Roma del 7 al 11 de mayo,  
ratificada por el Consejo de Delegadas el 14 de mayo de 2010**

*Original en francés*

*“Qué bien sé yo la fuente que mana y corre, aunque es de noche...”*

San Juan de la Cruz

**EL FUTURO DE LA VIDA RELIGIOSA ESTÁ EN LA FUERZA  
DE SU MÍSTICA Y DE SU PROFECÍA**

*“Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo...”* Sal 42, 3

Durante esta asamblea:

Juntas, 800 Superioras generales de 87 países, nos hemos saciado de la Fuente de vida, el Dios de Jesucristo, de donde mana nuestra alegría, nuestra esperanza y nuestra fuerza.

**Nos comprometemos a:**

- Redescubrir y escuchar la Fuente que habla en nuestro corazón, en el otro y en la creación.
- Ir, sin cesar, a la fuente de nuestro carisma, para sacar de nuevo el dinamismo de nuestro primer llamado.
- Gustar y compartir, juntas, la Palabra y el Pan.
- Favorecer el diálogo constante entre la Palabra de Dios y los acontecimientos del mundo.
- Invitar a otros y otras a venir y beber agua de la Fuente.

*“Si juzgáis que soy fiel al Señor, venid y quedaos en mi casa”*

Hch 16,15

Como Lidia, mujer de escucha y de fe, somos invitadas a abrir nuestro corazón y nuestra casa, y a hacer memoria del agua viva de nuestro bautismo.

**Nos comprometemos a:**

- Crear un estilo de vida místico y profético, abierto a la hospitalidad y

a la acogida sin exclusividad, respetuoso de las diferencias, que reconoce la riqueza de las diversas culturas y religiones.

- Reinventar un arte de vivir juntas, marcado por relaciones que humanizan, por la escucha, la empatía, la no-violencia, para llegar a ser testigos de los valores evangélicos.
- Cuidar la formación inicial y permanente para favorecer la integración de la dimensión mística y profética de nuestra vida consagrada.
- Vivir en armonía con todo el Cosmos y habitar nuestra Tierra con respeto.

*“Remad mar adentro...y echad vuestras redes para pescar”*

Lc 5,4

Hemos tomado conciencia de que no tenemos que tener miedo a la noche de las aguas profundas.

#### **Nos comprometemos a:**

- Nombrar con audacia las noches de la Iglesia, de la sociedad y de nuestras congregaciones.
- Descubrir los destellos de luz escondidos en el corazón de la violencia, de la pobreza y de la falta de sentido.
- Abrir los ojos para descubrir nuevos caminos de luz en las tinieblas de nuestro mundo: la situación precaria de las mujeres, el malestar existencial de muchos jóvenes, las consecuencias de las guerras y de las catástrofes naturales, la extrema pobreza que engendra la violencia...
- Ofrecer, como mujeres consagradas, un ministerio de compasión y de sanación.
- Trabajar en redes, local y globalmente, con otras congregaciones y con los laicos, para la realización de diversos proyectos y para la transformación de las estructuras injustas.
- Superar las fronteras de nuestros respectivos carismas y unirnos para ofrecer al mundo una palabra mística y profética.
- Dialogar en verdad con la Iglesia jerárquica, a todos los niveles, para un mayor reconocimiento del lugar de la mujer.

Como María, permanezcamos despiertas y vigilantes,  
en constante búsqueda de la Fuente que mana,  
con la certeza de que Ella se deja encontrar, aunque sea de noche.

### *Trata "Talitha Kum"*

Con alegría, la UISG comunica que "TALITHA KUM, (la Red Internacional de la Vida Consagrada contra la Trata de Personas) ha abierto un sitio web, disponible a partir del 10 de junio de 2010.

<http://www.talithakum.info>

Por el momento está solamente en inglés; se está trabajando para ponerlo en otras lenguas: italiano, francés, español y portugués.

Esperamos que este sitio web sea un lugar para intercambiar información y experiencias, de apoyo mutuo y colaboración.